

THE SUICIDE CLUB

Robert Louis Stevenson

(New Arabian nights)

1. Story of the young man with the cream tarts

During his residence in London, the accomplished Prince Florizel of Bohemia gained the affection of all classes by the seduction of his manner and by a well-considered generosity. He was a remarkable man even by what was known of him; and that was but a small part of what he actually did. Although of a placid temper in ordinary circumstances, and accustomed to take the world with as much philosophy as any ploughman, the Prince of Bohemia was not without a taste for ways of life more adventurous and eccentric than that to which he was destined by his birth. Now and then, when he fell into a low humour, when there was no laughable play to witness in any of the London theatres, and when the season of the year was unsuitable to those field sports in which he excelled all competitors, he would summon his confidant and Master of the Horse, Colonel Geraldine, and bid him prepare himself against an evening ramble. The Master of the Horse was a young officer of a brave and even temerarious disposition. He greeted the news with delight, and hastened to make ready. Long practice and a varied acquaintance of life had given him a singular facility in disguise; he could adapt not only his face and bearing, but his voice and almost his thoughts, to those of any rank, character, or nation; and in this way he diverted attention from the Prince, and sometimes gained admission for the pair into strange societies. The civil authorities were never taken into the secret of these adventures; the imperturbable courage of the one and the ready invention and chivalrous devotion of the other had brought them through a score of dangerous passes; and they grew in confidence as time went on.

One evening in March they were driven by a sharp fall of sleet into an Oyster Bar in the immediate neighbourhood of Leicester Square. Colonel Geraldine was dressed and painted to represent a person connected with the Press in reduced circumstances; while the Prince had, as usual, travestied his appearance by the addition of false whiskers and a pair of large adhesive eyebrows. These lent him a shaggy and weather-beaten air, which, for one of his urbanity, formed the most impenetrable disguise. Thus equipped, the commander and his satellite sipped their brandy and soda in security.

EL CLUB DE LOS SUICIDAS

Robert Louis Stevenson

(New Arabian nights)

1. Historia del joven de las tartas de crema

Durante su residencia en Londres, el eminente príncipe Florizel de Bohemia se ganó el afecto de todas las clases sociales por la seducción de sus maneras y por una generosidad bien entendida. Era un hombre notable, por lo que se conocía de él, que no era en verdad sino una pequeña parte de lo que verdaderamente hizo. Aunque de temperamento sosegado en circunstancias normales, y habituado a tomarse la vida con tanta filosofía como un campesino, el príncipe de Bohemia no carecía de afición por maneras de vida más aventuradas y excéntricas que aquella a la que por nacimiento estaba destinado. En ocasiones, cuando estaba de ánimo bajo, cuando no había en los teatros de Londres ninguna comedia divertida o cuando las estaciones del año hacían impracticables los deportes en que vencía a todos sus competidores, mandaba llamar a su confidente y jefe de caballerías, el coronel Geraldine, y le ordenaba prepararse para una excursión nocturna. El jefe de caballerías era un oficial joven, de talante osado y hasta temerario, que recibía la orden con gusto y se apresuraba a prepararse. Una larga práctica y una variada experiencia en la vida le habían dado singular facilidad para disfrazarse; no sólo adaptaba su rostro y sus modales a los de personas de cualquier rango, carácter o país, sino hasta la voz e incluso sus mismos pensamientos, y de este modo desviaba la atención de la persona del príncipe y, a veces, conseguía la admisión de los dos en ambientes y sociedades extrañas. Las autoridades nunca habían tenido conocimiento de estas secretas aventuras; la inalterable audacia del uno y la rápida inventiva y devoción caballeresca del otro los habían salvado de no pocos trances peligrosos, y su confianza creció con el paso del tiempo.

Una tarde de marzo, una lluvia de aguanieve los obligó a cobijarse en una taberna donde se comían ostras, en las inmediaciones de Leicester Square. El coronel Geraldine iba ataviado y caracterizado como un periodista en circunstancias apuradas, mientras que el príncipe, como era su costumbre, había transformado su aspecto por medio de unos bigotes falsos y unas gruesas cejas postizas. Estos adminículos le conferían un aire rudo y curtido, que era el mejor disfraz para una persona de su distinción. De este modo preparados, el jefe y su satélite sorbían su brandy con soda en absoluta seguridad.

The bar was full of guests, male and female; but though more than one of these offered to fall into talk with our adventurers, none of them promised to grow interesting upon a nearer acquaintance. There was nothing present but the leas of London and the commonplace of disrespectability; and the Prince had already fallen to yawning, and was beginning to grow weary of the whole excursion, when the swing doors were pushed violently open, and a young man, followed by a couple of commissionaires, entered the bar. Each of the commissionaires carried a large dish of cream tarts under a cover, which they at once removed; and the young man made the round of the company, and pressed these confections upon every one's acceptance with an exaggerated courtesy. Sometimes his offer was laughingly accepted; sometimes it was firmly, or even harshly, rejected. In these latter cases the new-comer always ate the tart himself, with some more or less humorous commentary.

At last he accosted Prince Florizel.

"Sir," said he, with a profound obeisance, proffering the tart at the same time between his thumb and forefinger, "will you so far honour an entire stranger? I can answer for the quality of the pastry, having eaten two dozen and three of them myself since five o'clock."

"I am in the habit," replied the Prince, "of looking not so much to the nature of a gift as to the spirit in which it is offered."

"The spirit, sir," returned the young man, with another bow, "is one of mockery."

"Mockery?" repeated Florizel. "And whom do you propose to mock?"

"I am not here to expound my philosophy," replied the other, "but to distribute these cream tarts. If I mention that I heartily include myself in the ridicule of the transaction, I hope you will consider honour satisfied and condescend. If not, you will constrain me to eat my twenty-eighth, and I own to being weary of the exercise."

"You touch me," said the Prince, "and I have all the will in the world to rescue you from this dilemma, but upon one condition. If my friend and I eat your cakes - for which we have neither of us any natural inclination - we shall expect you to join us at supper by way of recompense."

The young man seemed to reflect.

"I have still several dozen upon hand," he said at last; "and that will make it necessary for me to visit several more bars before my

La taberna estaba llena de clientes, tanto hombres como mujeres, y aunque más de uno quiso entablar conversación con nuestros aventureros, ninguno de los que lo intentaron prometía resultar interesante en caso de conocerlo mejor. No había nada más que los normales bajos fondos de Londres y algunos bohemios de costumbre. El príncipe había comenzado a bostezar y empezaba a sentirse aburrido de la excursión, cuando los batientes de la puerta se abrieron con violencia y entró en el bar un hombre joven seguido de dos servidores. Cada uno de los criados transportaba una gran bandeja con tartas de crema debajo de una tapadera, que en seguida apartaron para dejarlas a la vista; entonces el hombre joven dio la vuelta por toda la taberna ofreciendo las tartas a todos los presentes con manifestaciones de exagerada cortesía. Unas veces le aceptaron su oferta entre risas, otras se la rechazaron con firmeza y, algunas, hasta con rudeza. En estos casos el recién llegado se comía siempre él la tarta, entre algún comentario más o menos humorístico. Por último, se aproximó al príncipe Florizel.

-Señor -le dijo, haciendo una profunda reverencia, mientras adelantaba la tarta hacia él sosteniéndola entre el pulgar y el índice-, ¿querría usted hacerle este honor a un completo desconocido? Puedo garantizarle la calidad de esta pastelería, pues me he comido veintisiete de estas tartas desde las cinco de la tarde.

-Tengo la costumbre -replicó el príncipe- de no reparar tanto en la naturaleza del presente, como en la intención de quien me lo ofrece.

-La intención, señor -devolvió el hombre joven con otra reverencia-, es de burla.

-¿Burla? -repuso el príncipe-. ¿Y de quién se propone usted burlarse?

-No estoy aquí para exponer mi filosofía -contestó el joven- sino para repartir estas tartas de crema. Si le aseguro que me incluyo sinceramente en el ridículo de esta situación, espero que considere usted satisfecho su honor y condescienda a aceptar mi ofrecimiento. Si no, me obligará usted a comerme el pastel número veintiocho, y le confieso que empiezo a sentirme harto del ejercicio.

-Me ha convencido usted -aceptó el príncipe- y deseo, con la mejor voluntad del mundo, rescatarlo de su problema, pero con una condición. Si mi amigo y yo comemos sus tartas -que no nos apetecen en absoluto-, esperamos que en compensación acepte usted unirse a nosotros para cenar.

El joven pareció reflexionar.

-Todavía me quedan unas docenas en la mano -dijo, al fin- y tendré que visitar a la fuerza varias tabernas más para concluir mi gran empresa, en lo cual tardaré un

great affair is concluded. This will take some time; and if you are hungry - "

The Prince interrupted him with a polite gesture.

"My friend and I will accompany you," he said; "for we have already a deep interest in your very agreeable mode of passing an evening. And now that the preliminaries of peace are settled, allow me to sign the treaty for both."

And the Prince swallowed the tart with the best grace imaginable.

"It is delicious," said he.

"I perceive you are a connoisseur," replied the young man.

Colonel Geraldine likewise did honour to the pastry; and every one in that bar having now either accepted or refused his delicacies, the young man with the cream tarts led the way to another and similar establishment. The two commissionaires, who seemed to have grown accustomed to their absurd employment, followed immediately after; and the Prince and the Colonel brought up the rear, arm in arm, and smiling to each other as they went. In this order the company visited two other taverns, where scenes were enacted of a like nature to that already described - some refusing, some accepting, the favours of this vagabond hospitality, and the young man himself eating each rejected tart.

On leaving the third saloon the young man counted his store. There were but nine remaining, three in one tray and six in the other.

"Gentlemen," said he, addressing himself to his two new followers, "I am unwilling to delay your supper. I am positively sure you must be hungry. I feel that I owe you a special consideration. And on this great day for me, when I am closing a career of folly by my most conspicuously silly action, I wish to behave handsomely to all who give me countenance. Gentlemen, you shall wait no longer. Although my constitution is shattered by previous excesses, at the risk of my life I liquidate the suspensory condition."

With these words he crushed the nine remaining tarts into his mouth, and swallowed them at a single movement each. Then, turning to the commissionaires, he gave them a couple of sovereigns.

"I have to thank you," said he, "for your extraordinary patience."

And he dismissed them with a bow apiece. For some seconds he stood looking at the purse from which he had just paid his assistants, then, with a laugh, he tossed it into the middle of the street, and signified his readiness for supper.

In a small French restaurant in Soho, which had enjoyed

tiempo. Si tienen ustedes mucho apetito...

El príncipe le interrumpió con un cortés ademán.

-Mi amigo y yo le acompañaremos -repuso- pues tenemos un profundo interés por su extraordinariamente agradable manera de pasar la tarde. Y ahora que ya se han sentado los preliminares de la paz, permítame que firme el tratado por los dos.

Y el príncipe engulló la tarta con la mayor gracia imaginable.

-Está deliciosa -dijo.

- Veo que es usted un experto -replicó el joven.

El coronel Geraldine hizo el honor al pastel del mismo modo, y como todos los presentes en la taberna habían ya aceptado o rechazado la pastelería, el joven encaminó sus pasos hacia otro establecimiento similar.

Los dos servidores, que parecían sumamente acostumbrados a su absurdo trabajo, le siguieron inmediatamente, y el príncipe y el coronel, cogidos del brazo y sonriéndose entre sí, se unieron a la retaguardia. En este orden, el grupo visitó dos tabernas más, donde se sucedieron escenas de la misma naturaleza de la descrita: algunos rechazaban y otros aceptaban los favores de aquella vagabunda hospitalidad, y el hombre joven se comía las tartas que le eran rechazadas.

Al salir del tercer bar, el joven hizo el recuento de sus existencias. Sólo quedaban nueve tartas, tres en una bandeja y seis en la otra.

-Caballeros -dijo, dirigiéndose a sus dos nuevos Seguidores-, no deseo retrasar su cena. Estoy completamente seguro de que tienen ya hambre y siento que les debo una consideración especial. Y en este gran día para mí, en que estoy cerrando una carrera de locura con mi acción más claramente absurda, deseo comportarme lo más correctamente posible con todos aquellos que me ofrezcan su ayuda. Caballeros, no tendrán que aguardar más. Aunque mi constitución esta quebrantada por excesos anteriores, con riesgo de mi vida liquidaré la condición pendiente.

Con estas palabras, se embutió los siete pasteles restantes en la boca y los engullió uno a uno. Después se volvió a los servidores y les dio un par de soberanos. - Tengo que agradecerles su extraordinaria paciencia - dijo.

Y les despidió con una inclinación. Durante unos segundos, miró el billetero del que acababa de pagar a sus criados, lo lanzó con una carcajada al medio de la calle y manifestó su disponibilidad para ir a cenar.

Se dirigieron a un pequeño restaurante francés, del Soho, que durante algún tiempo había disfrutado de una notoria fama y ahora habla empezado a caer en el olvido. Allí los tres compañeros subieron dos tramos de

an exaggerated reputation for some little while, but had already begun to be forgotten, and in a private room up two pair of stairs, the three companions made a very elegant supper, and drank three or four bottles of champagne, talking the while upon indifferent subjects. The young man was fluent and gay, but he laughed louder than was natural in a person of polite breeding; his hands trembled violently, and his voice took sudden and surprising inflections, which seemed to be independent of his will. The dessert had been cleared away, and all three had lighted their cigars, when the Prince addressed him in these words:-

"You will, I am sure, pardon my curiosity. What I have seen of you has greatly pleased but even more puzzled me. And though I should be loth to seem indiscreet, I must tell you that my friend and I are persons very well worthy to be entrusted with a secret. We have many of our own, which we are continually revealing to improper ears. And if, as I suppose, your story is a silly one, you need have no delicacy with us, who are two of the silliest men in England. My name is Godall, Theophilus Godall; my friend is Major Alfred Hammersmith - or at least, such is the name by which he chooses to be known. We pass our lives entirely in the search for extravagant adventures; and there is no extravagance with which we are not capable of sympathy."

"I like you, Mr. Godall," returned the young man; "you inspire me with a natural confidence; and I have not the slightest objection to your friend the Major, whom I take to be a nobleman in masquerade. At least, I am sure he is no soldier."

The Colonel smiled at this compliment to the perfection of his art; and the young man went on in a more animated manner.

"There is every reason why I should not tell you my story. Perhaps that is just the reason why I am going to do so. At least, you seem so well prepared to hear a tale of silliness that I cannot find it in my heart to disappoint you. My name, in spite of your example, I shall keep to myself. My age is not essential to the narrative. I am descended from my ancestors by ordinary generation, and from them I inherited the very eligible human tenement which I still occupy and a fortune of three hundred pounds a year. I suppose they also handed on to me a hare-brain humour, which it has been my chief delight to indulge. I received a good education. I can play the violin nearly well enough to earn money in the orchestra of a penny gaff, but not quite. The same remark applies to the flute and the French horn. I learned enough of whist to lose about a hundred a year at that scientific game. My acquaintance with French was sufficient to enable me to squander money in Paris

escaleras y se acomodaron en un comedor privado. Cenaron exquisitamente y bebieron tres o cuatro botellas de champán, mientras hablaban de temas intrascendentes. El joven era alegre y buen conversador, aunque reía mucho más alto de lo que era natural en una persona de buena educación; le temblaban violentamente las manos y su voz tomaba matices repentinos y sorprendentes, que parecían escapar a su voluntad. Ya habían dado cuenta de los postres y habían encendido los tres hombres sus puros, cuando el príncipe se dirigió a él en los siguientes términos:

-Estoy seguro de que me perdonará mi curiosidad. Me agrada mucho lo que he visto de usted, pero me intriga más. Y aunque no deseo en absoluto ser indiscreto, debo decirle que mi amigo y yo somos personas muy preparadas para que se nos confíen secretos. Tenemos muchos secretos nuestros, que continuamente revelamos a oídos indiscretos. Y si, como supongo, su historia es una locura, no precisa usted andarse con rodeos pues se encuentra delante de los dos hombres más insensatos de Inglaterra. Mi nombre es Godall, Theophilus Godall, y mi amigo es el mayor Alfred Hammersmith o, al menos, ése es el nombre con el que ha elegido que se le conozca. Dedicamos nuestras vidas a la búsqueda de aventuras extravagantes, y no hay extravagancia alguna que no sea capaz de despertarnos simpatía.

-Me agrada usted, señor Godall -le contestó el joven-, me inspira usted una natural confianza; y tampoco tengo la más mínima objeción respecto a su amigo el mayor, a quien creo un noble disfrazado. Cuando menos, estoy seguro de que no es militar.

El coronel sonrió a aquel halago a la perfección de su arte y el joven continuó hablando con más animación:

-Existen todas las razones posibles para que yo no les cuente mi historia. Quizá sea ésa exactamente la razón por la que se la voy a contar. Parecen ustedes realmente tan bien preparados para escuchar un cuento descabellado que no tengo valor para decepcionarlos. Me reservaré mi nombre, a pesar de su ejemplo. Mi edad no es esencial para la narración. Desciendo de mis antepasados por generaciones normales y de ellos heredé un muy aceptable alojamiento, que todavía ocupo, y una renta de trescientas libras al año. Creo que también me dejaron un carácter atolondrado, al que he cedido siempre con indulgencia. Recibí una buena educación. Toco el violín, casi lo bastante bien como para ganarme la vida en la orquesta de algún teatrillo de variedades, pero no mucho más. Lo mismo se puede aplicar a la flauta y a la trompa de llaves. Aprendí lo bastante de whist como para perder cien libras al año en ese científico juego. Mi dominio del francés era suficiente para permitirme derrochar el dinero en París

with almost the same facility as in London. In short, I am a person full of manly accomplishments. I have had every sort of adventure, including a duel about nothing. Only two months ago I met a young lady exactly suited to my taste in mind and body; I found my heart melt; I saw that I had come upon my fate at last, and was in the way to fall in love. But when I came to reckon up what remained to me of my capital, I found it amounted to something less than four hundred pounds! I ask you fairly - can a man who respects himself fall in love on four hundred pounds? I concluded, certainly not; left the presence of my charmer, and slightly accelerating my usual rate of expenditure, came this morning to my last eighty pounds. This I divided into two equal parts; forty I reserved for a particular purpose; the remaining forty I was to dissipate before the night. I have passed a very entertaining day, and played many farces besides that of the cream tarts which procured me the advantage of your acquaintance; for I was determined, as I told you, to bring a foolish career to a still more foolish conclusion; and when you saw me throw my purse into the street, the forty pounds were at an end. Now you know me as well as I know myself: a fool, but consistent in his folly; and, as I will ask you to believe, neither a whimperer nor a coward."

From the whole tone of the young man's statement it was plain that he harboured very bitter and contemptuous thoughts about himself. His auditors were led to imagine that his love affair was nearer his heart than he admitted, and that he had a design on his own life. The farce of the cream tarts began to have very much the air of a tragedy in disguise.

"Why, is this not odd," broke out Geraldine, giving a look to Prince Florizel, "that we three fellows should have met by the merest accident in so large a wilderness as London, and should be so nearly in the same condition?"

"How?" cried the young man. "Are you, too, ruined? Is this supper a folly like my cream tarts? Has the devil brought three of his own together for a last carouse?"

"The devil, depend upon it, can sometimes do a very gentlemanly thing," returned Prince Florizel; "and I am so much touched by this coincidence, that, although we are not entirely in the same case, I am going to put an end to the disparity. Let your heroic treatment of the last cream tarts be my example."

So saying, the Prince drew out his purse and took from it a small bundle of bank-notes.

casi tan fácilmente como en Londres. Resumiendo, soy alguien auténticamente dotado de cualidades masculinas. He tenido todo tipo de aventuras, incluyendo un duelo sin ningún motivo. Hace sólo dos meses, conocí a una joven exactamente conforme a mis gustos en cuerpo y en alma. Sentí que se me deshacía el corazón. Comprendí que me había llegado mi destino y que iba a enamorarme. Pero cuando fui a calcular lo que me quedaba de mi capital, encontré que ascendía a algo menos de ¡cuatrocientas libras! Yo les pregunto, sinceramente, ¿puede un hombre que se respete a sí mismo enamorarse con cuatrocientas libras? Me respondo: ciertamente, no. Abandoné el contacto con mi hechicera y, acelerando ligeramente el ritmo normal de mis gastos, llegué esta mañana a mis últimas ochenta libras. Las dividí en dos partes iguales: reservé cuarenta para un propósito concreto y dejé las restantes cuarenta para gastarlas antes de la noche. He pasado un día muy entretenido y he hecho muchas bromas además de la de las tartas de crema que me ha procurado el placer de conocerles; porque estaba decidido, como les he contado, a llevar una vida de loco a un final todavía más loco; y, cuando me han visto ustedes lanzar mi cartera a la calle, las últimas cuarenta libras se habían acabado. Ahora me conocen ustedes tan bien como me conozco yo mismo: un loco, pero coherente con su locura, y, como les pido que crean, no un quejica ni un cobarde.

Del tono de toda la exposición del joven se desprendía con certeza que albergaba una despreciativa y amarga opinión sobre sí mismo. Sus oyentes dedujeron que su asunto amoroso estaba más presente en su corazón de lo que él admitía y que tenía el propósito de quitarse la vida. La farsa de las tartas de crema empezaba a adquirir el aire de una tragedia disimulada.

-¿No es extraño -empezó Geraldine, lanzando una mirada al príncipe Florizel- que tres compañeros se hayan encontrado por el más puro accidente en este desierto enorme que es Londres, y que se encuentren prácticamente en la misma situación?

-¿Cómo! -exclamó el joven-. ¿También están ustedes arruinados? ¿Es esta cena una locura como mis tartas de crema? ¿Ha congregado el demonio a tres de los suyos para un último festejo?

-El demonio, depende en qué ocasiones, puede comportarse en verdad como un caballero -repuso el príncipe Florizel-. Me siento tan impresionado por esta coincidencia, que, puesto que no nos encontramos exactamente en el mismo caso, voy a acabar con esta diferencia. Que sea mi ejemplo su heroico comportamiento con las últimas tartas de crema.

Y, diciendo esto, el príncipe sacó su billetero y extrajo de él un pequeño manojito de billetes.

"You see, I was a week or so behind you, but I mean to catch you up and come neck and neck into the winning-post," he continued.

"This," laying one of the notes upon the table, "will suffice for the bill. As for the rest -"

He tossed them into the fire, and they went up the chimney in a single blaze.

The young man tried to catch his arm, but as the table was between them his interference came too late.

"Unhappy man," he cried, "you should not have burned them all! You should have kept forty pounds."

"Forty pounds!" repeated the Prince. "Why, in heaven's name, forty pounds?"

"Why not eighty?" cried the Colonel; "for to my certain knowledge there must have been a hundred in the bundle."

"It was only forty pounds he needed," said the young man gloomily.

"But without them there is no admission. The rule is strict. Forty pounds for each. Accursed life, where a man cannot even die without money!"

The Prince and the Colonel exchanged glances. "Explain yourself," said the latter. "I have still a pocket-book tolerably well lined, and I need not say how readily I should share my wealth with Godall. But I must know to what end: you must certainly tell us what you mean."

The young man seemed to awaken; he looked uneasily from one to the other, and his face flushed deeply.

"You are not fooling me?" he asked. "You are indeed ruined men like me?"

"Indeed, I am for my part," replied the Colonel.

"And for mine," said the Prince, "I have given you proof. Who but a ruined man would throw his notes into the fire? The action speaks for itself."

"A ruined man - yes," returned the other suspiciously, "or else a millionaire."

"Enough, sir," said the Prince; "I have said so, and I am not accustomed to have my word remain in doubt."

"Ruined?" said the young man. "Are you ruined, like me? Are you, after a life of indulgence, come to such a pass that you can only indulge yourself in one thing more? Are you" - he kept lowering his voice as he went on - "are you going to give yourselves that last indulgence? Are you going to avoid the consequences of your folly by the one infallible and easy path? Are you going to give the slip to the sheriff's officers of conscience by the one open door?"

Suddenly he broke off and attempted to laugh.

"Here is your health!" he cried, emptying his glass, "and good night to you, my merry ruined men."

Colonel Geraldine caught him by the arm as he was

-Vea, me encontraba una semana aproximadamente detrás de usted, pero deseo alcanzarle para llegar codo con codo a la meta. Esto -prosiguió, depositando uno de los billetes sobre la mesa- alcanzará para la cuenta. Y el resto...

Lanzó los billetes a la chimenea, y desaparecieron en el fuego en una llamarada.

El joven intentó detener su brazo, pero los separaba la mesa y su gesto llegó demasiado tarde.

-¡Desgraciado! -gritó-. ¡No debía haberlo quemado todo! ¡Debía haber guardado cuarenta libras!

-¡Cuarenta libras! -repitió el príncipe-. ¿Por qué cuarenta libras, en nombre del cielo?

-¿Por qué no ochenta? -inquirió el coronel-. Estoy seguro de que debía haber cien libras en esos billetes.

-Sólo necesitaba cuarenta libras -contestó el joven con tristeza- Sin ellas no hay admisión posible. La regla es estricta. Cuarenta libras cada uno. ¡Desgraciada vida, en la que no se puede ni morir sin dinero!

El príncipe y el coronel intercambiaron una mirada.

-Explíquese -dijo el último-. Tengo todavía una cartera bien provista y no necesito decir cuán dispuesto estoy a compartir mi riqueza con Godall. Pero debo conocer para qué fin; es preciso que nos explique usted a qué se refiere.

El joven pareció despertar. Miró con inquietud a uno y otro, y su rostro enrojeció.

-¿No se burlan ustedes de mí? -preguntó-

¿Verdaderamente se encuentran tan arruinados como yo?

-Por mi parte, sí -respondió el coronel.

-También por la mía -aseveró el príncipe-. Le he dado a usted una prueba. ¿Quién, sino un hombre arruinado, tira sus billetes al fuego? La acción habla por sí misma.

-Un hombre arruinado..., sí -repuso el otro con sospecha-, o también un millonario.

-Basta, señor -dijo el príncipe-. He dicho algo y no estoy acostumbrado a que se ponga mi palabra en duda.

-¿Arruinados? -volvió a decir el joven-. ¿Arruinados como yo? ¿Han llegado, tras una vida de molicie, al punto en que sólo pueden concederse un último deseo? ¿Van ustedes -bajó la voz y continuó-, van ustedes a darse ese deseo? ¿Quieren evitar las consecuencias de su locura por el único camino, fácil e infalible? ¿Huirán del juicio de la conciencia por la única puerta que queda abierta?

Súbitamente, se interrumpió e intentó reír.

-¡Aquí, a su salud! -gritó, levantando la copa y bebiendo-. ¡Y buenas noches, mis queridos amigos arruinados!

El coronel Geraldine le agarró del brazo cuando estaba

about to rise.

"You lack confidence in us," he said, "and you are wrong. To all your questions I make answer in the affirmative. But I am not so timid, and can speak the Queen's English plainly. We too, like yourself, have had enough of life, and are determined to die. Sooner or later, alone or together, we meant to seek out death and beard him where he lies ready. Since we have met you, and your case is more pressing, let it be to-night - and at once - and, if you will, all three together. Such a penniless trio," he cried, "should go arm in arm into the halls of Pluto, and give each other some countenance among the shades!"

Geraldine had hit exactly on the manners and intonations that became the part he was playing. The Prince himself was disturbed, and looked over at his confidant with a shade of doubt. As for the young man, the flush came back darkly into his cheek, and his eyes threw out a spark of light.

"You are the men for me!" he cried, with an almost terrible gaiety. "Shake hands upon the bargain!" (his hand was cold and wet). "You little know in what a company you will begin the march! You little know in what a happy moment for yourselves you partook of my cream tarts! I am only a unit, but I am a unit in an army. I know Death's private door. I am one of his familiars, and can show you into eternity without ceremony and yet without scandal."

They called upon him eagerly to explain his meaning.

"Can you muster eighty pounds between you?" he demanded.

Geraldine ostentatiously consulted his pocket-book, and replied in the affirmative.

"Fortunate beings!" cried the young man. "Forty pounds is the entry money of the Suicide Club."

"The Suicide Club," said the Prince, "why, what the devil is that?"

"Listen," said the young man; "this is the age of conveniences, and I have to tell you of the last perfection of the sort. We have affairs in different places; and hence railways were invented. Railways separated us infallibly from our friends; and so telegraphs were made that we might communicate speedier at great distances. Even in hotels we have lifts to spare us a climb of some hundred steps. Now, we know that life is only a stage to play the fool upon as long as the part amuses us. There was one more convenience lacking to modern comfort; a decent, easy way to quit that stage; the back stairs to liberty; or, as I said this moment, Death's private door. This, my two fellow-rebels, is supplied by the Suicide Club. Do not suppose that you and I are alone, or even exceptional in

a punto de levantarse.

-No confía usted en nosotros -dijo- y se equivoca. Yo contesto afirmativamente a todas sus preguntas. Pero no soy tan tímido y puedo hablar llanamente en el inglés de la reina. También nosotros, como usted, estamos hartos de la vida y hemos decidido morir. Más tarde o más temprano, solos o juntos, queremos ir en busca de la muerte y desafiarla donde se encuentre. Puesto que le hemos encontrado a usted, y su caso es más urgente, que sea esta noche -y en seguida- y, si lo desea, los tres juntos. Este trío sin un penique -gritó- ¡debe ir del brazo a los umbrales de Plutón, y darse unos a otros apoyo entre las sombras!

Geraldine había acertado exactamente en el tono y los modales que correspondían a la parte que representaba. El mismo príncipe se inquietó y miró a su confidente con una sombra de duda. En cuanto al joven, el rubor le adoró a las mejillas y sus ojos destellaron con una brillante luz.

-¡Ustedes son los hombres que buscaba! -gritó, con extraordinaria alegría-. ¡Choquemos los cinco! -Tenía la mano fría y húmeda-. ¡No saben bien en qué compañía inician el camino! ¡No saben bien en qué feliz momento para ustedes comieron mis tartas de crema! Soy sólo un soldado, pero formo parte de un ejército. Conozco la puerta secreta de la Muerte. Soy uno de sus familiares y puedo mostrarles la eternidad sin ceremonias y sin escándalos.

Los otros le requirieron que se explicase.

-¿Pueden ustedes reunir ochenta libras entre los dos? -les preguntó él.

Geraldine consultó su billetero con ostentación y respondió afirmativamente.

-¡Afortunados seres! -exclamó el joven-. Cuarenta libras es el precio de la entrada en el Club de los Suicidas.

-¿El Club de los Suicidas? -inquino el príncipe-. ¿Qué demonios es eso?

-Escuchen -dijo el joven-. Ésta es la época de los servicios y tengo que hablarles de lo más perfecto que hay al respecto. Tenemos intereses en distintos sitios y, por este motivo, se inventaron los trenes. Los trenes nos separan, inevitablemente, de nuestros amigos, y por ello se inventaron los telégrafos para que pudiéramos comunicarnos rápidamente a grandes distancias. Incluso en los hoteles tenemos ahora ascensores para ahorrarnos la subida de unos cientos de escaleras. Ahora bien, sabemos que la vida es sólo un escenario para hacer el loco hasta tanto el papel nos divierta. Había un servicio más que faltaba a la comodidad moderna: una manera decente, fácil, de abandonar el escenario; las escaleras traseras a la libertad; 0, como

the highly reasonable desire that we profess. A large number of our fellowmen, who have grown heartily sick of the performance in which they are expected to join daily and all their lives long, are only kept from flight by one or two considerations. Some have families who would be shocked, or even blamed, if the matter became public; others have a weakness at heart and recoil from the circumstances of death. That is, to some extent, my own experience.

I cannot put a pistol to my head and draw the trigger; for something stronger than myself withholds the act; and although I loathe life, I have not strength enough in my body to take hold of death and be done with it. For such as I, and for all who desire to be out of the coil without posthumous scandal, the Suicide Club has been inaugurated. How this has been managed, what is its history, or what may be its ramifications in other lands, I am myself uninformed; and what I know of its constitution, I am not at liberty to communicate to you. To this extent, however, I am at your service.

If you are truly tired of life, I will introduce you to-night to a meeting; and if not to-night, at least some time within the week, you will be easily relieved of your existences. It is now (consulting his watch) eleven; by half-past, at latest, we must leave this place; so that you have half-an-hour before you to consider my proposal. It is more serious than a cream tart," he added, with a smile; "and I suspect more palatable."

"More serious, certainly," returned Colonel Geraldine; "and as it is so much more so, will you allow me five minutes' speech in private with my friend, Mr. Godall?"

"It is only fair," answered the young man. "If you will permit, I will retire."

"You will be very obliging," said the Colonel. As soon as the two were alone - "What," said Prince Florizel, "is the use of this confabulation, Geraldine? I see you are flurried, whereas my mind is very tranquilly made up. I will see the end of this."

"Your Highness," said the Colonel, turning pale; "let me ask you to consider the importance of your life, not only to your friends, but to the public interest. 'If not to-night,' said this madman; but supposing that to-night some irreparable disaster were to overtake your Highness's person, what, let me ask you, what would be my despair, and what the concern and disaster of a great nation?"

"I will see the end of this," repeated the Prince in his

he dicho hace un momento, la puerta secreta de la Muerte. Esto, mis dos rebeldes compañeros, es lo que proporciona el Club de los Suicidas. No supongan que estamos solos, ni que somos excepcionales, en el muy razonable deseo que experimentamos. A un gran número de semejantes nuestros, que se han cansado profundamente del papel que se esperaba que representarían, diariamente y a lo largo de toda su vida se abstienen de la huida final por una o dos consideraciones. Algunos tienen familias, que se avergozarían, y hasta se sentirían culpadas, si el asunto se hiciera público; a otros les falta valor y retroceden ante las circunstancias de la muerte. Hasta cierto punto, ése es m caso. No puedo ponerme una pistola en la cabeza y apretar el gatillo. Algo más fuerte que yo mismo impide la acción; y, aunque detesto la vida, no tengo fuerza material suficiente para abrazar la muerte y acaba con todo. Para la gente como yo, y para todos los que desean salir de la espiral sin escándalo póstumo, se ha inaugurado el Club de los Suicidas. No estoy informado de cómo se ha organizado, cuál es su historia, ni qué ramificaciones puede tener en otros países; y de lo que sé sobre sus estatutos, no me hallo en liberta de comunicárselo. Sin embargo, puedo ponerme a su servicio. Si de verdad están cansados de la vida, le presentaré esta noche en una reunión; y si no es esta noche, cuando menos en una semana serán ustedes liberados de su existencia con facilidad. Ahora son -- consultó su reloj- las once; a y media, a más tardar debemos salir de aquí, de manera que tienen ustedes media hora para considerar mi propuesta. Es algo más serio que una tarta de crema -añadió, con una sonrisa-, y sospecho que más apetitoso.

-Más serio, sin duda -repuso el coronel Geraldine-, y como lo es mucho más, le pido que me permita hablar cinco minutos en privado con mi amigo el señor Godall. -Nada más justo -respondió el joven-. Si me lo permiten, me retiraré.

-Es usted muy amable -dijo el coronel.

-¿Para qué desea esta confabulación, Geraldine? -inquirió el príncipe no bien quedaron solos-. Le veo a usted muy agitado mientras que yo ya me he decidido tranquilamente. Quiero ver el final de todo esto.

-Su Alteza -dijo el coronel, palideciendo-, permítame pedirle que considere la importancia de su vida; no sólo para sus amigos sino para el interés público. Este loco ha dicho: «Si no es esta noche»; pero suponga que esta noche se abatiese sobre su Altísima persona un desastre irreparable, que, permítame decírselo, sería mi desesperación. Imagine el dolor y el perjuicio de un gran país.

-Quiero ver el final de esto -repitió el príncipe en su

most deliberate tones; "and have the kindness, Colonel Geraldine, to remember and respect your word of honour as a gentleman. Under no circumstances, recollect, nor without my special authority, are you to betray the incognito under which I choose to go abroad. These were my commands, which I now reiterate. And now," he added, "let me ask you to call for the bill." Colonel Geraldine bowed in submission; but he had a very white face as he summoned the young man of the cream tarts, and issued his directions to the waiter. The Prince preserved his undisturbed demeanour, and described a Palais Royal farce to the young suicide with great humour and gusto. He avoided the Colonel's appealing looks without ostentation, and selected another cheroot with more than usual care. Indeed, he was now the only man of the party who kept any command over his nerves.

The bill was discharged, the Prince giving the whole change of the note to the astonished waiter; and the three drove off in a four-wheeler. They were not long upon the way before the cab stopped at the entrance to a rather dark court. Here all descended.

After Geraldine had paid the fare, the young man turned, and addressed Prince Florizel as follows:-

"It is still time, Mr. Godall, to make good your escape into thralldom. And for you too, Major Hammersmith. Reflect well before you take another step; and if your hearts say no - here are the cross-roads."

"Lead on, sir," said the Prince. "I am not the man to go back from a thing once said."

"Your coolness does me good," replied their guide. "I have never seen any one so unmoved at this conjuncture; and yet you are not the first whom I have escorted to this door. More than one of my friends has preceded me, where I knew I must shortly follow. But this is of no interest to you. Wait me here for only a few moments; I shall return as soon as I have arranged the preliminaries of your introduction."

And with that the young man, waving his hand to his companions, turned into the court, entered a doorway and disappeared.

"Of all our follies," said Colonel Geraldine in a low voice, "this is the wildest and most dangerous."

"I perfectly believe so," returned the Prince.

"We have still," pursued the Colonel, "a moment to ourselves. Let me beseech your Highness to profit by the opportunity and retire. The consequences of this step are so dark, and may be so grave, that I feel myself justified in pushing a little farther than usual the liberty which your Highness is so condescending as to allow me in private."

"Am I to understand that Colonel Geraldine is afraid?"

tono más firme-, y tenga la amabilidad, coronel Geraldine, de recordar y respetar el honor de su palabra de caballero. Bajo ninguna circunstancia, le recuerdo, ni sin mi especial autorización, debe usted traicionar el incógnito que he elegido adoptar. Éstas fueron mis órdenes, que ahora le reitero. Y ahora -acabó-, le ruego que pida la cuenta.

El coronel Geraldine se inclinó en un gesto de acatamiento, pero su rostro estaba muy pálido cuando llamó al joven de las tartas de crema y dio las instrucciones al camarero del restaurante. El príncipe mantenía su apariencia imperturbable y describió al joven suicida una comedia que había visto en el Palais Royal con buen humor y con entusiasmo. Evitó con diplomacia las miradas suplicantes del coronel y eligió otro puro con más cuidado del habitual. Verdaderamente, era el único de los tres que guardaba la serenidad.

Pagaron la cuenta del restaurante, el príncipe dejó todo el cambio al sorprendido camarero y partieron tras tomar un coche de alquiler. No estaban lejos y no tardaron en apearse en la entrada de una callejuela oscura.

Geraldine pagó al cochero y el joven se volvió al príncipe Florizel y le dijo:

-Todavía está usted a tiempo de escapar y retornar a la esclavitud, señor Godall. Y lo mismo usted, mayor Hammersmith. Mediten antes de seguir avanzando, y si su corazón se niega, están en el momento de decidir.

-Muéstrenos el camino, señor -pidió el príncipe-. No soy hombre que incumpla sus palabras.

-Su serenidad me tranquiliza -contestó el guía-. No he visto nunca a nadie tan seguro en este trance, y no es usted la primera persona que acompaño aquí. Más de un amigo mío se me ha adelantado al lugar adonde no voy a tardar en seguirlos. Pero esto no es de su interés. Aguárdenme aquí sólo unos momentos. Volveré en cuanto haya arreglado las cosas para su presentación.

Y, con estas palabras, el joven saludó con la mano a sus compañeros, se dio la vuelta, abrió una puerta y desapareció tras ella.

-De todas nuestras locuras -dijo el coronel Geraldine en voz baja-, ésta es la más salvaje y la más peligrosa.

-Estoy completamente de acuerdo -asintió el príncipe.

-Todavía tenemos un momento para nosotros -prosiguió el coronel-. Déjeme insistir a su Alteza en que aprovechemos esta oportunidad y nos retiremos. Las consecuencias de este paso son tan oscuras y puede, también, que tan graves, que me siento justificado para traspasar un poco la habitual confianza que su Alteza condesciende a permitirme en privado.

-¿Debo entender que el coronel Geraldine está

asked his Highness, taking his cheroot from his lips, and looking keenly into the other's face.

"My fear is certainly not personal," replied the other proudly; "of that your Highness may rest well assured."

"I had supposed as much," returned the Prince, with undisturbed good humour; "but I was unwilling to remind you of the difference in our stations. No more - no more," he added, seeing Geraldine about to apologise, "you stand excused."

And he smoked placidly, leaning against a railing, until the young man returned.

"Well," he asked, "has our reception been arranged?"

"Follow me," was the reply. "The President will see you in the cabinet. And let me warn you to be frank in your answers. I have stood your guarantee; but the club requires a searching inquiry before admission; for the indiscretion of a single member would lead to the dispersion of the whole society for ever."

The Prince and Geraldine put their heads together for a moment. "Bear me out in this," said the one; and "bear me out in that," said the other; and by boldly taking up the characters of men with whom both were acquainted, they had come to an agreement in a twinkling, and were ready to follow their guide into the President's cabinet. There were no formidable obstacles to pass. The outer door stood open; the door of the cabinet was ajar; and there, in a small but very high apartment, the young man left them once more.

"He will be here immediately," he said, with a nod, as he disappeared.

Voices were audible in the cabinet through the folding doors which formed one end; and now and then the noise of a champagne cork, followed by a burst of laughter, intervened among the sounds of conversation. A single tall window looked out upon the river and the embankment; and by the disposition of the lights they judged themselves not far from Charing Cross station. The furniture was scanty, and the coverings worn to the thread; and there was nothing movable except a hand-bell in the centre of a round table, and the hats and coats of a considerable party hung round the wall on pegs.

"What sort of a den is this?" said Geraldine.

"That is what I have come to see," replied the Prince.

"If they keep live devils on the premises, the thing may grow amusing."

atemorizado? -inquirió su Alteza, quitándose el puro de la boca y mirando penetrantemente el rostro de su amigo.

-Ciertamente, mi temor no es personal -aseguró el coronel, con orgullo-. Es el de que su Alteza esté seguro.

-Lo había supuesto así -repuso el príncipe, con su imperturbable buen humor-, pero no deseo recordarle la diferencia de nuestras posiciones. Basta... basta -añadió, viendo que Geraldine iba a disculparse-. Está usted excusado.

Y continuó fumando plácidamente, apoyado contra una verja, hasta que volvió el joven.

-Bien -preguntó-, ¿se ha solucionado ya nuestro recibimiento?

-Síganme -fue la respuesta-. El presidente los recibirá en su despacho. Y déjenme advertirles que deben ser francos en sus respuestas. Yo los he avalado, pero el club exige efectuar una investigación completa antes de proceder a una admisión, pues la indiscreción de uno solo de los miembros significaría la disolución de la sociedad para siempre.

El príncipe y Geraldine se inclinaron para hablar entre ellos un momento. «Respáldeme en esto» dijo uno; «respáldeme usted en esto», pidió el otro. Y como ambos representaban con audacia el papel de gentes que conocían, se pusieron de acuerdo en seguida y pronto estuvieron dispuestos a seguir a su guía hasta el despacho del presidente.

No había grandes obstáculos que traspasar. La puerta de la calle estaba abierta y la del despacho, entreabierta. Entraron en un salón pequeño, pero muy alto, y el joven volvió a dejarlos solos.

-Estará aquí inmediatamente -dijo, con un movimiento de cabeza, mientras se marchaba.

Por unas puertas plegables que había en un extremo del salón, les llegaron claramente unas voces desde el despacho. De vez en cuando, el ruido del descorchar de una botella de champán, seguido de un estallido de grandes risas, se introducía entre los murmullos de la conversación. Una pequeña y única ventana se asomaba sobre el río y los muelles y, por la disposición de las luces que veían, juzgaron que no se encontraban lejos de la estación de Charing Cross. Había pocos muebles y estaban forrados con telas muy desgastadas, y no había nada que pudiera moverse, a excepción de una campanilla de plata que estaba en el centro de una mesa redonda y de muchos abrigos y sombreros que colgaban de unos ganchos dispuestos en las paredes.

-¿Qué clase de guarida es ésta? -preguntó el coronel Geraldine.

-Eso es lo que hemos venido a averiguar -repuso el príncipe-. Si esconden demonios de verdad, la cosa

Just then the folding door was opened no more than was necessary for the passage of a human body; and there entered at the same moment a louder buzz of talk, and the redoubtable President of the Suicide Club. The President was a man of fifty or upwards; large and rambling in his gait, with shaggy side whiskers, a bald top to his head, and a veiled grey eye, which now and then emitted a twinkle. His mouth, which embraced a large cigar, he kept continually screwing round and round and from side to side, as he looked sagaciously and coldly at the strangers. He was dressed in light tweeds, with his neck very open in a striped shirt collar; and carried a minute book under one arm.

"Good evening," said he, after he had closed the door behind him.

"I am told you wish to speak with me."

"We have a desire, sir, to join the Suicide Club," replied the Colonel.

The President rolled his cigar about in his mouth.

"What is that?" he said abruptly.

"Pardon me," returned the Colonel, "but I believe you are the person best qualified to give us information on that point."

"I?" cried the President. "A Suicide Club? Come, come! this is a frolic for All Fools' Day. I can make allowances for gentlemen who get merry in their liquor; but let there be an end to this."

"Call your Club what you will," said the Colonel, "you have some company behind these doors, and we insist on joining it."

"Sir," returned the President curtly, "you have made a mistake.

This is a private house, and you must leave it instantly."

The Prince had remained quietly in his seat throughout this little

colloquy; but now, when the Colonel looked over to him, as much as

to say, "Take your answer and come away, for God's sake!" he drew

his cheroot from his mouth, and spoke -

"I have come here," said he, "upon the invitation of a friend of yours. He has doubtless informed you of my intention in thus intruding on your party. Let me remind you that a person in my circumstances has exceedingly little to bind him, and is not at all likely to tolerate much rudeness. I am a very quiet man, as a usual thing; but, my dear sir, you are either going to oblige me in the little matter of which you are aware, or you shall very

puede hacerse muy divertida.

Justo en ese momento, la puerta plegable se entabrió, sólo lo imprescindible para dar paso a una persona, y, entre el rumor más audible de las conversaciones, entró en el despacho el temible presidente del Club de los Suicidas. El presidente era un hombre de unos cincuenta años pasados; alto y expansivo en sus andares, con unas grandes patillas y una calva en la coronilla, y con unos ojos grises y velados, que, sin embargo, destellaban de tanto en tanto. Fumaba un gran puro, mientras movía continuamente la boca arriba y abajo y de un lado a otro, y observó a los recién llegados con mirada fría y sagaz. Llevaba un traje claro de tweed, una camisa a rayas con el cuello abierto, y, debajo del brazo, un libro de actas.

-Buenas noches -dijo, después de cerrar la puerta a sus espaldas-. Me han dicho que desean ustedes hablar conmigo.

-Estamos interesados, señor, en ingresar en el Club de los Suicidas -dijo el coronel Geraldine.

El presidente dio unas vueltas al puro que llevaba en la boca.

-¿Qué es eso? -preguntó, bruscamente.

-Discúlpeme -repuso el coronel-. Pero creo que usted es la persona más cualificada para darnos información sobre esto.

-¿Yo? -exclamó el presidente-. ¿Un Club de Suicidas? Vamos, vamos, eso es una broma del día de los Inocentes. Puedo disculpar que un caballero se achispe un poco pasándose con el licor, pero acabe ya con esto.

-Llame a su Club como usted quiera -insistió el coronel-. Tras esa puerta hay algunos compañeros con usted, y deseamos unirnos a ellos.

-Señor -replicó el presidente secamente-, está usted en un error. Esto es una casa particular y debe usted abandonarla inmediatamente.

El príncipe había permanecido en silencio en su asiento durante esta breve conversación, pero cuando el coronel volvió la vista hacia él, como diciéndole: «Ahí tiene su respuesta, vámonos, ¡por el amor de Dios! », se quitó de la boca el habano que fumaba y empezó a hablar.

-Hemos venido aquí -dijo- invitados por uno de sus amigos, que, sin duda, le ha informado de las intenciones con que me presento en su reunión. Permítame recordarle que una persona en mis circunstancias tiene poco ya por lo que contenerse y es muy probable que no tolere en absoluto la mala educación. Habitualmente soy un hombre tranquilo, pero, señor mío, creo que va usted a complacerme en el asunto del que sabe que hablamos o se arrepentirá amargamente de haber admitido en su antecámara.

El presidente se echó a reír con ganas.

bitterly repent that you ever admitted me to your ante-chamber."

The President laughed aloud.

"That is the way to speak," said he. "You are a man who is a man.

You know the way to my heart, and can do what you like with me. Will you," he continued, addressing Geraldine, "will you step aside for a few minutes? I shall finish first with your companion, and some of the club's formalities require to be fulfilled in private."

With these words he opened the door of a small closet, into which he shut the Colonel.

"I believe in you," he said to Florizel, as soon as they were alone; "but are you sure of your friend?"

"Not so sure as I am of myself, though he has more cogent reasons," answered Florizel, "but sure enough to bring him here without alarm. He has had enough to cure the most tenacious man of life. He was cashiered the other day for cheating at cards."

"A good reason, I daresay," replied the President; "at least, we have another in the same case, and I feel sure of him. Have you also been in the Service, may I ask?"

"I have," was the reply; "but I was too lazy, I left it early."

"What is your reason for being tired of life?" pursued the President.

"The same, as near as I can make out," answered the Prince;

"unadulterated laziness."

The President started. "D-n it," said he, "you must have something better than that."

"I have no more money," added Florizel. "That is also a vexation, without doubt. It brings my sense of idleness to an acute point."

The President rolled his cigar round in his mouth for some seconds, directing his gaze straight into the eyes of this unusual neophyte; but the Prince supported his scrutiny with unabashed good temper.

"If I had not a deal of experience," said the President at last, "I should turn you off. But I know the world; and this much any way, that the most frivolous excuses for a suicide are often the toughest to stand by. And when I downright like a man, as I do you, sir, I would rather strain the regulation than deny him."

The Prince and the Colonel, one after the other, were subjected to a long and particular interrogatory: the Prince alone; but Geraldine in the presence of the Prince, so that the President might observe the countenance of the one while the other was being warmly cross-examined. The result was satisfactory; and the President, after having booked a few details of each case, produced a form of oath to be accepted.

-Ésa es la manera de hablar. Es usted un hombre de verdad. Ha sabido agradarme y podrá hacer conmigo lo que quiera. ¿Le importaría -prosiguió, dirigiéndose a Geraldine-, le importaría aguardar fuera unos minutos? Trataré el asunto primero con su compañero y algunas formalidades del club han de determinarse en privado.

Mientras hablaba, abrió la puerta de un pequeño cuarto contiguo en el que introdujo al coronel.

-Usted me inspira confianza -se dirigió a Florizel, no bien quedaron solos-, pero ¿está usted seguro de su amigo?

-No tanto como de mí mismo, aunque tiene razones de más peso que yo -respondió Florizel-, pero sí lo bastante seguro como para traerlo aquí sin preocupación. Le han ocurrido cosas suficientes para apartar de la vida al hombre más tenaz. El otro día le dieron de baja por hacer trampas en el juego.

-Una buena razón, sí, diría yo -asintió el presidente-. Cuando menos, uno de nuestros socios se halla en el mismo caso y respondo de él. ¿Me permite preguntarle si también usted ha servido en el ejército?

-Lo hice -fue la respuesta-, pero era demasiado vago y lo dejé pronto.

---¿Qué motivos tiene para haberse cansado de la vida? -prosiguió el presidente.

-La misma, en lo que puedo distinguir -contestó el príncipe, Una holgazanería irredimible.

El presidente dio un respingo.

-¡Caramba! Debe usted tener un motivo mejor.

-Estoy arruinado -añadió Florizel-. Lo cual, sin duda, es también una vejación, que contribuye a llevar mi holgazanería a su punto máximo.

El presidente dio vueltas al puro en la boca durante unos instantes, clavando sus ojos en los de aquel extraño neófito, pero el príncipe soportó su examen con absoluta imperturbabilidad.

-Si no tuviera la gran experiencia que tengo -dijo por último el presidente-, no le aceptaría. Pero conozco el mundo; y he aprendido que las razones más frívolas para un suicidio acostumbra a ser las firmes. Y cuando alguien me resulta simpático, como usted, señor, prefiero saltarme los reglamentos que rechazarla.

Uno tras otro, el príncipe y el coronel fueron sometidos a un largo y particular interrogatorio: el príncipe, en privado, pero Geraldine en presencia del príncipe, de modo que el presidente pudiera observar el semblante de uno mientras interrogaba en profundidad al otro. El resultado fue satisfactorio, y el presidente, tras haber anotado en el registro algunos detalles particulares de cada caso, les presentó un formulario de juramento que debían aceptar. No podía concebirse nada más pasivo que la obediencia que se aseguraba ni términos más

Nothing could be conceived more passive than the obedience promised, or more stringent than the terms by which the juror bound himself. The man who forfeited a pledge so awful could scarcely have a rag of honour or any of the consolations of religion left to him. Florizel signed the document, but not without a shudder; the Colonel followed his example with an air of great depression. Then the President received the entry money; and without more ado, introduced the two friends into the smoking-room of the Suicide Club. The smoking-room of the Suicide Club was the same height as the cabinet into which it opened, but much larger, and papered from top to bottom with an imitation of oak wainscot. A large and cheerful fire and a number of gas-jets illuminated the company. The Prince and his follower made the number up to eighteen. Most of the party were smoking, and drinking champagne; a feverish hilarity reigned, with sudden and rather ghastly pauses. "Is this a full meeting?" asked the Prince. "Middling," said the President. "By the way," he added, "if you have any money, it is usual to offer some champagne. It keeps up a good spirit, and is one of my own little perquisites." "Hammersmith," said Florizel, "I may leave the champagne to you." And with that he turned away and began to go round among the guests. Accustomed to play the host in the highest circles, he charmed and dominated all whom he approached; there was something at once winning and authoritative in his address; and his extraordinary coolness gave him yet another distinction in this half maniacal society. As he went from one to another he kept both his eyes and ears open, and soon began to gain a general idea of the people among whom he found himself. As in all other places of resort, one type predominated: people in the prime of youth, with every show of intelligence and sensibility in their appearance, but with little promise of strength or the quality that makes success. Few were much above thirty, and not a few were still in their teens. They stood, leaning on tables and shifting on their feet; sometimes they smoked extraordinarily fast, and sometimes they let their cigars go out; some talked well, but the conversation of others was plainly the result of nervous tension, and was equally without wit or purport. As each new bottle of champagne was opened, there was a manifest improvement in gaiety. Only two were seated - one in a chair in the recess of the window, with his head hanging and his hands plunged deep into his trouser pockets, pale, visibly moist with perspiration, saying never a word, a very wreck of soul and body; the other sat on the divan close by the chimney, and attracted notice by a

estrictos a los que se obligaba el juramentado. El hombre que traicionase una promesa tan terrible difícilmente encontraría el amparo del honor o los consuelos de la religión. Florizel firmó el documento, no sin un estremecimiento, y el coronel siguió su ejemplo con expresión muy deprimida. Entonces el presidente les cobró la cuota de ingreso y sin más dilación los introdujo en el salón de fumar del Club de los Suicidas. El salón de fumar del Club de los Suicidas tenía la misma altura que el despacho con el que se comunicaba, pero era mucho más grande, y tenía las paredes cubiertas de arriba abajo por unos paneles que imitaban el roble. Un gran fuego que ardía en la chimenea y varias lámparas de gas iluminaban la reunión. El príncipe y su acompañante contaron dieciocho personas. La mayoría fumaban y bebían champán, y reinaba un enfebrecida hilaridad que de tanto en tanto interrumpían unas súbitas y fúnebres pausas. -¿Es una reunión muy concurrida? -inquirió el príncipe. -A medias -respondió el presidente-, por cierto, si tenéis algo de dinero, es costumbre invitar a champán. Contribuye a mantener alto el ánimo, y, además, es uno de los pocos beneficios de la casa. -Hammersmith -indicó Florizel-, le encargo el champán a usted. Se dio la vuelta y empezó a introducirse entre los presentes. Acostumbrado a hacer de anfitrión en los círculos más selectos, pronto sedujo y dominó a todos a quienes conocía; había algo a la vez cordial y autoritario en sus modales y su extraordinaria serenidad y sangre fría le conferían otro rasgo de distinción en aquel grupo semienloquecido. Mientras se dirigía de unos a otros, observaba y escuchaba con atención y pronto se hizo una idea general de la clase de gente entre la que se encontraba. Como en todas las reuniones, predominaba una clase de gente: eran hombres muy jóvenes, con aspecto de gran sensibilidad e inteligencia, pero con mínimas muestras de la fortaleza y las cualidades que conducen al éxito. Pocos eran mayores de treinta años y bastantes acababan de cumplir los veinte. Estaban de pie, apoyados en las mesas, y movían nerviosamente los pies; a veces fumaban con gran ansiedad y a veces dejaban consumirse los cigarros; algunos hablaban bien, pero otros conversaban sin sentido ni propósito, sólo por pura tensión nerviosa. Cuando se abría una nueva botella de champán, aumentaba otra vez la animación. Sólo dos hombres permanecían sentados. Uno, en una silla situada junto a la ventana, con la cabeza baja y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón; pálido, visiblemente empapado en sudor, y en completo silencio, era la viva representación de la ruina más profunda de

trenchant dissimilarity from all the rest. He was probably upwards of forty, but he looked fully ten years older; and Florizel thought he had never seen a man more naturally hideous, nor one more ravaged by disease and ruinous excitements. He was no more than skin and bone, was partly paralysed, and wore spectacles of such unusual power, that his eyes appeared through the glasses greatly magnified and distorted in shape. Except the Prince and the President, he was the only person in the room who preserved the composure of ordinary life.

There was little decency among the members of the club. Some boasted of the disgraceful actions, the consequences of which had reduced them to seek refuge in death; and the others listened without disapproval. There was a tacit understanding against moral judgments; and whoever passed the club doors enjoyed already some of the immunities of the tomb. They drank to each other's memories, and to those of notable suicides in the past. They compared and developed their different views of death - some declaring that it was no more than blackness and cessation; others full of a hope that that very night they should be scaling the stars and commencing with the mighty dead.

"To the eternal memory of Baron Trenck, the type of suicides!" cried one. "He went out of a small cell into a smaller, that he might come forth again to freedom."

"For my part," said a second, "I wish no more than a bandage for my eyes and cotton for my ears. Only they have no cotton thick enough in this world."

A third was for reading the mysteries of life in a future state; and a fourth professed that he would never have joined the club, if he had not been induced to believe in Mr. Darwin.

"I could not bear," said this remarkable suicide, "to be descended from an ape."

Altogether, the Prince was disappointed by the bearing and conversation of the members.

"It does not seem to me," he thought, "a matter for so much disturbance. If a man has made up his mind to kill himself, let him do it, in God's name, like a gentleman. This flutter and big talk is out of place."

In the meanwhile Colonel Geraldine was a prey to the blackest apprehensions; the club and its rules were still a mystery, and he looked round the room for some one who should be able to set his mind at rest. In this survey his eye lighted on the paralytic person with the strong spectacles; and seeing him so exceedingly tranquil, he besought the President, who was going in and out of the room under a pressure of business, to present him to the gentleman on the divan.

cuerpo y alma. El otro estaba sentado en un diván, cerca de la chimenea, y llamaba la atención por una marcada diferencia respecto a todos los demás. Probablemente se acercaría a los cuarenta años, pero parecía al menos diez años mayor. Florizel pensó que jamás había visto a un hombre de físico más horrendo ni más desfigurado por los estragos de la enfermedad y los vicios. No era más que piel y huesos, estaba parcialmente paralizado, y llevaba unos lentes tan gruesos que los ojos se veían tras ellos increíblemente enormes y deformados. Exceptuando al príncipe y al presidente, era la única persona de la reunión que conservaba la compostura de la vida normal.

Los miembros del club no parecían caracterizarse por la decencia. Algunos presumían de acciones deshonorosas, cuyas consecuencias les habían inducido a buscar refugio en la muerte, mientras el resto atendía sin ninguna desaprobación. Había un entendimiento tácito de rechazo de los juicios morales; y todo el que traspasaba las puertas del club disfrutaba ya de algunos de los privilegios de la tumba. Brindaban entre sí a la memoria de los otros y de los famosos suicidas del pasado. Explicaban y comparaban sus diferentes visiones de la muerte; algunos declaraban que no era más que oscuridad y cesación; otros albergaban la esperanza de que esa misma noche estarían escalando las estrellas y conversando con los muertos más ilustres.

-¡A la eterna memoria del baron Trenck, ejemplo de suicidas! -gritó uno-. Pasó de una celda pequeña a otra más pequeña, para poder alcanzar al fin la libertad.

-Por mi parte -dijo un segundo-, sólo deseo una venda para los ojos y algodón para los oídos. Sólo que no hay algodón lo bastante grueso en este mundo.

Un tercero quería averiguar los misterios de la vida futura y un cuarto aseguraba que nunca se hubiera unido al club si no le hubieran inducido a creer en Darwin.

-No puedo tolerar la idea de descender de un mono -afirmaba aquel curioso suicida.

El príncipe se sintió decepcionado por el comportamiento y las conversaciones de los miembros del club. «No me parece un asunto para tanto alboroto -pensó-. Si un hombre ha decidido matarse, dejénle hacerlo como un caballero, ¡por Dios! Tanta charlatanería y tanta alharaca están fuera de lugar. »

Entre tanto, el coronel Geraldine era presa de los más oscuros temores; el club y sus reglas eran todavía un misterio, y miró por la habitación buscando a alguien que pudiera tranquilizarle. En este recorrido, sus ojos se posaron en el paralítico de los lentes gruesos y, al verlo tan sereno, buscó al presidente, que entraba y salía de la habitación cumpliendo sus tareas, para pedirle que le

The functionary explained the needlessness of all such formalities within the club, but nevertheless presented Mr. Hammersmith to Mr. Malthus.

Mr. Malthus looked at the Colonel curiously, and then requested him to take a seat upon his right.

"You are a new-comer," he said, "and wish information? You have come to the proper source. It is two years since I first visited this charming club."

The Colonel breathed again. If Mr. Malthus had frequented the place for two years there could be little danger for the Prince in a single evening. But Geraldine was none the less astonished, and began to suspect a mystification.

"What!" cried he, "two years! I thought - but indeed I see I have been made the subject of a pleasantry."

"By no means," replied Mr. Malthus mildly. "My case is peculiar. I am not, properly speaking, a suicide at all; but, as it were, an honorary member. I rarely visit the club twice in two months. My infirmity and the kindness of the President have procured me these little immunities, for which besides I pay at an advanced rate. Even as it is my luck has been extraordinary."

"I am afraid," said the Colonel, "that I must ask you to be more explicit. You must remember that I am still most imperfectly acquainted with the rules of the club." "An ordinary member who comes here in search of death like yourself," replied the paralytic, "returns every evening until fortune favours him. He can even, if he is penniless, get board and lodging from the President: very fair, I believe, and clean, although, of course, not luxurious; that could hardly be, considering the exiguity (if I may so express myself) of the subscription. And then the President's company is a delicacy in itself."

"Indeed!" cried Geraldine, "he had not greatly prepossessed me."

"Ah!" said Mr. Malthus, "you do not know the man: the drollest fellow! What stories! What cynicism! He knows life to admiration and, between ourselves, is probably the most corrupt rogue in Christendom."

"And he also," asked the Colonel, "is a permanency - like yourself, if I may say so without offence?"

"Indeed, he is a permanency in a very different sense from me," replied Mr. Malthus. "I have hem graciously spared, but I must go at last. Now he never plays. He shuffles and deals for the club, and makes the necessary arrangements."

That man, my dear Mr. Hammersmith, is the very soul of ingenuity. For three years he has pursued in London

presentara al caballero sentado en el diván.

El presidente le explicó que tal formalidad era innecesaria entre los miembros del club, pero le presentó al señor Malthus.

El señor Malthus miró al coronel con curiosidad y le ofreció tomar asiento a su derecha.

-¿Es usted un miembro nuevo -dijo- y desea información? Ha venido a la fuente adecuada. Hace dos años que frecuento este club encantador.

El coronel recuperó la respiración. Si el señor Malthus frecuentaba el lugar desde hacía dos años, debía haber poco peligro para el príncipe en una sola noche. Pero Geraldine continuaba asombrado y empezó a pensar que todo aquello era un misterio.

-¿Cómo? -exclamó-. ¡Dos años! Yo creía... bueno, veo que me han gastado una broma.

-En absoluto -repuso con suavidad el señor Malthus-. Mi caso es peculiar. No soy un suicida, hablando con propiedad, sino algo así como un socio honorario.

Raramente vengo al club más de un par de veces cada dos meses. Mi enfermedad y la amabilidad del presidente me han procurado estos pequeños privilegios por los que, además, pago una cantidad suplementaria. He tenido una suerte extraordinaria.

-Me temo -dijo el coronel-, que debo pedirle que sea más explícito. Recuerde que todavía no conozco muy bien las reglas del club.

-Un socio normal, que acude aquí en busca de la muerte como usted -explicó el paralítico-, viene cada noche hasta que la suerte le favorece. Incluso, si están arruinados, pueden solicitar alojamiento y comida al presidente: algo muy agradable y limpio, según creo, aunque, por supuesto, nada de lujos; sería difícil si consideramos lo exiguo (si puedo expresarme así) de la suscripción. Y además la compañía del presidente ya es en sí misma un regalo.

-¿De veras? -exclamó Geraldine-. Yo no he tenido esa impresión.

-¡Oh! No conoce usted al hombre -dijo el señor Malthus-, es el tipo más divertido. ¡Qué anécdotas! ¡Qué cinismo! Es admirable lo que sabe de la vida y, entre nosotros, es probablemente el pícaro más grande de la Cristiandad.

¿Y también es permanente, como usted, si puedo preguntarlo sin ofenderle? -inquirió el coronel.

-Sí, es permanente es un sentido bastante diferente al mío -respondió el señor Malthus-. Yo he sido graciosamente apartado de momento, pero al final tendré que partir. Él no juega nunca. Baraja parte y reparte para el club, y se ocupa de solucionarlo todo. Este hombre, mi querido señor Hammersmith, es el verdadero espíritu del ingenio. Lleva tres años

his useful and, I think I may add, his artistic calling; and not so much as a whisper of suspicion has been once aroused. I believe him myself to be inspired. You doubtless remember the celebrated case, six months ago, of the gentleman who was accidentally poisoned in a chemists shop? That was one of the least rich, one of the least racy, of his notions; but then, how simple! and how safe!"

"You astound me," said the Colonel. "Was that unfortunate gentleman one of the - " He was about to say "victims"; but bethinking himself in time, he substituted - "members of the club?"

In the same flash of thought, it occurred to him that Mr. Malthus himself had not at all spoken in the tone of one who is in love with death; and he added hurriedly:

"But I perceive I am still in the dark. You speak of shuffling and dealing; pray for what end? And since you seem rather unwilling to die than otherwise, I must own that I cannot conceive what brings you here at all."

"You say truly that you are in the dark," replied Mr. Malthus with more animation. "Why, my dear sir, this club is the temple of intoxication. If my enfeebled health could support the excitement more often, you may depend upon it I should be more often here. It requires all the sense of duty engendered by a long habit of ill-health and careful regimen, to keep me from excess in this, which is, I may say, my last dissipation. I have tried them all, sir," he went on, laying his hand on Geraldine's arm, "all without exception, and I declare to you, upon my honour, there is not one of them that has not been grossly and untruthfully overrated. People trifle with love. Now, I deny that love is a strong passion. Fear is the strong passion; it is with fear that you must trifle, if you wish to taste the intensest joys of living. Envy me - envy me, sir," he added with a chuckle, "I am a coward!"

Geraldine could scarcely repress a movement of repulsion for this deplorable wretch; but he commanded himself with an effort, and continued his inquiries. "How, sir," he asked, "is the excitement so artfully prolonged? and where is there any element of uncertainty?"

"I must tell you how the victim for every evening is selected," returned Mr. Malthus; "and not only the victim, but another member, who is to be the instrument in the club's hands, and death's high priest for that occasion."

"How, sir," he asked, "is the excitement so artfully prolonged? and where is there any element of uncertainty?"

"I must tell you how the victim for every evening is selected," returned Mr. Malthus; "and not only the victim, but another member, who is to be the instrument in the club's hands, and death's high priest for that occasion."

"Good God!" said the Colonel, "do they then kill each

desarrollando en Londres su vocación, tan beneficiosa y, me atrevería a decir, incluso artística, y no se ha levantado el menor murmullo de sospecha.

Personalmente, opino que es un hombre con inspiración. Sin duda recordará usted el célebre caso, ocurrido hace seis meses, del caballero que se envenenó accidentalmente en una farmacia, ¿verdad? Pues fue una de sus ideas menos ricas y menos osadas; ¡cuán sencillo y cuán seguro!

-Me deja usted atónito -dijo el coronel-. ¡Que ese desgraciado caballero fuera una de las... -estuvo a punto de decir «víctimas», pero se contuvo a tiempo... los socios del club!

En el mismo pensamiento le vino a la mente, como un relámpago, que el señor Malthus no había hablado en absoluto con el tono del que está enamorado de la muerte, y añadió, apresuradamente:

-Pero sigo en la más completa oscuridad. Habla usted de barajar y repartir cartas, ¿con que finalidad? y usted me parece tan poco deseoso de morir como todo el mundo, por lo que le confieso que no imagino qué es lo que le trae a usted aquí.

-En verdad no comprende usted nada -replicó el señor Malthus, más animadamente-. Mi querido señor, este club es el templo de la embriaguez. Si mi delicada salud pudiera soportar esta excitación más a menudo, puede estar seguro de que vendría con más frecuencia. Debo recurrir al sentido del deber que me ha desarrollado la costumbre de la enfermedad y el régimen más estricto para evitar los excesos, y puedo decir que el club es mi último vicio. Los he probado todos, señor -continuó, poniendo la mano sobre el hombro de Geraldine-, todos sin excepción, y le aseguro, bajo mi palabra de honor, que no hay ni uno que no se haya sobreestimado grotesca y falsamente. La gente juega al amor. Pues bien, yo niego que el amor sea una profunda pasión. El miedo es la pasión profunda; es con el miedo con lo que debe usted jugar si desea saborear las alegrías más intensas de la vida. Envídieme, envídieme, señor -acabó con una risita-, ¡soy un cobarde!

Geraldine apenas pudo reprimir un movimiento de repulsión ante aquel deplorable individuo, pero se contuvo con un esfuerzo y prosiguió con sus preguntas:

-¿Y cómo, señor -inquirió-, se prolonga tanto tiempo esa excitación? ¿Dónde está el elemento de incertidumbre?

-Voy a contarle cómo se elige a la víctima de cada noche -repuso el señor Malthus, y no sólo a la víctima, sino a otro miembro del club, que será el instrumento en manos del club y el sumo sacerdote de la muerte en esa ocasión.

-¡Santo Dios! -exclamó el coronel-. Entonces, ¿se

other?"

"The trouble of suicide is removed in that way," returned Malthus with a nod.

"Merciful heavens!" ejaculated the Colonel, "and may you - may I - may the - my friend I mean - may any of us be pitched upon this evening as the slayer of another man's body and immortal spirit? Can such things be possible among men born of women? Oh! infamy of infamies!"

He was about to rise in his horror, when he caught the Prince's eye. It was fixed upon him from across the room with a frowning and angry stare. And in a moment Geraldine recovered his composure.

"After all," he added, "why not? And since you say the game is interesting, VOGUE LA GALERE - I follow the club!"

Mr. Malthus had keenly enjoyed the Colonel's amazement and disgust. He had the vanity of wickedness; and it pleased him to see another man give way to a generous movement, while he felt himself, in his entire corruption, superior to such emotions.

"You now, after your first moment of surprise," said he, "are in a position to appreciate the delights of our society. You can see how it combines the excitement of a gaming-table, a duel, and a Roman amphitheatre. The Pagans did well enough; I cordially admire the refinement of their minds; but it has been reserved for a Christian country to attain this extreme, this quintessence, this absolute of poignancy. You will understand how vapid are all amusements to a man who has acquired a taste for this one. The game we play," he continued, "is one of extreme simplicity. A full pack - but I perceive you are about to see the thing in progress. Will you lend me the help of your arm? I am unfortunately paralysed."

Indeed, just as Mr. Malthus was beginning his description, another pair of folding-doors was thrown open, and the whole club began to pass, not without some hurry, into the adjoining room. It was similar in every respect to the one from which it was entered, but somewhat differently furnished. The centre was occupied by a long green table, at which the President sat shuffling a pack of cards with great particularity. Even with the stick and the Colonel's arm, Mr. Malthus walked with so much difficulty that every one was seated before this pair and the Prince, who had waited for them, entered the apartment; and, in consequence, the three took seats close together at the lower end of the board.

"It is a pack of fifty-two," whispered Mr. Malthus.

matan unos a otros?

-Los problemas del suicidio se solucionan de este modo -asintió Malthus, con un movimiento de cabeza.

-¡Dios Misericordioso! -casi oró el coronel-. ¿Y puede usted... puedo yo... puede... mi amigo... cualquiera de nosotros ser elegido esta noche como asesino del cuerpo y el alma inmortal de otro hombre? ¿Son posibles tales cosas en hombres nacidos de mujer? ¡Oh! ¡Infamia de infamias!

Estaba a punto de levantarse en su horror, cuando vio los ojos del príncipe. Le miraba fijamente desde el otro extremo de la habitación frunciendo el ceño y con aire de enfado. Geraldine recuperó su compostura en un momento.

-Después de todo -añadió-, ¿por qué no? Y puesto que usted dice que el juego es interesante, vogue la galère, ¡sigo al club!

El señor Malthus había disfrutado con el asombro y la indignación del coronel. Tenía la vanidad de los perversos y le gustaba ver cómo otro hombre se dejaba llevar por un impulso generoso mientras él, en su absoluta corrupción, se sentía por encima de tales emociones.

-Ahora -dijo-, tras su primer momento de sorpresa, está usted en situación de apreciar las delicias de nuestra sociedad. Ya ve cómo se combinan la excitación de la mesa de juego, el duelo y el anfiteatro romano. Los paganos lo hacían bastante bien; admiro sinceramente el refinamiento de su mente; pero se ha reservado a un país cristiano el alcanzar este extremo, esta quintaesencia, este absoluto de la intensidad. Ahora comprenderá qué insípidas resultan todas las diversiones para un hombre que se ha acostumbrado al sabor de ésta. El juego que practicamos -prosiguió- es de una extrema sencillez. Una baraja completa... Pero veo que va a usted a observar la cosa en di.recto. ¿Me prestaría usted su brazo? Por desgracia, estoy paralizado.

En efecto, justo cuando el señor Malthus iniciaba su descripción, se abrió otra puerta plegable y todos los miembros del club pasaron a la habitación contigua, no sin alguna precipitación. Era igual, en todos los aspectos, a la que acababan de dejar, aunque decorada de modo diferente. Ocupaba el centro una larga mesa verde, a la cual se hallaba sentado el presidente barajando un mazo de cartas con gran parsimonia. Aun con el bastón del brazo del coronel, el señor Malthus caminaba con tanta dificultad que todo el mundo estaba ya sentado antes de que los dos hombres, y el príncipe, que los había esperado, entraran en la habitación. En consecuencia, los tres se sentaron juntos en el extremo último de la mesa.

"Watch for the ace of spades, which is the sign of death, and the ace of clubs, which designates the official of the night. Happy, happy young men!" he added. "You have good eyes, and can follow the game. Alas! I cannot tell an ace from a deuce across the table."

And he proceeded to equip himself with a second pair of spectacles.

"I must at least watch the faces," he explained.

The Colonel rapidly informed his friend of all that he had learned from the honorary member, and of the horrible alternative that lay before them. The Prince was conscious of a deadly chill and a contraction about his heart; he swallowed with difficulty, and looked from side to side like a man in a maze.

"One bold stroke," whispered the Colonel, "and we may still escape."

But the suggestion recalled the Prince's spirits.

"Silence!" said he. "Let me see that you can play like a gentleman for any stake, however serious."

And he looked about him, once more to all appearance at his ease, although his heart beat thickly, and he was conscious of an unpleasant heat in his bosom. The members were all very quiet and intent; every one was pale, but none so pale as Mr. Malthus. His eyes protruded; his head kept nodding involuntarily upon his spine; his hands found their way, one after the other, to his mouth, where they made clutches at his tremulous and ashen lips. It was plain that the honorary member enjoyed his membership on very startling terms.

"Attention, gentlemen!" said the President.

And he began slowly dealing the cards about the table in the reverse direction, pausing until each man had shown his card. Nearly every one hesitated; and sometimes you would see a player's fingers stumble more than once before he could turn over the momentous slip of pasteboard. As the Prince's turn drew nearer, he was conscious of a growing and almost suffocating excitement; but he had somewhat of the gambler's nature, and recognised almost with astonishment, that there was a degree of pleasure in his sensations. The nine of clubs fell to his lot; the three of spades was dealt to Geraldine; and the queen of hearts to Mr. Malthus, who was unable to suppress a sob of relief. The young man of the cream tarts almost immediately afterwards turned over the ace of clubs, and remained frozen with horror, the card still resting on his finger; he had not come there to kill, but to be killed; and the Prince in his generous sympathy with his position almost forgot the peril that still hung over himself and his friend.

The deal was coming round again, and still Death's card had not come out.

The players held their respiration, and only breathed by

-Es una baraja de cincuenta y dos cartas -susurró el señor Malthus-. Vigile el as de espadas, que es la carta de la muerte, y el as de bastos, que designa al oficial de la noche. ¡Ah, felices, felices jóvenes! -añadió-, tienen ustedes buena vista y pueden seguir el juego. ¡Ay! Yo no distingo un as de una dama al otro lado de la mesa.

Y procedió a equiparse con un segundo par de gafas.

-Al menos, he de ver las caras -explicó.

El coronel informó rápidamente a su amigo de todo lo que había aprendido de aquel miembro honorario y de la terrible alternativa que se les presentaba. El príncipe notó un escalofrío mortal y una punzada en el corazón. Tragó saliva con dificultad y miró en derredor como perplejo.

-Una jugada arriesgada -murmuró el coronel- y aún estamos a tiempo de escapar.

Pero la sugerencia hizo al príncipe recuperar el ánimo.

-Silencio -dijo-

Muéstreme que sabe usted jugar como un caballero cualquier apuesta, por seria y alta que sea.

Y miró a su alrededor, de nuevo con aspecto de absoluta naturalidad, a pesar de que el corazón le latía con fuerza y un calor desagradable le inundaba el pecho. Todos los socios permanecían en silencio y atentos; alguno había palidecido, pero ninguno estaba tan pálido como el señor Malthus. Los ojos le salían de las órbitas, movía la cabeza arriba y abajo sin darse cuenta y se llevaba las manos, alternativamente, a la boca, para cubrirse los labios, temblorosos y cenicientos. Estaba claro que el miembro honorífico gozaba de su condición de miembro de manera muy sorprendente.

-Atención, caballeros -solicitó el presidente.

Y empezó a repartir las cartas lentamente por la mesa en dirección inversa, deteniéndose hasta que cada hombre había mostrado su carta. Casi todos vacilaban; y a veces los dedos de algún jugador tropezaban varias veces en la mesa antes de poder volver el terrible pedazo de cartulina. Cuando se acercaba el turno del príncipe, éste experimentó una creciente y sofocante excitación, pero había en él algo de la naturaleza del jugador y reconoció, casi con asombro, cierto placer en aquellas sensaciones. Le cayó el nueve de bastos; a Geraldine le enviaron el tres de espadas y la reina de corazones al señor Malthus, que no fue capaz de reprimir un sollozo de alivio. Casi a continuación, el joven de las tartas de crema dio la vuelta al as de bastos. Quedó helado de horror, con la carta todavía entre los dedos. No había acudido allí a matar sino a ser matado, y el príncipe, en la generosa simpatía que sentía por el joven, estuvo a punto de olvidar el peligro que todavía se cernía sobre él y su compañero.

gasps. The Prince received another club; Geraldine had a diamond; but when Mr. Malthus turned up his card a horrible noise, like that of something breaking, issued from his mouth; and he rose from his seat and sat down again, with no sign of his paralysis. It was the ace of spades. The honorary member had trifled once too often with his terrors.

Conversation broke out again almost at once. The players relaxed their rigid attitudes, and began to rise from the table and stroll back by twos and threes into the smoking-room.

The President stretched his arms and yawned, like a man who has finished his day's work. But Mr. Malthus sat in his place, with his head in his hands, and his hands upon the table, drunk and motionless - a thing stricken down.

The Prince and Geraldine made their escape at once. In the cold night air their horror of what they had witnessed was redoubled.

"Alas!" cried the Prince, "to be bound by an oath in such a matter! to allow this wholesale trade in murder to be continued with profit and impunity! If I but dared to forfeit my pledge!"

"That is impossible for your Highness," replied the Colonel, "whose honour is the honour of Bohemia. But I dare, and may with propriety, forfeit mine."

"Geraldine," said the Prince, "if your honour suffers in any of the adventures into which you follow me, not only will I never pardon you, but - what I believe will much more sensibly affect you - I should never forgive myself."

"I receive your Highness's commands," replied the Colonel. "Shall we go from this accursed spot?"

"Yes," said the Prince. "Call a cab in Heaven's name, and let me try to forget in slumber the memory of this night's disgrace."

But it was notable that he carefully read the name of the court before he left it.

The next morning, as soon as the Prince was stirring, Colonel Geraldine brought him a daily newspaper, with the following paragraph marked:-

"MELANCHOLY ACCIDENT. - This morning, about two o'clock, Mr. Bartholomew Malthus, of 16 Chepstow Place, Westbourne Grove, on his way home from a party at a friend's house, fell over the upper parapet in Trafalgar Square, fracturing his skull and breaking a leg and an arm. Death was instantaneous. Mr. Malthus, accompanied by a friend, was engaged in

El reparto empezaba a dar la vuelta otra vez y la carta de la Muerte todavía no había salido. Los jugadores contenían el aliento y respiraban en suaves jadeos. El príncipe recibió otro basto; Geraldine, una de oros; pero cuando el señor Malthus volvió la suya, un ruido horrible, como el de algo rompiéndose, le salió de la boca; y se puso en pie y volvió a sentarse sin la menor señal de su parálisis. Era el as de espadas. El miembro honorario había jugado demasiado a menudo con su terror.

La conversación se reanudó casi al momento. Los jugadores abandonaron sus posturas rígidas, se relajaron y empezaron a levantarse de la mesa y a volver, en grupos de dos o tres, al salón de fumar. El presidente estiró los brazos y bostezó, como el hombre que ha acabado su trabajo del día. Pero el señor Malthus continuaba sentado en su sitio, con la cabeza entre las manos, sobre la mesa, ebrio e inmóvil... una cosa hecha pedazos.

El príncipe y Geraldine escaparon sin perder un instante. En el frío aire de la noche, su horror por lo que habían presenciado se duplicó.

-¡Ay! -exclamó el príncipe-. ¡Estar ligado por juramento a un asunto así! ¡Permitir que prosiga, impunemente y con beneficios, este comercio al por mayor de asesinatos! ¡Si me atreviera a romper mi juramento!

-Eso es imposible para su Alteza -observó el coronel-, cuyo honor es el honor de Bohemia. Pero yo sí me atrevo, y puede que con decencia, a quebrantar el mío.

-Geraldine --dijo el príncipe-, si su honor sufriera en cualquiera de las aventuras en que usted me sigue no sólo no le perdonaría nunca, sino que -y creo que le afectaría mucho más- no me lo perdonaría a mí mismo.

-Recibo las órdenes de su Alteza -repuso el coronel-. ¿Nos vamos de este maldito lugar?

-Sí -dijo el príncipe-. Llame un simón, por el amor del cielo, y trataré de olvidar en el sueño el recuerdo de esta noche desgraciada.

Pero fue evidente que el príncipe leyó atentamente el nombre de la calle antes de alejarse.

A la mañana siguiente, tan pronto como el príncipe se despertó, el coronel Geraldine le trajo el periódico, con la siguiente nota señalada:

TRÁGICO ACCIDENTE- Esta pasada madrugada, hacia las dos, el señor Bartholomew Malthus, residente en 16, Chepstow Place, Westbourne Grove, al regreso a su casa de una fiesta en casa de unos amigos, cayó del parapeto superior de Trafalgar Square, fracturándose el cráneo, así como una pierna y un brazo. La muerte fue instantánea. El señor Malthus, a quien acompañaba un

looking for a cab at the time of the unfortunate occurrence. As Mr. Malthus was paralytic, it is thought that his fall may have been occasioned by another seizure. The unhappy gentleman was well known in the most respectable circles, and his loss will be widely and deeply deplored."

"If ever a soul went straight to Hell," said Geraldine solemnly, "it was that paralytic man's."

The Prince buried his face in his hands, and remained silent.

"I am almost rejoiced," continued the Colonel, "to know that he is dead. But for our young man of the cream tarts I confess my heart bleeds."

"Geraldine," said the Prince, raising his face, "that unhappy lad was last night as innocent as you and I; and this morning the guilt of blood is on his soul. When I think of the President, my heart grows sick within me. I do not know how it shall be done, but I shall have that scoundrel at my mercy as there is a God in heaven. What an experience, what a lesson, was that game of cards!"

"One," said the Colonel, "never to be repeated."

The Prince remained so long without replying, that Geraldine grew alarmed.

"You cannot mean to return," he said. "You have suffered too much and seen too much horror already. The duties of your high position forbid the repetition of the hazard."

"There is much in what you say," replied Prince Florizel, "and I am not altogether pleased with my own determination. Alas! in the clothes of the greatest potentate, what is there but a man? I never felt my weakness more acutely than now, Geraldine, but it is stronger than I. Can I cease to interest myself in the fortunes of the unhappy young man who supped with us some hours ago? Can I leave the President to follow his nefarious career unwatched? Can I begin an adventure so entrancing, and not follow it to an end? No, Geraldine: you ask of the Prince more than the man is able to perform. To-night, once more, we take our places at the table of the Suicide Club."

Colonel Geraldine fell upon his knees.

"Will your Highness take my life?" he cried. "It is his - his freely; but do not, O do not! let him ask me to countenance so terrible a risk."

"Colonel Geraldine," replied the Prince, with some haughtiness of manner, "your life is absolutely your own. I only looked for obedience; and when that is unwillingly rendered, I shall look for that no longer. I add one word your: importunity in this affair has been

amigo, estaba en el momento del infortunado suceso buscando un coche de alquiler. El señor Malthus era paralítico y se cree que la caída pudo deberse a un síncope. El infortunado caballero era bien conocido en los más respetables círculos, y su pérdida será profundamente llorada.

-Si alguna vez un alma ha ido directamente al infierno -dijo con solemnidad Geraldine- ha sido la del paralítico. El príncipe enterró el rostro entre las manos y guardó silencio.

-Casi estoy contento de que haya muerto -siguió hablando el coronel-. Pero confieso que me duele el corazón por nuestro joven amigo de las tartas de crema.

-Geraldine -dijo el príncipe, alzando el rostro-, ese infeliz muchacho era anoche tan inocente como usted y como yo; y esta mañana tiene el alma teñida de sangre. Cuando pienso en el presidente, mi corazón enferma dentro de mí. No sé cómo lo haré, pero tendré a ese canalla en mis manos como hay Dios en el cielo. ¡Qué experiencia y qué lección fue ese juego de cartas!

-No debe repetirse nunca -dijo el coronel.

El príncipe permaneció tanto rato sin responder que Geraldine empezó a alarmarse.

-No intente usted volver allá -dijo-. Ya ha sufrido y visto demasiados horrores. Los deberes de su alta posición le prohíben arriesgarse al azar.

-Es muy cierto lo que dice -aseguró el príncipe Florizel- y a mí mismo no me agrada mi decisión. ¡Ay! ¿Qué hay bajo las ropas de los poderosos, más que un hombre? Nunca sentí mi debilidad más agudamente que ahora, Geraldine, pero es algo más fuerte que yo. ¿Puedo acaso desentenderme de la suerte del infeliz joven que cenó con nosotros hace unas horas? ¿Puedo dejar al presidente seguir su nefasta carrera sin impedimento? ¿Puedo iniciar una aventura tan fascinante y no continuarla hasta el final? No, Geraldine, demanda usted del príncipe más que lo puede dar el hombre. Iremos esta noche a sentarnos de nuevo a la mesa del Club de los Suicidas.

El coronel Geraldine se puso de rodillas.

-¿Quiere su Alteza tomar mi vida? -exclamó-. Tómela, pues es suya, pero no me pida que le apoye en una empresa con riesgo tan horrible.

-Coronel Geraldine -respondió el príncipe con altivez-, su vida le pertenece sólo a usted. Lo único que pido es obediencia, y si se me ofrece a desgana, ya no la pediré. Añado sólo una palabras: su importunidad en esta cuestión ya ha sido suficiente.

El caballero mayor se incorporó al momento.

-Su Alteza -dijo-, ¿puedo quedar excusado de mi servicio esta tarde? No me atrevo, como hombre

sufficient."

The Master of the Horse regained his feet at once.

"Your Highness," he said, "may I be excused in my attendance this afternoon? I dare not, as an honourable man, venture a second time into that fatal house until I have perfectly ordered my affairs. Your Highness shall meet, I promise him, with no more opposition from the most devoted and grateful of his servants."

"My dear Geraldine," returned Prince Florizel, "I always regret when you oblige me to remember my rank. Dispose of your day as you think fit, but be here before eleven in the same disguise."

The club, on this second evening, was not so fully attended; and when Geraldine and the Prince arrived, there were not above half-a-dozen persons in the smoking-room. His Highness took the President aside and congratulated him warmly on the demise of Mr. Malthus.

"I like," he said, "to meet with capacity, and certainly find much of it in you. Your profession is of a very delicate nature, but I see you are well qualified to conduct it with success and secrecy."

The President was somewhat affected by these compliments from one of his Highness's superior bearing. He acknowledged them almost with humility. "Poor Malthy!" he added, "I shall hardly know the club without him. The most of my patrons are boys, sir, and poetical boys, who are not much company for me. Not but what Malthy had some poetry, too; but it was of a kind that I could understand."

"I can readily imagine you should find yourself in sympathy with Mr. Malthus," returned the Prince. "He struck me as a man of a very original disposition."

The young man of the cream tarts was in the room, but painfully depressed and silent. His late companions sought in vain to lead him into conversation.

"How bitterly I wish," he cried, "that I had never brought you to this infamous abode! Begone, while you are clean-handed. If you could have heard the old man scream as he fell, and the noise of his bones upon the pavement! Wish me, if you have any kindness to so fallen a being - wish the ace of spades for me to-night!"

A few more members dropped in as the evening went on, but the club did not muster more than the devil's dozen when they took their places at the table. The Prince was again conscious of a certain joy in his alarms; but he was astonished to see Geraldine so much more self-possessed than on the night before.

"It is extraordinary," thought the Prince, "that a will, made or unmade, should so greatly influence a young man's spirit."

"Attention, gentlemen!" said the President, and he began

honorable que soy, a aventurarme por segunda vez en esa casa fatídica hasta que haya puesto orden en mis Propios asuntos. Su Alteza no volverá a encontrar, yo se lo prometo, más oposición en el más devoto de sus servidores.

-Mi querido Geraldine -dijo el príncipe Florizel-, siempre lamento que me obligue usted a recordarle mi rango. Disponga del día como lo considere más conveniente, pero esté aquí antes de las once con el mismo disfraz.

El club no estaba tan concurrido en aquella segunda noche; cuando el príncipe y Geraldine llegaron, apenas había media docena de personas en la sala de fumar. Su Alteza llevó aparte al presidente y le felicitó calurosamente por el fallecimiento del señor Malthus.

-Siempre me gusta -dijo- encontrar eficacia, y ciertamente hallo mucha en usted. Su profesión es de una naturaleza muy delicada, pero veo que está usted cualificado para conducirla con éxito y discreción.

El presidente se sintió bastante afectado por los elogios de alguien tan distinguido como el príncipe y los aceptó casi con humildad.

-¡Pobre Malthy! -dijo-. El club me resulta casi extraño sin él. La mayoría de mis clientes son muchachos, mi querido señor, poéticos muchachos, que no son compañía para mí. No es que Malthy no sintiera cierta poesía, también, pero era del tipo que yo podía comprender.

-Entiendo perfectamente que sintiera usted simpatía por el señor Malthus -repuso el príncipe-. Me pareció un hombre con un carácter muy original.

El joven de las tartas de crema estaba en el salón, pero profundamente deprimido y silencioso. Sus amigos lucharon en vano por entablar una conversación con él.

-¡Cuán amargamente deseo que no les hubiera traído nunca a este infame lugar! -exclamó-. Marchen, mientras tengan limpias ahora las manos. ¡Si hubieran oído gritar al viejo cuando cayó y el ruido de sus huesos al chocar contra el pavimento! ¡Deséenme, si tienen compasión por un ser tan caído, deséenme el : Os de espadas para esta noche!

A medida que la noche avanzaba, llegaron al club ,Unos cuantos socios más, pero el club no había congregado más que a una docena cuando todos tomaron \$iento ante la mesa. El príncipe experimentó otra vez Cierto gozo en sus sensaciones de temor, pero lo que le sorprendió fue ver a Geraldine mucho más dueño de sí mismo que la noche anterior. «Es extraordinario -pensó el príncipe- que el haber hecho o no testamento influya tanto en el ánimo de un hombre joven. »

-¡Atención, caballeros! -pidió el presidente. Y empezó a

to deal.

Three times the cards went all round the table, and neither of the marked cards had yet fallen from his hand. The excitement as he began the fourth distribution was overwhelming. There were just cards enough to go once more entirely round. The Prince, who sat second from the dealer's left, would receive, in the reverse mode of dealing practised at the club, the second last card. The third player turned up a black ace - it was the ace of clubs. The next received a diamond, the next a heart, and so on; but the ace of spades was still undelivered. At last, Geraldine, who sat upon the Prince's left, turned his card; it was an ace, but the ace of hearts.

When Prince Florizel saw his fate upon the table in front of him, his heart stood still. He was a brave man, but the sweat poured off his face. There were exactly fifty chances out of a hundred that he was doomed. He reversed the card; it was the ace of spades. A loud roaring filled his brain, and the table swam before his eyes. He heard the player on his right break into a fit of laughter that sounded between mirth and disappointment; he saw the company rapidly dispersing, but his mind was full of other thoughts. He recognised how foolish, how criminal, had been his conduct. In perfect health, in the prime of his years, the heir to a throne, he had gambled away his future and that of a brave and loyal country. "God," he cried, "God forgive me!" And with that, the confusion of his senses passed away, and he regained his self-possession in a moment. To his surprise Geraldine had disappeared. There was no one in the card-room but his destined butcher consulting with the President, and the young man of the cream tarts, who slipped up to the Prince, and whispered in his ear:-

"I would give a million, if I had it, for your luck."

His Highness could not help reflecting, as the young man departed, that he would have sold his opportunity for a much more moderate sum.

The whispered conference now came to an end. The holder of the ace of clubs left the room with a look of intelligence, and the President, approaching the unfortunate Prince, proffered him his hand.

"I am pleased to have met you, sir," said he, "and pleased to have been in a position to do you this trifling service. At least, you cannot complain of delay. On the second evening - what a stroke of luck!"

The Prince endeavoured in vain to articulate something in response, but his mouth was dry and his tongue seemed paralysed.

repartir.

Las cartas dieron la vuelta a la mesa tres veces y ninguno de los naipes señalados había caído todavía de las manos del presidente. La excitación era sobrecogedora cuando empezó la cuarta vuelta.

Quedaban las cartas justas para dar una vuelta más a la mesa. El príncipe, que estaba sentado en segundo lugar a la izquierda del presidente, debía recibir, en el orden inverso que se practicaba en el club, la penúltima carta. El tercer jugador dio la vuelta a un as negro... el as de bastos. El siguiente recibió una carta de oros, el siguiente una de corazones, y todavía no había sido entregado el as de espadas. Al final, Geraldine, que se sentaba a la izquierda del príncipe, dio la vuelta a su carta era un as, pero el as de corazones.

Cuando el príncipe vio su suerte delante, sobre la mesa, el corazón se le paró. Era un hombre valiente, pero el sudor le cubría el rostro. Tenía exactamente cincuenta posibilidades sobre cien de estar condenado. Volvió la carta: era el as de espadas. Un rugido sordo le llenó el cerebro y la mesa flotó ante sus ojos. Oyó al jugador sentado a su derecha romper en una carcajada que sonó entre la alegría y la decepción. Vio que el grupo se dispersaba rápidamente, pero su mente estaba sumida en otros pensamientos. Reconocía cuán loca y criminal había sido su conducta. En perfecto estado de salud y en los mejores años de su vida, el heredero de un trono se había jugado a las cartas su futuro y el de un país valiente y leal.

-¡Dios mío! -exclamó- ¡Que Dios me perdone!

Y con esto, la confusión de sus sentidos desapareció y recuperó el dominio de sí mismo.

Para su sorpresa, Geraldine había desaparecido. En el salón de cartas sólo estaba el carnicero designado que consultaba con el presidente, y el joven de las tartas de crema, que se deslizó hasta el príncipe y le susurró al oído:

-Le daría un millón, si lo tuviera, por su suerte.

Su Alteza no pudo evitar pensar, cuando el joven se alejó, que se la hubiera vendido por una suma mucho más moderada.

La conferencia que se desarrollaba en susurros dio a su fin. El poseedor del as de bastos abandonó la sala con una mirada de inteligencia y el presidente se acercó al infortunado príncipe y le ofreció la mano.

-Me ha encantado conocerle, señor -dijo-, y me ha encantado haber estado en situación de ofrecerle este pequeño servicio. Al menos, no podrá usted quejarse de tardanza. La segunda noche... ¡qué golpe de suerte!

El príncipe se esforzó en vano por articular alguna respuesta, pero tenía la boca seca y la lengua parecía paralizada.

"You feel a little sickish?" asked the President, with some show of solicitude. "Most gentlemen do. Will you take a little brandy?"

The Prince signified in the affirmative, and the other immediately filled some of the spirit into a tumbler.

"Poor old Malthy!" ejaculated the President, as the Prince drained the glass. "He drank near upon a pint, and little enough good it seemed to do him!"

"I am more amenable to treatment," said the Prince, a good deal revived. "I am my own man again at once, as you perceive. And so, let me ask you, what are my directions?"

"You will proceed along the Strand in the direction of the City, and on the left-hand pavement, until you meet the gentleman who has just left the room. He will continue your instructions, and him you will have the kindness to obey; the authority of the club is vested in his person for the night. And now," added the President, "I wish you a pleasant walk."

Florizel acknowledged the salutation rather awkwardly, and took his leave. He passed through the smoking-room, where the bulk of the players were still consuming champagne, some of which he had himself ordered and paid for; and he was surprised to find himself cursing them in his heart. He put on his hat and greatcoat in the cabinet, and selected his umbrella from a corner. The familiarity of these acts, and the thought that he was about them for the last time, betrayed him into a fit of laughter which sounded unpleasantly in his own ears. He conceived a reluctance to leave the cabinet, and turned instead to the window. The sight of the lamps and the darkness recalled him to himself.

"Come, come, I must be a man," he thought, "and tear myself away."

At the corner of Box Court three men fell upon Prince Florizel and he was unceremoniously thrust into a carriage, which at once drove rapidly away. There was already an occupant.

"Will your Highness pardon my zeal?" said a well known voice.

The Prince threw himself upon the Colonel's neck in a passion of relief.

"How can I ever thank you?" he cried. "And how was this effected?"

Although he had been willing to march upon his doom, he was overjoyed to yield to friendly violence, and return once more to life and hope.

"You can thank me effectually enough," replied the Colonel, "by avoiding all such dangers in the future. And as for your second question, all has been managed by the simplest means. I arranged this afternoon with a celebrated detective. Secrecy has been promised and

-¿Se siente un poco indispuerto? -preguntó el presidente, con muestras de solicitud-. A la mayoría les ocurre. ¿Le apetece un poco de brandy?

El príncipe señaló afirmativamente y el otro le llenó inmediatamente un vaso con un poco de licor.

-¡Pobre viejo Malthy! -lamentó el presidente mientras el príncipe bebía del vaso-. Bebió casi un litro y parece que no le hizo casi efecto.

-Yo soy más susceptible al tratamiento -repuso príncipe, bastante reanimado-. Ya estoy otra vez sereno, como puede observar. Bueno, déjeme preguntarle, ¿cuáles son mis instrucciones?

-Usted caminará por la acera de la izquierda del Strand en dirección a la City hasta que encuentre al caballero que acaba de salir. Él le dará las siguientes instrucciones y usted será tan gentil de obedecerle. La autoridad del club está investida en esa persona durante esta noche. Y ahora -finalizó el presidente-, le deseo un paseo muy agradable.

Florizel contestó a la despedida bastante secamente y se marchó. Atravesó el salón de fumar, donde el grueso de los jugadores continuaba bebiendo champán de algunas botellas que él mismo había encargado y pagado; y se sorprendió maldiciéndolos desde el fondo de su alma. Se puso el sombrero y el abrigo en el despacho y recogió su paraguas de un rincón. La rutina de estos gestos y el pensamiento de que los hacía por última vez le llevó a soltar una carcajada que le sonó desagradable a sus propios oídos. Sentía renuencia a dejar el despacho y se volvió hacia la ventana. La luz de las farolas y la oscuridad de la calle le hicieron volver en sí.

-Vamos, vamos, debo comportarme como un hombre -pensó- y salir fuera ahora mismo.

En la esquina de Box Court, tres hombres cayeron sobre el príncipe Florizel y sin ninguna ceremonia lo introdujeron en un carruaje, que arrancó y se alejó a instante. Dentro había ya un ocupante.

-¿Me perdonará Su Alteza esta muestra de celo? -inquirió una voz muy familiar.

El príncipe se lanzó al cuello del coronel con un apasionado alivio.

-¿Cómo podré agradecerse alguna vez? -exclamó-. ¿Y cómo se ha arreglado esto?

Aunque había estado dispuesto a afrontar su suerte, estaba encantado de ceder a una amistosa violencia que le devolvía de nuevo la vida y la esperanza.

-Puede agradecerme bastante -repuso el coronel- evitando todos estos peligros de ahora en adelante. Y en relación con su segunda pregunta, todo ha sido dispuesto por los medios más simples. Esta tarde me puse de acuerdo con un famoso detective. Se me ha garantizado el secreto y he pagado por ello. Los propios

paid for. Your own servants have been principally engaged in the affair. The house in Box Court has been surrounded since nightfall, and this, which is one of your own carriages, has been awaiting you for nearly an hour."

"And the miserable creature who was to have slain me - what of him?" inquired the Prince.

"He was pinioned as he left the club," replied the Colonel, "and now awaits your sentence at the Palace, where he will soon be joined by his accomplices."

"Geraldine," said the Prince, "you have saved me against my explicit orders, and you have done well. I owe you not only my life, but a lesson; and I should be unworthy of my rank if I did not show myself grateful to my teacher. Let it be yours to choose the manner."

There was a pause, during which the carriage continued to speed through the streets, and the two men were each buried in his own reflections. The silence was broken by Colonel Geraldine.

"Your Highness," said he, "has by this time a considerable body of prisoners. There is at least one criminal among the number to whom justice should be dealt. Our oath forbids us all recourse to law; and discretion would forbid it equally if the oath were loosened. May I inquire your Highness's intention?"

"It is decided," answered Florizel; "the President must fall in duel. It only remains to choose his adversary."

"Your Highness has permitted me to name my own recompense," said the Colonel. "Will he permit me to ask the appointment of my brother? It is an honourable post, but I dare assure your Highness that the lad will acquit himself with credit."

"You ask me an ungracious favour," said the Prince, "but I must refuse you nothing."

The Colonel kissed his hand with the greatest affection; and at that moment the carriage rolled under the archway of the Prince's splendid residence.

An hour after, Florizel in his official robes, and covered with all the orders of Bohemia, received the members of the Suicide Club.

"Foolish and wicked men," said he, "as many of you as have been driven into this strait by the lack of fortune shall receive employment and remuneration from my officers. Those who suffer under a sense of guilt must have recourse to a higher and more generous Potentate than I. I feel pity for all of you, deeper than you can imagine; to-morrow you shall tell me your stories; and as you answer more frankly, I shall be the more able to remedy your misfortunes. As for you," he added, turning to the President, "I should only offend a person

servientes de Su Alteza han sido los principales participantes en el asunto. La casa de Box Court está rodeada desde el atardecer y este coche, que es uno de los suyos, lleva aguardándole casi una hora.

-¿Y la miserable criatura que iba a asesinarme.... qué hay de él? -preguntó el príncipe.

-Le capturamos en cuanto salió del club -siguió explicando el coronel-, y ahora espera su sentencia en el Palacio, donde pronto van a ir a acompañarle sus cómplices.

-Geraldine -dijo el príncipe-, me ha salvado usted en contra de mis órdenes, y ha hecho bien. No sólo le debo mi vida, sino también una lección. Y no sería merecedor de mi título y mi clase si no mostrara mi gratitud a mi maestro. Elija usted el modo de hacerlo.

Se hizo una pausa, durante la cual el carruaje continuó corriendo velozmente por las calles, y los dos hombres se sumieron en sus propios pensamientos. El coronel Geraldine rompió el silencio.

-Su Alteza -dijo- tiene en este momento un número elevado de prisioneros. Hay, al menos, un criminal, de entre todos ellos, con el que se debe hacer justicia. Nuestro juramento nos prohíbe recurrir a la ley, y la discreción nos lo impediría igualmente, aunque se perdiera el juramento. ¿Puedo preguntar qué intenciones tiene Su Alteza?

-Está decidido -contestó Florizel-. El presidente debe caer en duelo. Sólo queda elegir a su adversario.

-Su Alteza me ha permitido solicitar mi recompensa -dijo el coronel-. ¿Me permite pedirle que nombre a mi hermano? Es una tarea honorable y me atrevo a asegurar a Su Alteza que el muchacho responderá con creces.

-Me pide usted un ingrato favor -repuso el príncipe-, pero no debo negarle nada.

El coronel le besó la mano con el mayor de los afectos. En ese momento, el carruaje pasó bajo los arcos de la espléndida residencia del príncipe.

Una hora más tarde, Florizel, vestido con su traje de ceremonia y cubierto con las órdenes y condecoraciones de Bohemia, recibió a los miembros del Club de los Suicidas.

-Hombres locos y malvados -empezó-, como muchos de ustedes han sido conducidos a este extremo por la falta de fortuna, recibirán trabajo y salario de mis oficiales. Los que sufran del sentimiento de la culpa deberán recurrir a un poderoso más alto y generoso que yo. Siento piedad por todos ustedes, mucho más profunda de lo que imaginan; mañana me contarán sus problemas y, cuanto más francamente me respondan, más dispuesto estaré a remediar sus infortunios. En cuanto a usted -se volvió un poco, dirigiéndose al presidente-, sólo

of your parts by any offer of assistance; but I have instead a piece of diversion to propose to you. Here," laying his hand on the shoulder of Colonel Geraldine's young brother, "is an officer of mine who desires to make a little tour upon the Continent; and I ask you, as a favour, to accompany him on this excursion. Do you," he went on, changing his tone, "do you shoot well with the pistol? Because you may have need of that accomplishment. When two men go travelling together, it is best to be prepared for all. Let me add that, if by any chance you should lose young Mr. Geraldine upon the way, I shall always have another member of my household to place at your disposal; and I am known, Mr. President, to have long eyesight, and as long an arm."

With these words, said with much sternness, the Prince concluded his address. Next morning the members of the club were suitably provided for by his munificence, and the President set forth upon his travels, under the supervision of Mr. Geraldine, and a pair of faithful and adroit lackeys, well trained in the Prince's household. Not content with this, discreet agents were put in possession of the house in Box Court, and all letters or visitors for the Suicide Club or its officials were to be examined by Prince Florizel in person.

Here (says my Arabian author) ends THE STORY OF THE YOUNG MAN WITH THE CREAM TARTS, who is now a comfortable householder in Wigmore Street, Cavendish Square. The number, for obvious reasons, I suppress. Those who care to pursue the adventures of Prince Florizel and the President of the Suicide Club, may read the HISTORY OF THE PHYSICIAN AND THE SARATOGA TRUNK.

2. Story of the physician and the saratoga trunk

MR. SILAS Q. SCUDDAMORE was a young American of a simple and harmless disposition, which was the more to his credit as he came from New England - a quarter of the New World not precisely famous for those qualities. Although he was exceedingly rich, he kept a note of all his expenses in a little paper pocket-book; and he had chosen to study the attractions of Paris from the seventh story of what is called a furnished hotel, in the Latin Quarter. There was a great deal of habit in his penuriousness; and his virtue, which was very remarkable among his associates, was principally founded upon diffidence and youth.

The next room to his was inhabited by a lady, very attractive in her air and very elegant in toilette, whom, on his first arrival, he had taken for a Countess. In

ofendería a una persona de sus méritos ofreciéndole mi ayuda. Pero, en vez de eso, voy a proponerle un poco de diversión. Aquí -puso la mano en el hombro del hermano del coronel Geraldine-, está uno de mis oficiales, que desea realizar un pequeño viaje por Europa; y yo le pido el favor de acompañarle en esa excursión. ¿Sabe usted -siguió, cambiando el tono de voz-, sabe usted disparar bien a pistola? Porque puede que necesite usted este conocimiento. Cuando dos hombres viajan juntos, es conveniente estar preparado para todo. Déjeme añadir que, si por cualquier causa, perdiera usted al joven Geraldine por el camino, siempre tendré otro hombre de mi séquito para poner a su disposición. Y se me conoce, señor presidente, por tener tan buena vista como largo brazo.

Con estas palabras, pronunciadas con gran severidad, el príncipe finalizó su discurso. A la mañana siguiente, fueron rescatados por su generosidad y el presidente emprendió su viaje, bajo la supervisión del joven Geraldine y de un par de fieles ayudas de cámara del príncipe, fieles y bien enseñados. No contento con esto, el príncipe dispuso que dos discretos agentes se instalaran en la casa de Box Court y él personalmente controló todas las cartas, visitantes y dirigentes del Club de los Suicidas.

Aquí (dice mi autor árabe) acaba la HISTORIA DEL JOVEN DE LAS TARTAS DE CREMA, que ahora vive cómodamente en Wigmore Street, Cavendish Square. No ofrecemos el número por razones obvias. Los que deseen seguir las aventuras del príncipe Florizel y el presidente del Club de los Suicidas pueden leer a continuación la HISTORIA DEL MÉDICO Y EL BAÚL MUNDO.

2. Historia del médico y el baúl mundo

El señor Silas O. Scuddamore era un joven norteamericano, de carácter sencillo y apacible, y elfo era meritorio, pues había nacido en Nueva Inglaterra, provincia del Nuevo Mundo, no precisamente conocida por estas cualidades. Aunque era inmensamente rico, llevaba siempre la relación de todos sus gastos en una pequeña libreta de notas, y había optado por estudiar las atracciones de París desde el séptimo piso de lo que se conoce como un «hotel amueblado», en el Barrio `Latino. Su austeridad se debía mucho a la fuerza de la costumbre, y su virtud, que destacaba mucho entre 'la gente con la que se relacionaba, estaba basada, sobre todo, en su juventud y su timidez.

La habitación contigua a la suya la ocupaba una seflora, de aire muy atractivo y elegante en su indumentaria, a quien había tomado por una condesa

course of time he had learned that she was known by the name of Madame Zephyrine, and that whatever station she occupied in life it was not that of a person of title. Madame Zephyrine, probably in the hope of enchanting the young American, used to flaunt by him on the stairs with a civil inclination, a word of course, and a knock-down look out of her black eyes, and disappear in a rustle of silk, and with the revelation of an admirable foot and ankle.

But these advances, so far from encouraging Mr. Scuddamore, plunged him into the depths of depression and bashfulness. She had come to him several times for a light, or to apologise for the imaginary depredations of her poodle; but his mouth was closed in the presence of so superior a being, his French promptly left him, and he could only stare and stammer until she was gone. The slenderness of their intercourse did not prevent him from throwing out insinuations of a very glorious order when he was safely alone with a few males.

The room on the other side of the American's - for there were three rooms on a floor in the hotel - was tenanted by an old English physician of rather doubtful reputation. Dr. Noel, for that was his name, had been forced to leave London, where he enjoyed a large and increasing practice; and it was hinted that the police had been the instigators of this change of scene. At least he, who had made something of a figure in earlier life, now dwelt in the Latin Quarter in great simplicity and solitude, and devoted much of his time to study. Mr. Scuddamore had made his acquaintance, and the pair would now and then dine together frugally in a restaurant across the street.

Silas Q. Scuddamore had many little vices of the more respectable order, and was not restrained by delicacy from indulging them in many rather doubtful ways. Chief among his foibles stood curiosity. He was a born gossip; and life, and especially those parts of it in which he had no experience, interested him to the degree of passion.

He was a pert, invincible questioner, pushing his inquiries with equal pertinacity and indiscretion; he had been observed, when he took a letter to the post, to weigh it in his hand, to turn it over and over, and to study the address with care; and when he found a flaw in the partition between his room and Madame Zephyrine's, instead of filling it up, he enlarged and improved the opening, and made use of it as a spy-hole on his neighbour's affairs.

One day, in the end of March, his curiosity growing as it

cuando Regó. Con el tiempo, se enteró de que se la conocía con el nombre de señora Zéphyrine, y que no era una persona de título, cualquiera que fuese la posición que ocupara en la vida. La señora Zéphyrine, probablemente con la esperanza de atraer al joven americano, acostumbraba a inclinarse gentilmente cuando se cruzaban en las escaleras, diciendo alguna palabra amable o lanzando una mirada arrolladora con sus ojos negros, para desaparecer después entre un murmullo de sedas y el descubrimiento de un pie y un tobillo admirables. Pero estos intentos no estimulaban al señor Scuddamore sino, que por el contrario, le hundían más en los abismos de la depresión y la timidez. Había ido a verle varias veces para pedirle fuego o disculparse por las imaginarias molestias que le causaba su perrito. Pero la boca del joven quedaba muda en presencia de aquel ser tan superior, su francés le abandonaba en el acto, y sólo podía mirarla fijamente y tartamudear hasta que ella se iba. Lo limitado de aquel intercambio no le impedía lanzar gloriosos comentarios sobre ella cuando estaba solo y seguro con algunos de sus amigos.

La habitación del otro lado de la del americano -pues el hotel tenía tres habitaciones por planta- estaba alquilada por un viejo médico inglés de reputación bastante dudosa. El doctor Noel, pues ése era su nombre, se había visto obligado a abandonar Londres, donde gozaba de una gran e importante clientela, y se aseguraba que aquel cambio de ambiente había sido promovido por la policía. Lo cierto era que aquel hombre, que había sido casi un personaje honorable en los años anteriores de su vida, vivía ahora en el Barrio Latino con gran sencillez y en soledad, dedicado casi todo el tiempo al estudio. El señor Scuddamore había entablado conocimiento con él y los dos hombres cenaban juntos de tanto en tanto, muy frugalmente, en un restaurante del otro lado de la calle.

Silas O. Scuddamore tenía muchos vicios pequeños, aunque de naturaleza respetable y la elegancia no le impedía concedérselos de manera a veces un poco dudosa. De sus debilidades, la mayor era la curiosidad. Era chismoso de nacimiento, y la vida, en especial aquellos aspectos en los que no tenía experiencia, le interesaba con pasión. Era un preguntón incorregible e impertinente y planteaba sus preguntas con gran insistencia y total indiscreción. Cuando había llevado una carta ajena al correo, le habían visto sopesarla en la mano, darle vueltas y vueltas, y estudiar las señas con la mayor atención. Y cuando encontró un agujero en la pared que separaba su habitación de la de la señora Zéphyrine, en lugar de cerrarlo, lo agrandó y mejoró la abertura, y lo utilizó para espiar la vida de su vecina. Un día, hacia finales de marzo, con la curiosidad cada

was indulged, he enlarged the hole a little further, so that he might command another corner of the room. That evening, when he went as usual to inspect Madame Zephyrine's movements, he was astonished to find the aperture obscured in an odd manner on the other side, and still more abashed when the obstacle was suddenly withdrawn and a titter of laughter reached his ears. Some of the plaster had evidently betrayed the secret of his spy-hole, and his neighbour had been returning the compliment in kind. Mr. Scuddamore was moved to a very acute feeling of annoyance; he condemned Madame Zephyrine unmercifully; he even blamed himself; but when he found, next day, that she had taken no means to baulk him of his favourite pastime, he continued to profit by her carelessness, and gratify his idle curiosity.

That next day Madame Zephyrine received a long visit from a tall, loosely-built man of fifty or upwards, whom Silas had not hitherto seen. His tweed suit and coloured shirt, no less than his shaggy side-whiskers, identified him as a Britisher, and his dull grey eye affected Silas with a sense of cold. He kept screwing his mouth from side to side and round and round during the whole colloquy, which was carried on in whispers. More than once it seemed to the young New Englander as if their gestures indicated his own apartment; but the only thing definite he could gather by the most scrupulous attention was this remark made by the Englishman in a somewhat higher key, as if in answer to some reluctance or opposition.

"I have studied his taste to a nicety, and I tell you again and again you are the only woman of the sort that I can lay my hands on."

In answer to this, Madame Zephyrine sighed, and appeared by a gesture to resign herself, like one yielding to unqualified authority.

That afternoon the observatory was finally blinded, a wardrobe having been drawn in front of it upon the other side; and while Silas was still lamenting over this misfortune, which he attributed to the Britisher's malign suggestion, the concierge brought him up a letter in a female handwriting. It was conceived in French of no very rigorous orthography, bore no signature, and in the most encouraging terms invited the young American to be present in a certain part of the Bullier Ball at eleven o'clock that night. Curiosity and timidity fought a long battle in his heart; sometimes he was all virtue, sometimes all fire and daring; and the result of it was that, long before ten, Mr. Silas Q. Scuddamore presented

vez más desarrollada a medida que se abandonaba a ella, agrandó el agujero un poco más, de manera que pudiera ver otra esquina de la habitación. Aquella tarde, cuando fue, como de costumbre, a inspeccionar los movimientos de la señora Zéphyrine, quedó asombrado al encontrar la abertura oscurecida de una extraña manera por el otro lado, y todavía se sintió más avergonzado cuando el obstáculo fue súbitamente retirado y oyó una carcajada. Un poco de yeso debía de haber revelado el secreto de su espionaje y su vecina le había devuelto el cumplimiento de la misma manera. El señor Scuddamore se sintió terriblemente molesto y condenó sin piedad a la señora Zéphyrine; se culpó a sí mismo de lo ocurrido; pero cuando, al día siguiente, comprobó que ella no había tomado medidas para privarle de su entretenimiento favorito, continuó aprovechándose de su descuido y satisfaciendo su vana curiosidad.

Al día siguiente, la señora Zéphyrine recibió una larga visita. Era un hombre alto y desgarbado, de más de cincuenta años, a quien Silas no había visto nunca. Su traje de tweed y su camisa de colores, así como sus gruesas patillas, indicaban que era inglés, pero tenía unos ojos grises y opacos que infundieron en Silas una sensación de frialdad. Estuvo haciendo muecas con la boca, de un lado a otro, y de arriba abajo, durante toda la conversación, que se desarrolló en susurros. Al joven de Nueva Inglaterra le pareció que, más de una vez' el hombre señalaba con sus gestos hacia su habitación; pero lo único claro que pudo concluir, con toda su escrupulosa atención, fue una frase que dijo en voz un poco más alta, como en respuesta a alguna resistencia u oposición:

-He estudiado sus gustos con la mayor atención, y le digo y le repito que usted es una la única mujer de esa clase con la que puedo contar.

La señora Zéphyrine respondió a estas palabras con un suspiro e hizo un ademán de aparente resignación, como quien se rinde ante una indiscutible autoridad.

Esa tarde, el observatorio quedó clausurado definitivamente, cuando en el otro lado se colocó un armario ropero delante. Pero cuando Silas estaba todavía lamentándose de este infortunio, que atribuía a una malévol sugerencia de aquel inglés, el portero le trajo una carta escrita con letra de mujer. Estaba escrita en francés, con una ortografía no muy correcta, no llevaba firma, y en los términos más sugestivos invitaba al joven americano a acudir a un lugar determinado del baile Bullier a las once de aquella noche. La curiosidad y la timidez libraron una larga batalla en su interior; a veces era todo virtud, a veces era todo ardor y osadía. El resultado final fue que, mucho antes de las diez, el

himself in impeccable attire at the door of the Bullier Ball Rooms, and paid his entry money with a sense of reckless devilry that was not without its charm. It was Carnival time, and the Ball was very full and noisy. The lights and the crowd at first rather abashed our young adventurer, and then, mounting to his brain with a sort of intoxication, put him in possession of more than his own share of manhood. He felt ready to face the devil, and strutted in the ballroom with the swagger of a cavalier. While he was thus parading, he became aware of Madame Zephyrine and her Britisher in conference behind a pillar. The cat-like spirit of eaves-dropping overcame him at once. He stole nearer and nearer on the couple from behind, until he was within earshot.

"That is the man," the Britisher was saying; "there - with the long blond hair - speaking to a girl in green."

Silas identified a very handsome young fellow of small stature, who was plainly the object of this designation. "It is well," said Madame Zephyrine. "I shall do my utmost. But, remember, the best of us may fail in such a matter."

"Tut!" returned her companion; "I answer for the result. Have I not chosen you from thirty? Go; but be wary of the Prince. I cannot think what cursed accident has brought him here to-night. As if there were not a dozen balls in Paris better worth his notice than this riot of students and counter-jumpers! See him where he sits, more like a reigning Emperor at home than a Prince upon his holidays!"

Silas was again lucky. He observed a person of rather a full build, strikingly handsome, and of a very stately and courteous demeanour, seated at table with another handsome young man, several years his junior, who addressed him with conspicuous deference. The name of Prince struck gratefully on Silas's Republican hearing, and the aspect of the person to whom that name was applied exercised its usual charm upon his mind. He left Madame Zephyrine and her Englishman to take care of each other, and threading his way through the assembly, approached the table which the Prince and his confidant had honoured with their choice.

"I tell you, Geraldine," the former was saying, "the action is madness. Yourself (I am glad to remember it) chose your brother for this perilous service, and you are bound in duty to have a guard upon his conduct. He has consented to delay so many days in Paris; that was already an imprudence, considering the character of the

señor Silas O. Scuddamore se presentó impecablemente vestido en la puerta del salón de baile Bullier y pagó su entrada con una sensación de temeraria desenvoltura que no carecía de encanto.

Eran los días de carnaval y el salón estaba repleto y ruidoso. Las luces y la muchedumbre intimidaron bastante al principio a nuestro joven aventurero, pero después se le subieron a la cabeza en una especie de embriaguez que le hizo sentirse en posesión de su más íntimo atrevimiento. Se sentía dispuesto a enfrentarse al diablo, y se paseó ostentosamente por el salón con toda la seguridad de un caballero. Mientras efectuaba su recorrido, localizó a la señora Zéphyrine, y a su hombre inglés, que estaban conferenciando detrás de una columna. El espíritu felino de la curiosidad le dominó al momento y fué acercándose cada vez más a la pareja por detrás, hasta que pudo escuchar lo que hablaban.

-Aquél es el hombre -decía el inglés-. Aquél del pelo largo rubio, el que está hablando con la chica ves Ida de verde.

Silas identificó a un joven muy apuesto, de baja estatura, que era claramente el objeto de aquella designación.

-De acuerdo -dijo la señora Zéphyrine-. Haré todo lo que pueda. Pero recuerde que hasta las mejores podemos fallar en estos asuntos.

-¡Bah! -replicó su compañero-. Respondo del resultado. ¿No la he escogido de entre treinta? Vaya, pero tenga cuidado con el príncipe. No puedo imaginar qué maldita casualidad le ha traído aquí esta noche. Como si no hubiera docenas de bailes en París más merecedores de él que esta escandalera de estudiantes y comerciantes. Mírele donde está sentado: parece más un emperador en su casa que un príncipe de vacaciones.

Silas tuvo otra vez suerte. Pudo ver a un hombre de constitución fuerte, de gran apostura y aire majestuoso y cortés, sentado a una mesa con otro hombre joven también apuesto, varios años más joven, que se dirigía a él con explícita deferencia. El título de príncipe sonó agradablemente a los oídos republicanos de Silas y el aspecto de la persona a quien se aplicaba aquel título ejerció el habitual encanto sobre él. Dejó que la señora Zéphyrine y su inglés se cuidasen el uno al otro y, abriéndose paso entre la multitud, se aproximó a la mesa que el príncipe y su confidente habían honrado con su elección.

-Le digo, Geraldine -decía el primero-, que esta actuación es una locura. Usted mismo (y me complace recordarlo) eligió a su hermano para este arriesgado servicio, y tiene usted el deber de vigilar su conducta. Ha consentido permanecer varios días en París, lo cual

man he has to deal with; but now, when he is within eight-and-forty hours of his departure, when he is within two or three days of the decisive trial, I ask you, is this a place for him to spend his time? He should be in a gallery at practice; he should be sleeping long hours and taking moderate exercise on foot; he should be on a rigorous diet, without white wines or brandy. Does the dog imagine we are all playing comedy? The thing is deadly earnest, Geraldine."

"I know the lad too well to interfere," replied Colonel Geraldine, "and well enough not to be alarmed. He is more cautious than you fancy, and of an indomitable spirit. If it had been a woman I should not say so much, but I trust the President to him and the two valets without an instant's apprehension."

"I am gratified to hear you say so," replied the Prince; "but my mind is not at rest. These servants are well-trained spies, and already has not this miscreant succeeded three times in eluding their observation and spending several hours on end in private, and most likely dangerous, affairs? An amateur might have lost him by accident, but if Rudolph and Jerome were thrown off the scent, it must have been done on purpose, and by a man who had a cogent reason and exceptional resources."

"I believe the question is now one between my brother and myself," replied Geraldine, with a shade of offence in his tone.

"I permit it to be so, Colonel Geraldine," returned Prince Florizel. "Perhaps, for that very reason, you should be all the more ready to accept my counsels. But enough. That girl in yellow dances well."

And the talk veered into the ordinary topics of a Paris ballroom in the Carnival.

Silas remembered where he was, and that the hour was already near at hand when he ought to be upon the scene of his assignation. The more he reflected the less he liked the prospect, and as at that moment an eddy in the crowd began to draw him in the direction of the door, he suffered it to carry him away without resistance. The eddy stranded him in a corner under the gallery, where his ear was immediately struck with the voice of Madame Zephyrine. She was speaking in French with the young man of the blond locks who had been pointed out by the strange Britisher not half-an-hour before.

"I have a character at stake," she said, "or I would put no other condition than my heart recommends. But you have only to say so much to the porter, and he will let you go by without a word."

"But why this talk of debt?" objected her companion.

ya es una imprudencia considerando el carácter del hombre con el que trata. Y ahora, cuando le faltan cuarenta y ocho horas para la partida, cuando le quedan dos o tres días para la prueba decisiva, le pregunto si éste es el lugar adecuado para pasar el rato. Debería estar practicando en una galería de tiro, durmiendo las horas necesarias y haciendo un ejercicio moderado de paseos; debería seguir una dieta rigurosa, sin vinos blancos ni brandy. ¿Se cree ese chiquillo que estamos representando una comedia? La cosa es mortalmente seria, Geraldine.

-Conozco al muchacho demasiado para entrometerme -dijo el coronel Geraldine- y lo bastante bien como para no alarmarme. Es mucho más precavido de lo que usted imagina y tiene un valor extraordinario. Si hubiera alguna mujer en medio, quizá no lo aseguraría tanto, pero confío al presidente a sus manos y en las de los dos sirvientes, sin la menor aprensión.

-Me alegra enormemente oírlo -replicó el príncipe-, pero no me siento del todo tranquilo. Esos sirvientes son espías muy bien adiestrados y ¿acaso no ha conseguido el bribón eludir su vigilancia en tres ocasiones y dedicar varias horas a asuntos suyos, seguramente peligrosos? Un aficionado podría haberle perdido por casualidad, pero si despistó a Rudolph y Jérôme debe de haber sido con un propósito determinado y por un hombre con extraordinaria habilidad y con poderosos motivos.

-Creo que ahora el asunto está entre mi hermano y yo -dijo Geraldine con cierto matiz de ofensa en la voz.

-Me parece bien que sea así, coronel Geraldine -afirmó el príncipe Florizel-. Quizá por esta misma razón debería estar usted más dispuesto a aceptar mis consejos. Pero basta ya. Esa chica de amarillo baila maravillosamente.

Y la conversación derivó a los temas acostumbrados de un salón de baile de París y de la época de carnaval.

Silas recordó entonces dónde estaba y que estaba a punto de dar la hora en que debía encontrarse en el lugar que le habían indicado. Cuanto más reflexionaba sobre ello, menos le agradaba la idea y como en ese momento un empujón de la multitud empezó a llevarle en dirección a la puerta, se dejó llevar sin oponer resistencia. La corriente humana le dejó en una esquina, bajo la galería, y allí le llegó inmediatamente a los oídos la voz de la señora Zéphyrine. Estaba hablando en francés con el joven de la melena rubia que le había señalado el extraño inglés media hora antes.

-Tengo un nombre que proteger -decía ella-. Si no, no pondría más objeciones que las que mi corazón me dictara. Sólo ha de decirle eso al portero y le permitirá pasar sin una palabra más.

, -Pero ¿por qué esas palabras de una deuda? -objetó

"Heavens!" said she, "do you think I do not understand my own hotel?"

And she went by, clinging affectionately to her companion's arm.

This put Silas in mind of his billet.

"Ten minutes hence," thought he, "and I may be walking with as beautiful a woman as that, and even better dressed - perhaps a real lady, possibly a woman or title." And then he remembered the spelling, and was a little downcast.

"But it may have been written by her maid," he imagined.

The clock was only a few minutes from the hour, and this immediate proximity set his heart beating at a curious and rather disagreeable speed. He reflected with relief that he was in no way bound to put in an appearance. Virtue and cowardice were together, and he made once more for the door, but this time of his own accord, and battling against the stream of people which was now moving in a contrary direction. Perhaps this prolonged resistance wearied him, or perhaps he was in that frame of mind when merely to continue in the same determination for a certain number of minutes produces a reaction and a different purpose. Certainly, at least, he wheeled about for a third time, and did not stop until he had found a place of concealment within a few yards of the appointed place.

Here he went through an agony of spirit, in which he several times prayed to God for help, for Silas had been devoutly educated. He had now not the least inclination for the meeting; nothing kept him from flight but a silly fear lest he should be thought unmanly; but this was so powerful that it kept head against all other motives; and although it could not decide him to advance, prevented him from definitely running away. At last the clock indicated ten minutes past the hour. Young Scuddamore's spirit began to rise; he peered round the corner and saw no one at the place of meeting; doubtless his unknown correspondent had wearied and gone away. He became as bold as he had formerly been timid. It seemed to him that if he came at all to the appointment, however late, he was clear from the charge of cowardice. Nay, now he began to suspect a hoax, and actually complimented himself on his shrewdness in having suspected and outmanoeuvred his mystifiers. So very idle a thing is a boy's mind!

Armed with these reflections, he advanced boldly from his corner; but he had not taken above a couple of steps before a hand was laid upon his arm. He turned and beheld a lady cast in a very large mould and with somewhat stately features, but bearing no mark of severity in her looks.

su acompañante.

-¡Santo cielo! -exclamó ella-. ¿Cree usted que no conozco mi propio hotel?

Y se alejó, colgada cariñosamente del brazo de su acompañante.

Esto recordó a Silas su carta. «Diez minutos más - pensó-, y puede que esté paseando con una mujer tan hermosa como ésta, quizá hasta más elegante.... puede que una dama verdadera o una aristócrata. » Pero entonces recordó la ortografía y se sintió un poco descorazonado. «A lo mejor la ha escrito su doncella», imaginó.

Sólo faltaban ya unos minutos para la hora en el reloj, y esta cercanía le hizo latir el corazón con una rapidez desconocida y hasta cierto punto desagradable.

Reflexionó con alivio que no estaba en absoluto obligado a comparecer. La virtud y la cobardía se unían y se dirigió otra vez a la puerta, ahora por su -Propia decisión, luchando contra el flujo del gentío que ahora se movía en dirección contraria. Quizá esta Prolongada resistencia le cansó o se hallaba en ese estado mental en que basta que una determinación se prolongue unos minutos para producir una decisión y un propósito diferentes al original. Finalmente, se dio la vuelta por tercera vez y ya no se detuvo hasta que encontró un lugar donde ocultarse, a pocos pasos del punto de la cita.

Allí sufrió una verdadera agonía y varias veces rogó al Cielo que viniese en su ayuda, pues Silas había sido educado devotamente. No sentía ahora deseo ninguno del encuentro; sólo le impedía escapar el absurdo temor de que se le creyera cobarde; pero ese temor era tan poderoso que se sobreponía a todas las otras razones; y, aunque no le decidía a avanzar, le impedía echar a correr de una vez. Por último, el reloj señaló diez minutos más de la hora. El ánimo del joven Scuddamore empezó a serenarse; escrutó desde donde se encontraba y no vio a nadie en el lugar de la cita; sin duda su anónimo corresponsal se había cansado de esperar y había marchado. Se sintió tan audaz como antes se había sentido tímido. Le pareció que si acudía finalmente a la cita, aunque fuese tarde, quedaría limpio de cualquier sospecha de cobardía. Empezó a sospechar que le habían gastado una broma y se felicitó a sí mismo de su astucia al haber recelado de sus engañadores. ¡Así de vanidosa es la mente de un muchacho!

Armado con estas reflexiones, avanzó valerosamente desde su rincón y, no había dado dos pasos, cuando una mano le cogió por el brazo. Se volvió y se encontró con una dama, alta, de porte majestuoso y maneras señoriales, pero sin ninguna señal de seriedad en la mirada.

"I see that you are a very self-confident lady-killer," said she;

"for you make yourself expected. But I was determined to meet you. When a woman has once so far forgotten herself as to make the first advance, she has long ago left behind her all considerations of petty pride."

Silas was overwhelmed by the size and attractions of his correspondent and the suddenness with which she had fallen upon him. But she soon set him at his ease. She was very towardly and lenient in her behaviour; she led him on to make pleasantries, and then applauded him to the echo; and in a very short time, between blandishments and a liberal exhibition of warm brandy, she had not only induced him to fancy himself in love, but to declare his passion with the greatest vehemence.

"Alas!" she said; "I do not know whether I ought not to deplore this moment, great as is the pleasure you give me by your words. Hitherto I was alone to suffer; now, poor boy, there will be two. I am not my own mistress. I dare not ask you to visit me at my own house, for I am watched by jealous eyes. Let me see," she added;

"I am older than you, although so much weaker; and while I trust in your courage and determination, I must employ my own knowledge of the world for our mutual benefit. Where do you live?"

He told her that he lodged in a furnished hotel, and named the street and number.

She seemed to reflect for some minutes, with an effort of mind.

"I see," she said at last. "You will be faithful and obedient, will you not?"

Silas assured her eagerly of his fidelity.

"To-morrow night, then," she continued, with an encouraging smile, "you must remain at home all the evening; and if any friends should visit you, dismiss them at once on any pretext that most readily presents itself. Your door is probably shut by ten?" she asked.

"By eleven," answered Silas.

"At a quarter past eleven," pursued the lady, "leave the house. Merely cry for the door to be opened, and be sure you fall into no talk with the porter, as that might ruin everything. Go straight to the corner where the Luxembourg Gardens join the Boulevard; there you will find me waiting you. I trust you to follow my advice from point to point: and remember, if you fail me in only one particular, you will bring the sharpest trouble on a woman whose only fault is to have seen and loved you."

"I cannot see the use of all these instructions," said Silas.

"I believe you are already beginning to treat me as a

-Veo que es usted un seductor muy seguro de sí mismo - dijo la dama-, puesto que se hace esperar. Pero estaba decidida a encontrarme con usted. Cuando una mujer se olvida tanto de sí misma como para dar el primer paso, deja atrás todas las pequeñas consideraciones del orgullo.

Silas se sintió sobrecogido por el tamaño y los atractivos de su acompañante, así como por la manera súbita en que había caído sobre él. Pero ella pronto lo tranquilizó. Se conducía de manera gentil y afectuosa; le animaba a hacer bromas, que le aplaudía con entusiasmo, y, en muy poco tiempo, entre esas atenciones y un uso abundante de un brandy caliente, ella logró no sólo inducirle a imaginarse enamorado sino incluso a que le declarase su pasión de manera vehemente.

-¡Ay! -exclamó la dama-. No sé si no debería lamentar este momento, por grande que sea el placer que me producen sus palabras. Hasta ahora, yo sufría sola; en adelante, mi pobre muchacho, sufriremos dos. No soy dueña de mis actos. No me atrevo a pedirle que venga a visitarme a mi casa, pues allí me acechan unos ojos celosos. Veamos -añadió-, soy más mayor que usted, aunque sea mucho más débil; y si bien confío en su valor y determinación, debo utilizar mi conocimiento del mundo y de la vida en provecho de los dos. ¿Dónde vive usted?

Él le respondió que se alojaba en un hotel amueblado y le dio el nombre de la calle y el número. Ella pareció reflexionar unos minutos, haciendo un esfuerzo por pensar.

-Bueno -dijo, finalmente-. Será usted fiel y obediente, ¿no es verdad?

Silas le aseguró ansiosamente su fidelidad.

-Mañana por la noche, entonces -prosiguió ella con una sonrisa alentadora-. Debe usted quedarse en casa toda la tarde; si vienen amigos a visitarle, despídalos en seguida con el primer pretexto que se le ocurra. ¿Suelen cerrar el portal a las diez?

-A las once -contestó Silas.

-A las once y cuarto -siguió la dama-, salga de su casa. Llame para que le abran la puerta y, sobre todo no se ponga a conversar con el portero, pues eso lo estropearía todo. Vaya directo a la esquina de los jardines de Luxemburgo con el Boulevard. Me encontrará allí esperándole. Confío en que seguirá mis advertencias punto a punto; recuerde que si me falla, aunque sólo sea en una, acarreará problemas gravísimos a una mujer cuya única falta es haberle visto y haberse enamorado de usted.

-No veo la utilidad de todas estas instrucciones -opinó Silas.

master," she cried, tapping him with her fan upon the arm. "Patience, patience! that should come in time. A woman loves to be obeyed at first, although afterwards she finds her pleasure in obeying. Do as I ask you, for Heaven's sake, or I will answer for nothing. Indeed, now I think of it," she added, with the manner of one who has just seen further into a difficulty, "I find a better plan of keeping importunate visitors away. Tell the porter to admit no one for you, except a person who may come that night to claim a debt; and speak with some feeling, as though you feared the interview, so that he may take your words in earnest."

"I think you may trust me to protect myself against intruders," he said, not without a little pique.

"That is how I should prefer the thing arranged," she answered coldly. "I know you men; you think nothing of a woman's reputation."

Silas blushed and somewhat hung his head; for the scheme he had in view had involved a little vain-glorying before his acquaintances.

"Above all," she added, "do not speak to the porter as you come out."

"And why?" said he. "Of all your instructions, that seems to me the least important."

"You at first doubted the wisdom of some of the others, which you now see to be very necessary," she replied.

"Believe me, this also has its uses; in time you will see them; and what am I to think of your affection, if you refuse me such trifles at our first interview?"

Silas confounded himself in explanations and apologies; in the middle of these she looked up at the clock and clapped her hands together with a suppressed scream.

"Heavens!" she cried, "is it so late? I have not an instant to lose. Alas, we poor women, what slaves we are!

What have I not risked for you already?"

And after repeating her directions, which she artfully combined with caresses and the most abandoned looks, she bade him farewell and disappeared among the crowd.

The whole of the next day Silas was filled with a sense of great importance; he was now sure she was a countess; and when evening came he minutely obeyed her orders and was at the corner of the Luxembourg Gardens by the hour appointed. No one was there. He waited nearly half-an-hour, looking in the face of every one who passed or loitered near the spot; he even visited the neighbouring corners of the Boulevard and made a complete circuit of the garden railings; but there was no beautiful countess to throw herself into his arms. At

_Me parece que ya empieza usted a tratarme como mi dueño -exclamó ella, golpeándole suavemente en el brazo con el abanico-. ¡Paciencia, paciencia! Todo llegará a su tiempo. Una mujer quiere que la obedezcan al principio, aunque después su placer es obedecer. Haga lo que le pido, ¡por el amor de Dios!, o no respondo de nada. En realidad, ahora que lo pienso -añadió, como si resolviera de pronto alguna dificultad- tengo un plan mejor para evitar cualquier visita inoportuna. Dígale al portero que no deje entrar a nadie a visitarle, excepto a una persona que posiblemente acuda esa noche a cobrar una deuda; y hable con sentimiento, como si le diera miedo la visita, de modo que se tome en serio sus palabras.

-Creo que podría usted confiar en que sé protegerme solo de los intrusos -dijo él, con una nota de resentimiento en la voz.

-Me gusta arreglar las cosas así -contestó ella con frialdad-. Conozco a los hombres; no hacen ustedes ningún caso de la reputación de una mujer.

Silas enrojeció y se sintió un poco avergonzado, porque en el panorama que se le presentaba había incluido el vanagloriarse delante de sus amigos.

-Sobre todo no hable con el portero al salir -insistió la mujer.

-¿Por qué? -inquirió él-. De todas sus instrucciones, ésta me parece la menos importante.

-Al principio dudó usted de la conveniencia de algunas de las otras, que ahora entiende muy necesarias -replicó ella-. Créame, esto también tiene su sentido, lo verá a su tiempo. ¿Y qué debo yo pensar de su afecto por mí, si rechaza usted tales trivialidades en nuestro primer encuentro?

Silas se enredó en explicaciones y disculpas, pero a la mitad ella miró el reloj y dio una palmada, ahogando un grito de sorpresa.

-¡Cielos! -exclamó-. ¿De veras es tan tarde? No puedo perder un instante. ¡Ay! ¿Pobres mujeres, cuán esclavas somos! ¿Cuánto no he arriesgado ya por usted?

Y, tras repetirle sus instrucciones, que combinó ampliamente con caricias y miradas de entrega, se despidió de él diciéndole adiós y desapareció entre la multitud.

Durante todo el día siguiente, Silas se sintió embargado, por un sentimiento de gran importancia. Estaba Zonvencido, ahora, de que la dama era una condesa y cuando cayó la tarde siguió minuciosamente todas sus indicaciones y se dirigió a los jardines de Luxemburgo a la hora acordada. No había nadie. Aguardó durante ,casi media hora, mirando los rostros de todos los que paseaban o deambulando por el derredor. Fue a las esquinas próximas del Boulevard y

last, and most reluctantly, he began to retrace his steps towards his hotel. On the way he remembered the words he had heard pass between Madame Zephyrine and the blond young man, and they gave him an indefinite uneasiness.

"It appears," he reflected, "that every one has to tell lies to our porter."

He rang the bell, the door opened before him, and the porter in his bed-clothes came to offer him a light.

"Has he gone?" inquired the porter.

"He? Whom do you mean?" asked Silas, somewhat sharply, for he was irritated by his disappointment.

"I did not notice him go out," continued the porter, "but I trust you paid him. We do not care, in this house, to have lodgers who cannot meet their liabilities."

"What the devil do you mean?" demanded Silas rudely.

"I cannot understand a word of this farrago."

"The short blond young man who came for his debt," returned the other. "Him it is I mean. Who else should it be, when I had your orders to admit no one else?"

"Why, good God, of course he never came," retorted Silas.

"I believe what I believe," returned the porter, putting his tongue into his cheek with a most roguish air.

"You are an insolent scoundrel," cried Silas, and, feeling that he had made a ridiculous exhibition of asperity, and at the same time bewildered by a dozen alarms, he turned and began to run upstairs.

"Do you not want a light then?" cried the porter.

But Silas only hurried the faster, and did not pause until he had reached the seventh landing and stood in front of his own door. There he waited a moment to recover his breath, assailed by the worst forebodings and almost dreading to enter the room.

When at last he did so he was relieved to find it dark, and to all appearance, untenanted. He drew a long breath. Here he was, home again in safety, and this should be his last folly as certainly as it had been his first. The matches stood on a little table by the bed, and he began to grope his way in that direction. As he moved, his apprehensions grew upon him once more, and he was pleased, when his foot encountered an obstacle, to find it nothing more alarming than a chair. At last he touched curtains. From the position of the window, which was faintly visible, he knew he must be at the foot of the bed, and had only to feel his way along it in order to reach the table in question.

dio la vuelta completa a las verjas de los jardines, pero no había ninguna hermosa condesa que se arrojara en sus brazos. Finalmente, muy malhumorado, dirigió sus pasos nuevamente de vuelta al hotel. En el camino, recordó las palabras que había oído entre la señora Zéphyrine y el hombre de cabello rubio, y éstas le provocaron un desasosiego infinito. «Parece -pensó-, que todo el mundo tiene que decirle mentiras a nuestro portero.»

Tocó el timbre, la puerta se abrió ante él y el portero apareció en pijama ofreciéndole una luz.

-¿Se ha marchado él? -preguntó.

-¿Él? ¿A quién se refiere? -inquirió a su vez Silas, un poco secamente, por su disgusto por la cita.

-No le he visto salir -siguió el portero-, pero espero que le haya pagado usted. En esta casa, no nos gusta tener inquilinos que no pueden cumplir con sus deudas.

-¿De qué demonios está hablando? -preguntó Silas, rudamente-. No entiendo una palabra de toda esta cháchara.

-Del hombre bajo, rubio, que vino a por la deuda -respondió el portero-. Creo que es ése. ¿Quién más podía ser si tenía órdenes suyas de no admitir a nadie más?

-¡Por Dios! Por supuesto que no ha venido nadie.

-Yo creo lo que creo -repuso el portero, componiendo una mueca burlona con la lengua en la mejilla.

-Es usted un condenado pícaro -gritó Silas.

Pero, sintiendo que había hecho el ridículo con su brusquedad, y asaltado a la vez por unas alarmas inconscientes, se dio la vuelta y empezó a subir a toda prisa las escaleras.

-¿Entonces, no quiere la luz? -gritó el portero.

Pero Silas se limitó a subir más deprisa y no se paró hasta que llegó al séptimo piso y a la puerta de su propia habitación. Esperó un momento para recobrar el aliento, asaltado por los peores presentimientos y casi temeroso de penetrar en la habitación.

Cuando al final entró, sintió alivio al encontrarla a oscuras y, en apariencia, sin nadie dentro. Respiró hondo. Estaba otra vez en casa, y a salvo, y aquélla iba a ser su última locura tan cierto como que había sido la primera. Guardaba las cerillas en la mesita de noche y avanzó a ciegas hacia allá. Mientras se movía, volvió a sentirse inquieto, y cuando su pie alcanzó un obstáculo le satisfizo comprobar que no era nada más alarmante que una silla. Al final, tocó las colgaduras del lecho. Por la situación de la ventana, que era claramente visible, supo que estaba a los pies de la cama y que sólo tenía que seguir a tientas un poco más para llegar a la mesita de noche.

He lowered his hand, but what it touched was not simply a counterpane - it was a counterpane with something underneath it like the outline of a human leg. Silas withdrew his arm and stood a moment petrified.

"What, what," he thought, "can this betoken?"

He listened intently, but there was no sound of breathing. Once more, with a great effort, he reached out the end of his finger to the spot he had already touched; but this time he leaped back half a yard, and stood shivering and fixed with terror. There was something in his bed. What it was he knew not, but there was something there.

It was some seconds before he could move. Then, guided by an instinct, he fell straight upon the matches, and keeping his back towards the bed lighted a candle.

As soon as the flame had kindled, he turned slowly round and looked for what he feared to see. Sure enough, there was the worst of his imaginations realised. The coverlid was drawn carefully up over the pillow, but it moulded the outline of a human body lying motionless; and when he dashed forward and flung aside the sheets, he beheld the blond young man whom he had seen in the Bullier Ball the night before, his eyes open and without speculation, his face swollen and blackened, and a thin stream of blood trickling from his nostrils.

Silas uttered a long, tremulous wail, dropped the candle, and fell on his knees beside the bed.

Silas was awakened from the stupor into which his terrible discovery had plunged him by a prolonged but discreet tapping at the door. It took him some seconds to remember his position; and when he hastened to prevent anyone from entering it was already too late. Dr. Noel, in a tall night-cap, carrying a lamp which lighted up his long white countenance, sidling in his gait, and peering and cocking his head like some sort of bird, pushed the door slowly open, and advanced into the middle of the room.

"I thought I heard a cry," began the Doctor, "and fearing you might be unwell I did not hesitate to offer this intrusion."

Silas, with a flushed face and a fearful beating heart, kept between the Doctor and the bed; but he found no voice to answer.

"You are in the dark," pursued the Doctor; "and yet you have not even begun to prepare for rest. You will not easily persuade me against my own eyesight; and your face declares most eloquently that you require either a friend or a physician - which is it to be? Let me feel your pulse, for that is often a just reporter of the heart."

Bajó la mano, pero lo que tocó no fue sólo el cobertor era el cobertor con algo debajo que parecía la forma de una pierna humana. Silas retiró la mano y se quedó petrificado. «¿Qué puede significar todo esto», se preguntó.

Escuchó con atención, pero no se percibía sonido alguno de respiración. Una vez más, con un tremendo esfuerzo, tocó con la punta del dedo el lugar que había tocado antes. Pero esta vez saltó medio metro atrás, temblando y paralizado de horror. En su cama había algo. No sabía lo qué era, pero había algo.

Transcurrieron unos segundos hasta que logró moverse. Luego, guiado por el instinto, fue derecho a las cerillas y, de espaldas a la cama, encendió una vela. En la llama prendió, se dio la vuelta lentamente y miró hacia lo que temía ver. Con seguridad, era lo peor que su imaginación había podido concebir. La sobrecama estaba cuidadosamente estirada sobre las almohadas, pero modelaba la silueta de un cuerpo humano que permanecía inmóvil. Silas dio un salto adelante, apartó de un tirón las sábanas y reconoció al joven del cabello rubio que había visto la noche anterior en el salón de baile Bullier. Tenía los ojos abiertos pero sin lada, el rostro hinchado y negro, y un fino reguero de sangre le corría desde la nariz.

Silas lanzó un prolongado y trémulo gemido, dejó caer la vela y cayó de rodillas junto a la cama. Le despertó del atontamiento en que le había sumido su terrible descubrimiento un tenue golpeteo en la puerta. Tardó unos segundos en recordar su situación y, cuando se precipitó a evitar que nadie entrara en la habitación, era ya demasiado tarde. El doctor Noel, tocado con un alto gorro de dormir y transportando una lámpara que iluminaba sus blancas facciones, empujó lentamente la puerta abierta, entró mirando a uno y otro lado con la cabeza inclinada como un pájaro, y se colocó en el medio de la habitación.

-Creí oír un grito -empezó el doctor-, y, temiendo que no se encontrara usted bien, no he dudado en permitirme esta intrusión.

Silas se mantuvo entre el doctor y el lecho, con la cara roja y notando los latidos de terror de su corazón, pero no encontró voz suficiente para responder.

-Está usted a oscuras -siguió el doctor- y no ha empezado siquiera a prepararse para descansar. No me persuadirá usted fácilmente contra lo que veo con mis propios ojos y su rostro declara con la mayor elocuencia: usted necesita un médico o un amigo. ¿Cuál de las dos cosas será? Déjeme tomarle el pulso, que a

He advanced to Silas, who still retreated before him backwards, and sought to take him by the wrist; but the strain on the young American's nerves had become too great for endurance. He avoided the Doctor with a febrile movement, and, throwing himself upon the floor, burst into a flood of weeping.

As soon as Dr. Noel perceived the dead man in the bed his face darkened; and hurrying back to the door which he had left ajar, he hastily closed and double-locked it.

"Up!" he cried, addressing Silas in strident tones; "this is no time for weeping. What have you done? How came this body in your room? Speak freely to one who may be helpful. Do you imagine I would ruin you? Do you think this piece of dead flesh on your pillow can alter in any degree the sympathy with which you have inspired me? Credulous youth, the horror with which blind and unjust law regards an action never attaches to the doer in the eyes of those who love him; and if I saw the friend of my heart return to me out of seas of blood he would be in no way changed in my affection. Raise yourself," he said; "good and ill are a chimera; there is nought in life except destiny, and however you may be circumstanced there is one at your side who will help you to the last."

Thus encouraged, Silas gathered himself together, and in a broken voice, and helped out by the Doctor's interrogations, contrived at last to put him in possession of the facts. But the conversation between the Prince and Geraldine he altogether omitted, as he had understood little of its purport, and had no idea that it was in any way related to his own misadventure.

"Alas!" cried Dr. Noel, "I am much abused, or you have fallen innocently into the most dangerous hands in Europe. Poor boy, what a pit has been dug for your simplicity! into what a deadly peril have your unwary feet been conducted! This man," he said, "this Englishman, whom you twice saw, and whom I suspect to be the soul of the contrivance, can you describe him? Was he young or old? tall or short?"

But Silas, who, for all his curiosity, had not a seeing eye in his head, was able to supply nothing but meagre generalities, which it was impossible to recognise.

"I would have it a piece of education in all schools!" cried the Doctor angrily. "Where is the use of eyesight and articulate speech if a man cannot observe and recollect the features of his enemy? I, who know all the gangs of Europe, might have identified him, and gained new weapons for your defence. Cultivate this art in future, my poor boy; you may find it of momentous

menudo nos informa de cómo va el corazón.

Avanzó hacia Silas, que se retrocedió unos pasos, e intentó cogerle la muñeca, pero la tensión nerviosa del joven norteamericano era demasiado grande ya para aguantar más. Evitó al doctor con un movimiento enfebrecido, se tiró al suelo y rompió a llorar a raudales.

En cuanto el doctor Noel percibió la forma del hombre muerto en el lecho se le oscureció la cara. Corrió hacia la puerta, que habla dejado abierta, la cerró apresuradamente y le echó doble llave.

-¡Arriba! -gritó, dirigiéndose a Silas con voz estridente-. No es momento de llorar. ¿Qué ha hecho usted? ¿Cómo ha llegado este cuerpo a su habitación? Hable francamente a alguien que puede ayudarle. ¿Imagina usted que voy a hundirle? ¿Cree usted que este pedazo de carne muerta en sus almohadas altera de algún modo la simpatía que siempre me ha inspirado usted? Juventud crédula, el horror con que observa las acciones la ley ciega e injusta no se contagia a los ojos de los que le aprecian de verdad. Si viera a mi mejor amigo volver a mí envuelto en mares de sangre, nada cambiaría en mi afecto. Levántese -siguió-, la bondad y la maldad son una quimera; no hay nada en vida salvo el destino, y cualesquiera sean las circunstancias en que se encuentre, hay alguien a su lado, que le ayudará hasta el final.

Animado de esta manera, Silas consiguió dominarse y, con voz quebrada y auxiliado por las preguntas del doctor, consiguió al final ponerle al corriente de los hechos. Mas omitió la conversación entre el príncipe y Geraldine, pues no había comprendido su sentido y no creía que guardara relación alguna con su des-

-¡Ay! -exclamó el doctor Noel-. O mucho me equivoco o ha caldo usted con toda inocencia en las manos más peligrosas de Europa. ¡Pobre chico, qué abismo se le ha abierto por su simpleza! ¡A qué mortal peligro le han conducido sus inconscientes pies! ¿Podría usted describirme a ese hombre -preguntó-, ese inglés a quien vio usted dos veces, del que sospecho es el cerebro de toda la intriga? ¿Era joven o viejo? ¿Bajo o alto?

Pero Silas, que, a pesar de toda su curiosidad no tenía ojos para ver, fue incapaz de proporcionar más que neras generalidades, que hacían imposible reconocer al hombre.

-¡Pondría una asignatura obligatoria en todos los colegios! -gritó, enfadado, el doctor---. ¿De qué sirve tener vista y un lenguaje articulado, si un hombre no es capaz de observar y reconocer los rasgos de su enenigo? Yo, que conozco a todos los gánsteres de Europa,

service."

"The future!" repeated Silas. "What future is there left for me except the gallows?"

"Youth is but a cowardly season," returned the Doctor; "and a man's own troubles look blacker than they are. I am old, and yet I never despair."

"Can I tell such a story to the police?" demanded Silas.

"Assuredly not," replied the Doctor. "From what I see already of the machination in which you have been involved, your case is desperate upon that side; and for the narrow eye of the authorities you are infallibly the guilty person. And remember that we only know a portion of the plot; and the same infamous contrivers have doubtless arranged many other circumstances which would be elicited by a police inquiry, and help to fix the guilt more certainly upon your innocence."

"I am then lost, indeed!" cried Silas.

"I have not said so," answered Dr. Noel "for I am a cautious man."

"But look at this!" objected Silas, pointing to the body.

"Here is this object in my bed; not to be explained, not to be disposed of, not to be regarded without horror."

"Horror?" replied the Doctor. "No. When this sort of clock has run down, it is no more to me than an ingenious piece of mechanism, to be investigated with the bistoury. When blood is once cold and stagnant, it is no longer human blood; when flesh is once dead, it is no longer that flesh which we desire in our lovers and respect in our friends. The grace, the attraction, the terror, have all gone from it with the animating spirit. Accustom yourself to look upon it with composure; for if my scheme is practicable you will have to live some days in constant proximity to that which now so greatly horrifies you."

"Your scheme?" cried Silas. "What is that? Tell me speedily, Doctor; for I have scarcely courage enough to continue to exist."

Without replying, Doctor Noel turned towards the bed, and proceeded to examine the corpse.

"Quite dead," he murmured. "Yes, as I had supposed, the pockets empty. Yes, and the name cut off the shirt. Their work has been done thoroughly and well.

Fortunately, he is of small stature."

Silas followed these words with an extreme anxiety. At last the Doctor, his autopsy completed, took a chair and addressed the young American with a smile.

"Since I came into your room," said he, "although my ears and my tongue have been so busy, I have not

podría haberle identificado y así conseguir nuevas armas para defenderle. Cultive este arte en el futuro, mi pobre muchacho; puede serle de utilidad.

-¡El futuro! -exclamó Silas-. ¿Qué futuro hay para mí, excepto la horca?

-La juventud es una edad cobarde -repuso el doctor-, y los problemas de un hombre parecen más negros de lo que son. Soy ya viejo, y sin embargo no desespere nunca.

-¿Puedo contarle una historia así a la policía? preguntó Silas.

-Seguro que no -replicó el doctor-. Por lo que ya anticipo de la maquinación en que le han implicado, su caso es desesperado por ese lado. Para las estrechas miras de las autoridades usted será, inevitablemente, el culpable. Y recuerde que sólo conocemos una parte del complot. Sin duda, los mismos infames conspiradores habrán preparado otros muchos detalles que se descubrirían en otra encuesta de la policía y sólo acentuarían más su culpabilidad que su inocencia.

-¡Estoy perdido, entonces! -gritó Silas.

-No he dicho eso -repuso el doctor Noel-, pues soy un hombre prudente.

-¡Pero mire eso! -insistió Silas, señalando el cuerpo-. Mire ese cuerpo en mi cama, y no puedo explicarlo, ni hacerlo desaparecer, ni mirarlo sin horror.

-¿Horror? -exclamó el doctor-. No. Cuando un reloj como éste deja de funcionar, para mí ya no es más que una ingeniosa pieza de maquinaria para ser investigada con el bisturí. Cuando la sangre se enfría y se estanca, deja de ser sangre humana; cuando la carne está muerta ya no es esa carne que deseamos en nuestros amantes y respetamos en nuestros amigos. La gracia, la atracción, el terror, todo se ha desvanecido con el espíritu que los animaba. Acostúmbrese a mirarlo con calma, pues si mi plan puede llevarse a la práctica, tendrá que vivir unos días en la proximidad de eso que ahora tan enormemente le horroriza.

-¿Su plan? -exclamó Silas-. ¿Qué plan? Dígamelo ahora mismo, doctor, porque apenas me resta valor para continuar viviendo.

El doctor Noel se volvió hacia el lecho sin responder y procedió a examinar el cuerpo.

-Muerto, desde luego -murmuró-. Sí, como había supuesto, los bolsillos vacíos. Y también han cortado el nombre de la camisa. Han hecho el trabajo con cuidado y a fondo. Afortunadamente, es de baja estatura.

Silas atendía a sus palabras con extrema ansiedad. por último, el doctor, finalizado su reconocimiento, se sentó en una silla y se dirigió al joven americano sonriendo.

-Desde que entré en esta habitación -dijo-, aunque he tenido muy ocupados los oídos y la lengua, no he dejado

suffered my eyes to remain idle. I noted a little while ago that you have there, in the corner, one of those monstrous constructions which your fellow-countrymen carry with them into all quarters of the globe - in a word, a Saratoga trunk. Until this moment I have never been able to conceive the utility of these erections; but then I began to have a glimmer. Whether it was for convenience in the slave trade, or to obviate the results of too ready an employment of the bowie-knife, I cannot bring myself to decide. But one thing I see plainly - the object of such a box is to contain a human body.

"Surely," cried Silas, "surely this is not a time for jesting."

"Although I may express myself with some degree of pleasantry," replied the Doctor, "the purport of my words is entirely serious. And the first thing we have to do, my young friend, is to empty your coffer of all that it contains."

Silas, obeying the authority of Doctor Noel, put himself at his disposition. The Saratoga trunk was soon gutted of its contents, which made a considerable litter on the floor; and then - Silas taking the heels and the Doctor supporting the shoulders - the body of the murdered man was carried from the bed, and, after some difficulty, doubled up and inserted whole into the empty box. With an effort on the part of both, the lid was forced down upon this unusual baggage, and the trunk was locked and corded by the Doctor's own hand, while Silas disposed of what had been taken out between the closet and a chest of drawers.

"Now," said the Doctor, "the first step has been taken on the way to your deliverance. To-morrow, or rather to-day, it must be your task to allay the suspicions of your porter, paying him all that you owe; while you may trust me to make the arrangements necessary to a safe conclusion. Meantime, follow me to my room, where I shall give you a safe and powerful opiate; for, whatever you do, you must have rest."

The next day was the longest in Silas's memory; it seemed as if it would never be done. He denied himself to his friends, and sat in a corner with his eyes fixed upon the Saratoga trunk in dismal contemplation. His own former indiscretions were now returned upon him in kind; for the observatory had been once more opened, and he was conscious of an almost continual study from Madame Zephyrine's apartment. So distressing did this become, that he was at last obliged to block up the spy-hole from his own side; and when he was thus secured from observation he spent a considerable portion of his time in contrite tears and prayer.

Late in the evening Dr. Noel entered the room carrying in his hand a pair of sealed envelopes without address,

sin trabajar a mis ojos. Hace un momento observé que tiene usted allí, en el rincón, uno de esos artefactos monstruosos que sus compatriotas arrastran con ellos a todas partes del globo: en una palabra, un baúl Saratoga. Hasta este momento no había sido nunca capaz de imaginarme la utilidad de esos muebles, pero empiezo a hacerme una idea. No me decidiría a afirmar si han servido para el comercio de esclavos o para evitar las consecuencias de un uso excesivo del puñal. Pero veo claramente algo: la finalidad de un baúl así es contener un cuerpo humano.

-No me parece -exclamó Silas-, que sea la situación adecuada para bromas.

-Aunque me exprese con cierto humor -replicó el doctor-, mis palabras son absolutamente serias. Y la primera cosa que debemos hacer, mi joven amigo, es vaciar el cofre de todo su contenido.

Silas se puso a disposición del doctor Noel, obedeciendo su autoridad. El baúl Saratoga no tardó en quedar vacío y su contenido desparramado por el suelo. Entonces, Silas tomó el cadáver por los talones y el doctor por los hombros y lo sacaron de la cama. Tras algunas dificultades, lo doblaron y lo introdujeron por entero en el baúl vacío. Con un esfuerzo por parte de ambos, forzaron la tapa y cerraron el baúl sobre aquel extraño equipaje, y el doctor le echó la llave y lo ató en varias vueltas con una cuerda. Mientras tanto, Silas guardó en el armario y la cómoda los objetos que habían sacado.

-Ahora -dijo el doctor-, ya hemos dado el primer paso hacia su salvación. Mañana, o incluso hoy, será su trabajo eliminar las sospechas del portero, pagándole todo lo que le debe; mientras, puede usted confiar en que dispondré todo lo necesario para que las cosas terminen bien. Entre tanto, acompáñeme a mi habitación y le daré un buen narcótico, pues, haga lo que haga, debe usted descansar.

El día siguiente fue el más largo de los que Silas recordaba; parecía que no acabaría nunca. Se negó a ver a sus amigos y se sentó en un rincón con la vista fija en el baúl mundo, en fúnebre contemplación. Sus anteriores indiscretiones se volvían ahora en su contra, pues se dio cuenta de que el observatorio había sido abierto otra vez y de que era continuamente observado desde la habitación de la señora Zéphyrine. Llegó a serle tan desagradable que al final se vio obligado a taponar él mismo el agujero por su lado; y, cuando estuvo seguro de no ser observado, pasó buena parte del tiempo llorando contritamente y rezando.

A última hora de la tarde, el doctor Noel entró en la habitación llevando en la mano un par de sobres cerrados sin dirección, uno de los cuales era bastante

one somewhat bulky, and the other so slim as to seem without enclosure.

"Silas," he said, seating himself at the table, "the time has now come for me to explain my plan for your salvation. To-morrow morning, at an early hour, Prince Florizel of Bohemia returns to London, after having diverted himself for a few days with the Parisian Carnival. It was my fortune, a good while ago, to do Colonel Geraldine, his Master of the Horse, one of those services, so common in my profession, which are never forgotten upon either side. I have no need to explain to you the nature of the obligation under which he was laid; suffice it to say that I knew him ready to serve me in any practicable manner. Now, it was necessary for you to gain London with your trunk unopened. To this the Custom House seemed to oppose a fatal difficulty; but I bethought me that the baggage of so considerable a person as the Prince, is, as a matter of courtesy, passed without examination by the officers of Custom. I applied to Colonel Geraldine, and succeeded in obtaining a favourable answer. To-morrow, if you go before six to the hotel where the Prince lodges, your baggage will be passed over as a part of his, and you yourself will make the journey as a member of his suite."

"It seems to me, as you speak, that I have already seen both the Prince and Colonel Geraldine; I even overheard some of their conversation the other evening at the Bullier Ball."

"It is probable enough; for the Prince loves to mix with all societies," replied the Doctor. "Once arrived in London," he pursued, "your task is nearly ended. In this more bulky envelope I have given you a letter which I dare not address; but in the other you will find the designation of the house to which you must carry it along with your box, which will there be taken from you and not trouble you any more."

"Alas!" said Silas, "I have every wish to believe you; but how is it possible? You open up to me a bright prospect, but, I ask you, is my mind capable of receiving so unlikely a solution? Be more generous, and let me further understand your meaning."

The Doctor seemed painfully impressed.

"Boy," he answered, "you do not know how hard a thing you ask of me. But be it so. I am now inured to humiliation; and it would be strange if I refused you this, after having granted you so much. Know, then, that although I now make so quiet an appearance - frugal, solitary, addicted to study - when I was younger, my name was once a rallying-cry among the most astute and dangerous spirits of London; and while I was outwardly an object for respect and consideration, my true power

grueso, mientras que el otro parecía vacío.

_Silas -empezó, sentándose en la mesa-, ha llegado el momento de que le explique el plan que he forjado para salvarle. Mañana por la mañana, a primera hora, el príncipe Florizel de Bohemia regresa a Londres, tras pasar unos días de diversión en el carnaval de París. Tuve la fortuna, hace bastante tiempo, de prestar al coronel Geraldine, su caballerizo mayor, uno de esos servicios, bastante frecuentes en mi profesión, que nunca se olvidan por ambas partes. No debo explicarle la naturaleza de su compromiso para conmigo; baste decir que sé que está dispuesto a servirme en lo que le sea posible. Ahora bien, es preciso que llegue usted a Londres sin que le abran el baúl. Puede que las aduanas sean un obstáculo fatal, pero he pensado que, r razones de cortesía, el equipaje de una persona tan como el príncipe pasará sin ser examinado por los oficiales de aduanas. He recurrido al coronel Geraldine y he obtenido una respuesta afirmativa. Si va usted mañana, antes de las seis, al hotel donde se aloja el príncipe, el baúl será recogido como parte de su equipaje y usted mismo hará el viaje como miembro de su séquito.

-Mientras hablaba, he recordado que ya he visto príncipe y al coronel Geraldine. Incluso escuché, de pasada, parte de su conversación la otra noche, en el baile del Bullier.

-Es muy probable, porque al príncipe le agrada con todas las clases sociales -asintió el doctor Una vez llegue usted a Londres -prosiguió-, habrá finalizado prácticamente su tarea. En este sobre grueso le entrego una carta a la que no me atrevo a poner dirección; pero en la otra encontrará usted las señas de la casa adonde debe llevar la carta junto con el baúl, que se quedará allí y no volverá a molestarlo.

¡Ay! -exclamó Silas-. Me gustaría creerle, cómo va a ser posible? Me abre usted una halagüeña perspectiva, pero ¿cree que puedo aceptar una solución tan improbable? Sea mas generoso, y permítame entender mejor lo que se propone.

El médico pareció dolorosamente impresionado.

-Joven -contestó-, no sabe usted cuán difícil es lo que me pide. Pero sea. Ya estoy habituado a la humillación y no puedo negarle esto después de lo que ya he hecho por usted. Sepa, pues, que aunque ahora ofrezco a una apariencia tan reposada, austera, solitaria, de hombre sólo adicto al estudio, cuando era más joven mi nombre era el grito de guerra de las almas más astutas y peligrosas de Londres; y, aunque en público era objeto de respeto y consideración, mi verdadero poder residía en las relaciones más secretas, terribles y criminales. A una de esas personas que entonces me obedecían es a quien ahora me dirijo para liberarle a usted de su carga.

resided in the most secret, terrible, and criminal relations. It is to one of the persons who then obeyed me that I now address myself to deliver you from your burden. They were men of many different nations and dexterities, all bound together by a formidable oath, and working to the same purposes; the trade of the association was in murder; and I who speak to you, innocent as I appear, was the chieftain of this redoubtable crew."

"What?" cried Silas. "A murderer? And one with whom murder was a trade? Can I take your hand? Ought I so much as to accept your services? Dark and criminal old man, would you make an accomplice of my youth and my distress?"

The Doctor bitterly laughed.

"You are difficult to please, Mr. Scuddamore," said he; "but I now offer you your choice of company between the murdered man and the murderer. If your conscience is too nice to accept my aid, say so, and I will immediately leave you. Thenceforward you can deal with your trunk and its belongings as best suits your upright conscience."

"I own myself wrong," replied Silas. "I should have remembered how generously you offered to shield me, even before I had convinced you of my innocence, and I continue to listen to your counsels with gratitude."

"That is well," returned the Doctor; "and I perceive you are beginning to learn some of the lessons of experience."

"At the same time," resumed the New-Englander, "as you confess yourself accustomed to this tragical business, and the people to whom you recommend me are your own former associates and friends, could you not yourself undertake the transport of the box, and rid me at once of its detested presence?"

"Upon my word," replied the Doctor, "I admire you cordially. If you do not think I have already meddled sufficiently in your concerns, believe me, from my heart I think the contrary. Take or leave my services as I offer them; and trouble me with no more words of gratitude, for I value your consideration even more lightly than I do your intellect. A time will come, if you should be spared to see a number of years in health of mind, when you will think differently of all this, and blush for your to-night's behaviour."

So saying, the Doctor arose from his chair, repeated his directions briefly and clearly, and departed from the room without permitting Silas any time to answer.

The next morning Silas presented himself at the hotel, where he was politely received by Colonel Geraldine, and relieved, from that moment, of all immediate alarm

Eran hombres de diferentes naciones y poseedores de las más distintas habilidades, unidos todos por un temible juramento, que trabajaban para el mismo propósito. La finalidad de la asociación era el asesinato; y yo, el que ahora le habla, tan inocente en apariencia, era el jefe de tan despreciable banda.

-¿Cómo? -gritó Silas-. ¿Un asesino? ¿Alguien que comerciaba con el asesinato? ¿Voy a estrecharle la mano? ¿Cómo debo aceptar su ayuda? Viejo siniestro y asesino, ¿va usted a hacerme su cómplice, aprovechándose de mi juventud y mi desgracia?

El doctor rió con amargura.

-Es usted difícil de complacer, señor Scuddamore -dijo-, pero ahora le ofrezco elegir entre la compañía de un asesino o la de un asesinado. Si su conciencia es demasiado exquisita para aceptar mi ayuda, dígalo e inmediatamente le dejaré. De ahora en adelante, puede usted encargarse de su baúl y de lo que contiene como mejor convenga a su intachable conciencia.

-Confieso que me he equivocado -se disculpó Silas-. Debería haber recordado con cuánta generosidad se ofreció usted a protegerme, incluso antes de que yo le convenciera de mi inocencia; seguiré atendiendo sus consejos con gratitud.

-Eso está bien -repuso el doctor-, y me parece advertir que está usted empezando a aprender algunas de las lecciones de la experiencia.

-Al mismo tiempo -continuó el joven americano-, puesto que se confiesa usted mismo acostumbrado a estos trágicos asuntos, y las personas a las que me recomienda son sus antiguos amigos y asociados, ¿no podría encargarse usted mismo del transporte del baúl y librarme de una cuestión tan odiosa?

-Le doy mi palabra -le dijo el doctor- de que le admiro cordialmente. Si no cree usted que ya me he metido bastante en sus intereses, crea que yo opino, de todo corazón, lo contrario. Acepte o rechaze mis servicios como se los ofrezco y no me incomode con palabras de gratitud, pues valoro su consideración menos que su inteligencia. Llegará el día, si tiene usted la suerte de vivir muchos años con buena salud, en que recordará todo esto de manera distinta y se sonrojará por su comportamiento de esta noche.

Con estas palabras, el doctor se levantó de la silla, repitió sus instrucciones clara y sucintamente, y salió de la habitación sin dejar tiempo a Silas de responderle.

A la mañana siguiente, Silas se presentó en el hotel, donde fue recibido muy educadamente por el coronel Geraldine y liberado, desde aquel momento, de

about his trunk and its grisly contents. The journey passed over without much incident, although the young man was horrified to overhear the sailors and railway porters complaining among themselves about the unusual weight of the Prince's baggage. Silas travelled in a carriage with the valets, for Prince Florizel chose to be alone with his Master of the Horse. On board the steamer, however, Silas attracted his Highness's attention by the melancholy of his air and attitude as he stood gazing at the pile of baggage; for he was still full of disquietude about the future.

"There is a young man," observed the Prince, "who must have some cause for sorrow."

"That," replied Geraldine, "is the American for whom I obtained permission to travel with your suite."

"You remind me that I have been remiss in courtesy," said Prince Florizel, and advancing to Silas, he addressed him with the most exquisite condescension in these words:- "I was charmed, young sir, to be able to gratify the desire you made known to me through Colonel Geraldine. Remember, if you please, that I shall be glad at any future time to lay you under a more serious obligation."

And he then put some questions as to the political condition of America, which Silas answered with sense and propriety.

"You are still a young man," said the Prince; "but I observe you to be very serious for your years. Perhaps you allow your attention to be too much occupied with grave studies. But, perhaps, on the other hand, I am myself indiscreet and touch upon a painful subject."

"I have certainly cause to be the most miserable of men," said Silas; "never has a more innocent person been more dismally abused."

"I will not ask you for your confidence," returned Prince Florizel. "But do not forget that Colonel Geraldine's recommendation is an unfailing passport; and that I am not only willing, but possibly more able than many others, to do you a service."

Silas was delighted with the amiability of this great personage; but his mind soon returned upon its gloomy preoccupations; for not even the favour of a Prince to a Republican can discharge a brooding spirit of its cares. The train arrived at Charing Cross, where the officers of the Revenue respected the baggage of Prince Florizel in the usual manner. The most elegant equipages were in waiting; and Silas was driven, along with the rest, to the Prince's residence. There Colonel Geraldine sought him out, and expressed himself pleased to have been of any service to a friend of the physician's, for whom he professed a great consideration.

cualquier preocupación por el baúl y su tétrico contenido.

El viaje transcurrió sin incidentes significativos, aunque el joven se estremeció más de una vez al escuchar a los marineros y mozos de estación del peso inusual del equipaje del príncipe. Silas viajó en el coche con la servidumbre, pues el príncipe decidió viajar solo con su caballerizo mayor.

Una vez a bordo del vapor, sin embargo, Silas atrajo la atención del príncipe por la actitud de melancolía con que miraba el montón de las maletas, pues seguía sintiéndose presa de inquietudes por el futuro.

-Hay un joven -observó el príncipe-, que parece tener motivos de preocupación.

-Es el americano para quien pedí permiso a Su Alteza para viajar con su séquito.

-Me recuerda usted que no he sido bastante cortés con él -dijo el príncipe y, dirigiéndose a Silas, le habló con exquisita condescendencia: -Me ha encantado, joven señor, poder satisfacer el deseo que me hizo llegar a través del coronel Geraldine. Recuerde, por favor, que en cualquier momento me sentiré contento de prestarle un favor más importante.

A continuación, pasó a hacerle algunas preguntas sobre cuestiones políticas de América, que Silas respondió con sensatez y conocimiento.

-Es usted un hombre joven todavía -dijo el príncipe-, pero observo que es demasiado serio para su edad. Quizá dedica su atención a estudios muy duros. Pero, quizá, estoy siendo indiscreto y estoy tocando un tema doloroso.

-En verdad, tengo motivos para sentirme el más desgraciado de los hombres -respondió Silas-. Nunca se ha abusado con tanta injusticia de una persona más inocente.

-No le pediré que se confíe a mí -replicó el príncipe Florizel-, pero no olvide que la recomendación del coronel Geraldine es un salvoconducto infalible; y que no sólo estoy dispuesto, sino posiblemente soy más capaz que muchos otros, para prestarle un servicio.

Silas quedó encantado con la amabilidad del gran personaje, pero su mente volvió pronto a entregarse a sus tristes meditaciones, pues ni el favor de un príncipe con un republicano puede descargar al espíritu abatido de sus ansiedades.

El tren llegó a Charing Cross, donde, como siempre, los funcionarios del Tesoro respetaron el equipaje del príncipe. Los coches más elegantes estaban aguardando y Silas fue conducido, con el resto del séquito, a la residencia del príncipe. Allí, el coronel Geraldine fue a saludarlo y le expresó su satisfacción por haber podido ser de utilidad a un amigo del médico, por quien sentía

"I hope," he added, "that you will find none of your porcelain injured. Special orders were given along the line to deal tenderly with the Prince's effects." And then, directing the servants to place one of the carriages at the young gentleman's disposal, and at once to charge the Saratoga trunk upon the dicky, the Colonel shook hands and excused himself on account of his occupations in the princely household. Silas now broke the seal of the envelope containing the address, and directed the stately footman to drive him to Box Court, opening off the Strand. It seemed as if the place were not at all unknown to the man, for he looked startled and begged a repetition of the order. It was with a heart full of alarms, that Silas mounted into the luxurious vehicle, and was driven to his destination. The entrance to Box Court was too narrow for the passage of a coach; it was a mere footway between railings, with a post at either end. On one of these posts was seated a man, who at once jumped down and exchanged a friendly sign with the driver, while the footman opened the door and inquired of Silas whether he should take down the Saratoga trunk, and to what number it should be carried.

"If you please," said Silas. "To number three."

The footman and the man who had been sitting on the post, even with the aid of Silas himself, had hard work to carry in the trunk; and before it was deposited at the door of the house in question, the young American was horrified to find a score of loiterers looking on. But he knocked with as good a countenance as he could muster up, and presented the other envelope to him who opened.

"He is not at home," said he, "but if you will leave your letter and return to-morrow early, I shall be able to inform you whether and when he can receive your visit. Would you like to leave your box?" he added.

"Dearly," cried Silas; and the next moment he repented his precipitation, and declared, with equal emphasis, that he would rather carry the box along with him to the hotel.

The crowd jeered at his indecision and followed him to the carriage with insulting remarks; and Silas, covered with shame and terror, implored the servants to conduct him to some quiet and comfortable house of entertainment in the immediate neighbourhood.

The Prince's equipage deposited Silas at the Craven Hotel in Craven Street, and immediately drove away, leaving him alone with the servants of the inn. The only

una extrema consideración.

-Espero -añadió- que no encuentre usted dañada ninguna de sus porcelanas. Se dieron órdenes especiales para tratar con el mayor cuidado las maletas del príncipe.

Después ordenó a los criados que pusieran uno de los coches a la disposición del joven y que cargaran de inmediato el baúl. El coronel le estrechó la mano y se excusó de despedirse, pues debía cumplir sus obligaciones en la casa del príncipe.

Silas entonces rompió el sello del sobre que contenía las señas y ordenó al criado que lo condujeran a Box Court, una calle que salía del Strand. Pareció que el lugar no le era del todo desconocido al hombre, pues le miró con sorpresa y pidió que le repitieran la dirección. Silas subió al lujoso automóvil con el corazón sobresaltado y así siguió mientras le conducían a su destino. La entrada de Box Court era demasiado estrecha para el paso de un coche, pues se trataba de un sencillo sendero flanqueado por dos enrejados, en cada uno de cuyos extremos había un poyo. Un hombre estaba sentado en uno de ellos. Al ver el coche, se levantó y fue a saludar cordialmente al cochero, mientras el sirviente abría la portezuela para que bajara Silas y le preguntaba si debían descargar el baúl y a qué número de la calle transportarlo.

-Por favor, al número tres -contestó Silas.

Ayudó al criado a bajar el baúl y, a pesar de todo, hubieron de colaborar también el cochero y el hombre sentado en el poyo con grandes esfuerzos. Silas advirtió con horror, mientras se dirigía a la puerta de un casa, que un grupo de personas se habían acercado a curiosear alrededor. Intentó mantener la compostura antes de tirar de la campanilla, y cuando le abrieron entregó el segundo sobre al sirviente que acudió a abrirle la puerta.

-El señor se encuentra fuera -informó el criado-, pero si me deja usted la carta y vuelve mañana por la mañana, le informaré de cuándo le recibe. ¿Desea usted, quizá, dejar el baúl?

-¡Naturalmente! -exclamó Silas, arrepintiéndose al momento de su precipitación; dijo, entonces, que prefería llevarse consigo el baúl a un hotel.

Sus dudas provocaron la burla de la gente que se había arremolinado y que le siguió al coche haciendo algunos comentarios despectivos. Silas, tembloroso y asustado, pidió a los criados que le condujesen a algún hotel tranquilo que estuviese cercano.

Los hombres del príncipe dejaron a Silas en el Craven Hotel, en Craven Street, y marcharon inmediatamente, dejándole solo con el personal del hotel. La única habitación vacante era una muy pequeña, situada en el

vacant room, it appeared, was a little den up four pairs of stairs, and looking towards the back. To this hermitage, with infinite trouble and complaint, a pair of stout porters carried the Saratoga trunk. It is needless to mention that Silas kept closely at their heels throughout the ascent, and had his heart in his mouth at every corner. A single false step, he reflected, and the box might go over the banisters and land its fatal contents, plainly discovered, on the pavement of the hall.

Arrived in the room, he sat down on the edge of his bed to recover from the agony that he had just endured; but he had hardly taken his position when he was recalled to a sense of his peril by the action of the boots, who had knelt beside the trunk, and was proceeding officiously to undo its elaborate fastenings.

"Let it be!" cried Silas. "I shall want nothing from it while I stay here."

"You might have let it lie in the hall, then," growled the man; "a thing as big and heavy as a church. What you have inside I cannot fancy. If it is all money, you are a richer man than me."

"Money?" repeated Silas, in a sudden perturbation.

"What do you mean by money? I have no money, and you are speaking like a fool."

"All right, captain," retorted the boots with a wink.

"There's nobody will touch your lordship's money. I'm as safe as the bank," he added; "but as the box is heavy, I shouldn't mind drinking something to your lordship's health."

Silas pressed two Napoleons upon his acceptance, apologising, at the same time, for being obliged to trouble him with foreign money, and pleading his recent arrival for excuse. And the man, grumbling with even greater fervour, and looking contemptuously from the money in his hand to the Saratoga trunk and back again from the one to the other, at last consented to withdraw. For nearly two days the dead body had been packed into Silas's box; and as soon as he was alone the unfortunate New-Englander nosed all the cracks and openings with the most passionate attention. But the weather was cool, and the trunk still managed to contain his shocking secret.

He took a chair beside it, and buried his face in his hands, and his mind in the most profound reflection. If he were not speedily relieved, no question but he must be speedily discovered. Alone in a strange city, without friends or accomplices, if the Doctor's introduction failed him, he was indubitably a lost New-Englander. He reflected pathetically over his ambitious designs for the future; he should not now become the hero and spokesman of his native place of Bangor, Maine; he should not, as he had fondly anticipated, move on from

cuarto piso y en la parte trasera. Entre infinitas quejas y dificultades, un par de fornidos porteros transportaron el pesado baúl mundo. No es preciso mencionar que Silas les siguió pegado a sus talones durante la subida, y que a cada vuelta se le salía el corazón del pecho. Un paso en falso, reflexionaba, y el cajón podía caer sobre sus portadores y lanzar su fatídico contenido, todo al descubierto, sobre el pavimento del vestíbulo.

Cuando se encontró en su habitación, se sentó en el borde de la cama para recuperarse de la agonía que había sufrido. Pero apenas se había sentado cuando la sensación de peligro le alertó otra vez al ver al limpiabotas del hotel, que se había arrodillado junto al baúl y procedía a abrir officiosamente sus complicados cerrojos.

-¡Déjelo! -exclamó Silas-. No necesitaré nada de dentro mientras esté aquí.

-Entonces, podía haberlo dejado en el vestíbulo -casi gruñó el hombre-. Pesa tanto y es tan grande como una iglesia. No puedo imaginarme qué lleva usted dentro. Si es dinero, es usted un hombre mucho más rico que yo.

-¿Dinero? -repitió Silas, repentinamente perturbado-. ¿Qué quiere decir con dinero? No tengo dinero, no diga usted tonterías.

-A la orden, capitán -replicó el limpiabotas guiñando un ojo-. Nadie tocará el dinero de su señoría. Yo soy tan seguro como el banco -añadió-, pero como el cajón es pesado, no me importaría tomarme algo a la salud de su señoría.

Silas le tendió dos napoleones disculpándose de pagarle en moneda extranjera, y excusándose de ello por su reciente llegada. El hombre, gruñendo con más fervor y mirando malhumoradamente el dinero que tenía en la mano y el baúl del mundo, y luego el baúl del mundo y otra vez el dinero de la mano, consintió finalmente en retirarse.

El cadáver había pasado casi dos días ya en el interior del baúl de Silas y en cuanto el infortunado joven americano se quedó solo, se acercó y empezó a oler todas las rendijas y aberturas con gran atención. Pero hacía un tiempo frío y el baúl mundo todavía mantenía bien su pavoroso secreto.

Silas se sentó en una silla junto al baúl, con la cara entre las manos, y la mente sumida en las más profundas reflexiones. Si alguien no le prestaba ayuda, no había duda de que sería rápidamente descubierto. Solo, en una ciudad extraña, sin amigos ni cómplices, si la carta de presentación del doctor Noel no surtía efecto, sería definitivamente un joven americano perdido. Meditó patéticamente sobre sus ambiciosos proyectos de futuro; ya no se convertiría en el héroe y el portavoz de su ciudad de nacimiento, Bangor, Maine; no podría, como

office to office, from honour to honour; he might as well divest himself at once of all hope of being acclaimed President of the United States, and leaving behind him a statue, in the worst possible style of art, to adorn the Capitol at Washington. Here he was, chained to a dead Englishman doubled up inside a Saratoga trunk; whom he must get rid of, or perish from the rolls of national glory!

I should be afraid to chronicle the language employed by this young man to the Doctor, to the murdered man, to Madame Zephyrine, to the boots of the hotel, to the Prince's servants, and, in a word, to all who had been ever so remotely connected with his horrible misfortune. He slunk down to dinner about seven at night; but the yellow coffee-room appalled him, the eyes of the other diners seemed to rest on his with suspicion, and his mind remained upstairs with the Saratoga trunk. When the waiter came to offer him cheese, his nerves were already so much on edge that he leaped half-way out of his chair and upset the remainder of a pint of ale upon the table-cloth.

The fellow offered to show him to the smoking-room when he had done; and although he would have much preferred to return at once to his perilous treasure, he had not the courage to refuse, and was shown downstairs to the black, gas-lit cellar, which formed, and possibly still forms, the divan of the Craven Hotel.

Two very sad betting men were playing billiards, attended by a moist, consumptive marker; and for the moment Silas imagined that these were the only occupants of the apartment. But at the next glance his eye fell upon a person smoking in the farthest corner, with lowered eyes and a most respectable and modest aspect. He knew at once that he had seen the face before; and, in spite of the entire change of clothes, recognised the man whom he had found seated on a post at the entrance to Box Court, and who had helped him to carry the trunk to and from the carriage. The New-Englander simply turned and ran, nor did he pause until he had locked and bolted himself into his bedroom. There, all night long, a prey to the most terrible imaginations, he watched beside the fatal boxful of dead flesh. The suggestion of the boots that his trunk was full of gold inspired him with all manner of new terrors, if he so much as dared to close an eye; and the presence in the smoking-room, and under an obvious disguise, of the loiterer from Box Court convinced him that he was once more the centre of obscure machinations.

Midnight had sounded some time, when, impelled by

había soñado, ascender de cargo en cargo y de honor en honor; también podía olvidar las esperanzas de algún tiempo de ser elegido presidente de los Estados Unidos y dejar tras de sí una estatua, en el peor estilo artístico posible, que adornara el Capitolio de Washington. Estaba allí, encadenado a un inglés muerto, doblado dentro de un baúl mundo; ¡de quien debía librarse o tendría que renunciar a las crónicas de la gloria nacional!

No osaría reproducir en esta crónica el lenguaje con que el joven se refirió al doctor, al hombre asesinado, a la señora Zéphyrine, al limpiabotas del hotel, a los criados del príncipe; en una palabra, a todos los que habían tenido la más remota conexión con aquella horrible circunstancia.

Bajó a cenar hacia las siete de la noche, pero el comedor amarillo le desanimó, los ojos de los otros comensales parecían posarse sobre él con sospecha y su cabeza permanecía arriba, con el baúl mundo. Cuando el camarero se le acercó para ofrecerle queso, tenía los nervios tan a flor de piel que dio un respingo, estuvo a punto de caer de la silla y derramó el medio litro de cerveza que le quedaba sobre el mantel de la mesa.

Cuando acabó la cena, el camarero le ofreció mostrarle el salón de fumar; y aunque hubiera preferido volver otra vez junto a su peligroso tesoro, no tuvo ánimos para negarse y fue conducido a un sótano negro, iluminado con lámparas de gas, que formaba, y posiblemente sigue formando, el salón de fumar del hotel Craven.

Dos hombres muy serios jugaban al billar, observados por un apuntador triste y consumido. Por un momento, Silas imaginó que aquéllos eran los únicos ocupantes del salón, pero al volver la cabeza sus ojos se posaron sobre una persona que fumaba, en el rincón opuesto, con los ojos mirando el suelo y un aspecto respetable y modesto. En el acto supo que había visto antes aquella cara y, a pesar de que había cambiado por completo de ropa, reconoció al hombre que estaba sentado en un poyo a la entrada de Box Court y que le había ayudado a subir y bajar el baúl del coche. Silas, sencillamente, dio media vuelta y echó a correr, y no se detuvo hasta que hubo cerrado con llave y atrancado la puerta de su habitación.

Allí pasó una noche interminable, presa de las más terribles fantasías, contemplando la caja fatal que guardaba el cuerpo muerto. La sugerencia del limpiabotas de que su baúl estaba lleno de oro le inspiraba todo tipo de nuevos temores, apenas osaba entornar los ojos; y la presencia del hombre de Box Court en el salón de fumar, y bajo un descarado disfraz, le convencía de que otra vez era el centro de oscuras maquinaciones.

uneasy suspicions, Silas opened his bedroom door and peered into the passage. It was dimly illuminated by a single jet of gas; and some distance off he perceived a man sleeping on the floor in the costume of an hotel under-servant. Silas drew near the man on tiptoe. He lay partly on his back, partly on his side, and his right forearm concealed his face from recognition. Suddenly, while the American was still bending over him, the sleeper removed his arm and opened his eyes, and Silas found himself once more face to face with the loiterer of Box Court.

"Good-night, sir," said the man, pleasantly. But Silas was too profoundly moved to find an answer, and regained his room in silence.

Towards morning, worn out by apprehension, he fell asleep on his chair, with his head forward on the trunk. In spite of so constrained an attitude and such a grisly pillow, his slumber was sound and prolonged, and he was only awakened at a late hour and by a sharp tapping at the door.

He hurried to open, and found the boots without.

"You are the gentleman who called yesterday at Box Court?" he asked.

Silas, with a quaver, admitted that he had done so.

"Then this note is for you," added the servant, proffering a sealed envelope.

Silas tore it open, and found inside the words: "Twelve o'clock."

He was punctual to the hour; the trunk was carried before him by several stout servants; and he was himself ushered into a room, where a man sat warming himself before the fire with his back towards the door. The sound of so many persons entering and leaving, and the scraping of the trunk as it was deposited upon the bare boards, were alike unable to attract the notice of the occupant; and Silas stood waiting, in an agony of fear, until he should deign to recognise his presence.

Perhaps five minutes had elapsed before the man turned leisurely about, and disclosed the features of Prince Florizel of Bohemia.

"So, sir," he said, with great severity, "this is the manner in which you abuse my politeness. You join yourselves to persons of condition, I perceive, for no other purpose than to escape the consequences of your crimes; and I can readily understand your embarrassment when I addressed myself to you yesterday."

"Indeed," cried Silas, "I am innocent of everything except misfortune."

And in a hurried voice, and with the greatest

Hacia un rato que había sonado la medianoche, cuando, impelido por sus sospechas, Silas abrió la puerta de su habitación y escudriñó el pasillo. Estaba escasamente alumbrado por una sola lámpara de gas y, a cierta distancia, vio a un hombre vestido con el uniforme del hotel durmiendo en el suelo. Silas se acercó al hombre de puntillas. Estaba tumbado medio de lado, medio de espaldas y el brazo derecho le cubría la cara impidiendo reconocerlo. De pronto, cuando el americano todavía estaba inclinado sobre él, el durmiente apartó el brazo y abrió los ojos, y Silas se encontró de nuevo cara a cara con el hombre de Box Court.

-Buenas noches, señor -saludó el hombre, gentilmente. Pero Silas estaba demasiado emocionado para encontrar una respuesta, y volvió a su cuarto sin decir palabra.

Hacia la madrugada, agotado por sus aprensiones, cayó dormido en la silla, con la cabeza apoyada en el baúl. A pesar de aquella posición tan forzada y de aquella almohada tan siniestra, tuvo un sueño largo y profundo, y sólo le despertó, ya tarde, una aguda llamada a la puerta. Se apresuró a abrir y se encontró con el limpiabotas.

-¿Es usted el caballero que acudió ayer a Box Court? -preguntó.

Silas, con un estremecimiento, admitió que era él.

-Entonces, esta nota es para usted -añadió el criado tendiéndole un sobre cerrado.

Silas lo rasgó y encontró dentro escritas las siguientes palabras: «A las doce».

Fue puntual a la hora. El baúl lo entraron delante de él varios fornidos sirvientes. Le condujeron a un salón donde un hombre estaba sentado, calentándose frente al fuego, de espaldas a la puerta. El ruido de tantas personas entrando y saliendo, y el retumbar del baúl cuando lo depositaron sobre las maderas del suelo era suficiente para llamar la atención del ocupante del salón, y Silas permaneció de pie, aguardando, en una agonía de terror, a que se dignara a reparar en su presencia.

Quizá transcurrieron cinco minutos antes de que el hombre se volviera y revelara los rasgos del príncipe Florizel de Bohemia.

-De manera, señor -dijo, con gran severidad-, que éste es el modo en que abusa usted de mi amabilidad. Se une a personas de elevada condición con el único propósito de evitar las consecuencias de sus crímenes; comprendo muy bien que se sintiera avergonzado cuando ayer hablé con usted.

-La verdad, señor -dijo Silas-, es que soy inocente de todo, excepto de mi mala suerte.

ingenuousness, he recounted to the Prince the whole history of his calamity.

"I see I have been mistaken," said his Highness, when he had heard him to an end. "You are no other than a victim, and since I am not to punish you may be sure I shall do my utmost to help. And now," he continued, "to business. Open your box at once, and let me see what it contains."

Silas changed colour.

"I almost fear to look upon it," he exclaimed.

"Nay," replied the Prince, "have you not looked at it already? This is a form of sentimentality to be resisted. The sight of a sick man, whom we can still help, should appeal more directly to the feelings than that of a dead man who is equally beyond help or harm, love or hatred. Nerve yourself, Mr. Scuddamore," and then, seeing that Silas still hesitated, "I do not desire to give another name to my request," he added.

The young American awoke as if out of a dream, and with a shiver of repugnance addressed himself to loose the straps and open the lock of the Saratoga trunk. The Prince stood by, watching with a composed countenance and his hands behind his back. The body was quite stiff, and it cost Silas a great effort, both moral and physical, to dislodge it from its position, and discover the face. Prince Florizel started back with an exclamation of painful surprise.

"Alas!" he cried, "you little know, Mr. Scuddamore, what a cruel gift you have brought me. This is a young man of my own suite, the brother of my trusted friend; and it was upon matters of my own service that he has thus perished at the hands of violent and treacherous men. Poor Geraldine," he went on, as if to himself, "in what words am I to tell you of your brother's fate? How can I excuse myself in your eyes, or in the eyes of God, for the presumptuous schemes that led him to this bloody and unnatural death? Ah, Florizel! Florizel! when will you learn the discretion that suits mortal life, and be no longer dazzled with the image of power at your disposal? Power!" he cried; "who is more powerless? I look upon this young man whom I have sacrificed, Mr. Scuddamore, and feel how small a thing it is to be a Prince."

Silas was moved at the sight of his emotion. He tried to murmur some consolatory words, and burst into tears. The Prince, touched by his obvious intention, came up to him and took him by the hand.

"Command yourself," said he. "We have both much to learn, and we shall both be better men for to-day's meeting."

Silas thanked him in silence with an affectionate look.

Y con voz atropellada narró al príncipe, en todos sus pormenores, la historia de sus calamidades.

-Veo que estaba equivocado -dijo Su Alteza cuando Silas concluyó su relato-. Es usted una víctima y, puesto que no debo castigarlo, he de ayudarlo. Ahora - prosiguió-, vamos al asunto. Abra su baúl en seguida y déjeme ver qué contiene.

Silas cambió de color.

-Temo mirarlo -dijo.

-Bueno -dijo el príncipe-, ¿no lo ha visto usted ya? Eso es una forma de sentimentalismo que hay que resistir. La visión de un hombre enfermo, a quien todavía podemos socorrer, debería afectar más nuestros sentimientos que la de un hombre muerto, que está más allá de toda ayuda, daño, amor u odio. Serénessé, señor Scuddamore - y, viendo que Silas titubeaba añadió: -No quiero dar otro nombre a mi petición.

El joven americano se reanimó como si despertara de un sueño y, con un estremecimiento de repugnancia, se dispuso a desatar las correas y abrir los cerrojos del baúl del mundo. El príncipe permanecía a su lado, observando impasible, con las manos a la espalda. El cadáver estaba helado y Silas tuvo que hacer un gran esfuerzo, tanto físico como espiritual, para cambiarlo de postura y descubrir el rostro.

El príncipe Florizel retrocedió un paso y dejó escapar una exclamación de dolor y asombro.

-¡Ay! -exclamó-. Ignora usted, señor Scuddamore, qué regalo tan cruel me ha traído. Éste es un Joven de mi propio séquito, el hermano de mi amigo de mayor confianza, y por servirme en unos asuntos ha perdido la vida a manos de un hombre violento y traidor. ¡Pobre, pobre Geraldine! -siguió hablando, como si fuera para sí mismo-. ¿Con qué palabras le explicaré a usted la suerte que ha corrido su hermano? ¿Cómo puedo excusarme a sus ojos, o a los ojos de Dios, por los planes tan soberbios que le llevaron a esta muerte sangrienta e inhumana? ¡Ah, Florizel, Florizel!

¿Cuándo aprenderás la discreción que requiere esta vida mortal, y dejarás de obnubilarte con la imagen del poder de que dispones? ¡Poder! -dijo a gritos-. ¿Quién tiene menos poder? Miro a este muchacho, a quien he sacrificado, señor Scuddamore, y siento qué poca cosa es ser príncipe.

Silas se sintió inmensamente emocionado. Intentó murmurar algunas palabras de consuelo, y estalló en lágrimas. El príncipe, agradecido por su intención, se acercó a él y le cogió la mano.

-Domínese -dijo-. Los dos tenemos mucho que aprender y ambos seremos hombres mejores desde nuestro encuentro de hoy.

Silas le dio las gracias en silencio con una mirada de

"Write me the address of Doctor Noel on this piece of paper," continued the Prince, leading him towards the table; "and let me recommend you, when you are again in Paris, to avoid the society of that dangerous man. He has acted in this matter on a generous inspiration; that I must believe; had he been privy to young Geraldine's death he would never have despatched the body to the care of the actual criminal."

"The actual criminal!" repeated Silas in astonishment. "Even so," returned the Prince. "This letter, which the disposition of Almighty Providence has so strangely delivered into my hands, was addressed to no less a person than the criminal himself, the infamous President of the Suicide Club. Seek to pry no further in these perilous affairs, but content yourself with your own miraculous escape, and leave this house at once. I have pressing affairs, and must arrange at once about this poor clay, which was so lately a gallant and handsome youth."

Silas took a grateful and submissive leave of Prince Florizel, but he lingered in Box Court until he saw him depart in a splendid carriage on a visit to Colonel Henderson of the police. Republican as he was, the young American took off his hat with almost a sentiment of devotion to the retreating carriage. And the same night he started by rail on his return to Paris. Here (observes my Arabian author) is the end of THE HISTORY OF THE PHYSICIAN AND THE SARATOGA TRUNK. Omitting some reflections on the power of Providence, highly pertinent in the original, but little suited to our occidental taste, I shall only add that Mr. Scuddamore has already begun to mount the ladder of political fame, and by last advices was the Sheriff of his native town.

3. The adventure of the hansom cabs

Lieutenant Brackenbury Rich had greatly distinguished himself in one of the lesser Indian hill wars. He it was who took the chieftain prisoner with his own hand; his gallantry was universally applauded; and when he came home, prostrated by an ugly sabre cut and a protracted jungle fever, society was prepared to welcome the Lieutenant as a celebrity of minor lustre. But his was a character remarkable for unaffected modesty; adventure was dear to his heart, but he cared little for adulation; and he waited at foreign watering-places and in Algiers until the fame of his exploits had run through its nine days' vitality and begun to be forgotten.

He arrived in London at last, in the early season, with as little observation as he could desire; and as he was an

afecto.

-Escribame las señas del doctor Noel en este papel -dijo el príncipe llevándolo a la mesa-, y permítame recomendarle que cuando retorne a París evite la compañía de este peligroso hombre. En este caso ha actuado generosamente; debo creerlo así, pues si hubiera estado involucrado en el asesinato del joven Geraldine, no hubiera remitido el cadáver al propio asesino.

-¡El propio asesino! -repitió Silas, atónito.

-En efecto. Esta carta, que la Alta Providencia ha depositado de manera extraña en mis manos, estaba dirigida, ni más ni menos, que al mismo criminal, el infame presidente del Club de los Suicidas. No intente saber más de estos asuntos tan tenebrosos, sino que conténtese con su milagrosa huida y abandone esta casa al instante. Tengo cuestiones urgentes, y debo disponerlo todo en seguida respecto a este pobre muchacho, que fue un joven tan valiente y tan apuesto.

Silas se despidió con obediencia y agradecimiento del príncipe Florizel, pero se quedó cerca de Box Court hasta que lo vio salir, en un espléndido coche, a visitar al coronel Henderson, de la policía. Aunque republicano como era, el joven americano se quitó el sombrero ante el coche que pasaba, con casi devoción. Esa misma noche tomó el tren de regreso a París.

Aquí (observa mi autor árabe) finaliza la HISTORIA DEL MÉDICO Y EL BAÚL MUNDO. Después de omitir algunas referencias al poder de la Providencia, muy adecuadas en el original, pero poco indicadas para nuestro gusto occidental, debo añadir solamente que el señor Scuddamore ya ha empezado a ascender los peldaños de la fama en su carrera política, y, según los últimos informes, es ahora sheriff de su ciudad natal.

3. La aventura de los coches de punto

El teniente Brackenbury Rich había destacado en una de las varias guerras que su país había desarrollado en las montañas de la India. En una estas batallas, capturó con sus propias manos al jefe enemigo; se convirtió en un héroe reconocido por todos y, a su regreso a Inglaterra, herido por un grave sablazo y enfermo por una fiebre tropical, la sociedad entera se disponía a recibirle como a una celebridad. No obstante, el teniente era de natural sinceramente modesto; el amor a la aventura corría por sus venas y desdeñaba los halagos y la adulación. Por ese motivo pasó unas temporadas en algunos balnearios extranjeros y en Argel, aguardando a que la fama de sus triunfos se desvaneciera en su breve florecimiento y se olvidara. Llegó por fin a

orphan and had none but distant relatives who lived in the provinces, it was almost as a foreigner that he installed himself in the capital of the country for which he had shed his blood.

On the day following his arrival he dined alone at a military club. He shook hands with a few old comrades, and received their warm congratulations; but as one and all had some engagement for the evening, he found himself left entirely to his own resources. He was in dress, for he had entertained the notion of visiting a theatre. But the great city was new to him; he had gone from a provincial school to a military college, and thence direct to the Eastern Empire; and he promised himself a variety of delights in this world for exploration. Swinging his cane, he took his way westward. It was a mild evening, already dark, and now and then threatening rain. The succession of faces in the lamplight stirred the Lieutenant's imagination; and it seemed to him as if he could walk for ever in that stimulating city atmosphere and surrounded by the mystery of four million private lives. He glanced at the houses, and marvelled what was passing behind those warmly-lighted windows; he looked into face after face, and saw them each intent upon some unknown interest, criminal or kindly.

"They talk of war," he thought, "but this is the great battlefield of mankind."

And then he began to wonder that he should walk so long in this complicated scene, and not chance upon so much as the shadow of an adventure for himself.

"All in good time," he reflected. "I am still a stranger, and perhaps wear a strange air. But I must be drawn into the eddy before long."

The night was already well advanced when a plump of cold rain fell suddenly out of the darkness. Brackenbury paused under some trees, and as he did so he caught sight of a hansom cabman making him a sign that he was disengaged. The circumstance fell in so happily to the occasion that he at once raised his cane in answer, and had soon ensconced himself in the London gondola.

"Where to, sir?" asked the driver.

"Where you please," said Brackenbury.

And immediately, at a pace of surprising swiftness, the hansom drove off through the rain into a maze of villas. One villa was so like another, each with its front garden, and there was so little to distinguish the deserted lamp-lit streets and crescents through which the flying hansom took its way, that Brackenbury soon lost all idea of

Londres, a comienzos de la temporada, y tan inadvertido como podía desear. Sólo tenía unos parientes lejanos que vivían en provincias y habían muerto, por lo que se instaló casi como un extranjero en la capital del país por el que había luchado y vertido su sangre.

El día siguiente a su llegada cenó en un club militar. Estrechó la mano de unos cuantos viejos camaradas, y recibió sus vehementes felicitaciones; pero estaban comprometidos aquella noche y el teniente pronto se vio solo y enfrentado a utilizar sus propios recursos. Se había vestido de etiqueta con la intención de ir a un teatro. Pero no conocía la gran ciudad. Había pasado de una escuela de provincias a la academia militar y luego directamente al Oriente, para servir al imperio; En consecuencia, imaginaba que le esperaban grandes placeres en aquel mundo por explorar y se echó a andar hacia el oeste enarbolando el bastón. Había oscurecido, y el ambiente era cálido aunque la lluvia amenazaba. Su imaginación se alteró al ver la procesión de rostros que pasaban bajo la luz de los faroles; le pareció que en la atmósfera excitante de aquella ciudad podía permanecer caminando eternamente, rodeado por el misterio de cuatro millones de vidas propias. Miraba las casas al pasar, maravillándose de lo que se vivía tras las ventanas tan bien iluminadas; ponía los ojos en las caras de la gente que cruzaba, y cada una le parecía mantener una expresión diferente, de interés desconocido, ya fuera vil o generoso.

« Siempre se habla de la guerra -pensó-, pero éste es el gran campo de batalla de la humanidad. »

Más tarde, se admiró de que, habiendo recorrido tan grandes y diferentes escenarios, no se le hubiera presentado ni una posibilidad de aventura.

« Todo llegará -pensó-. Todavía soy un extranjero y debo de tener un aire extraño, pero la vorágine acabará por envolverme. »

Había avanzado la noche cuando, súbitamente, se produjo un chaparrón helado que le sorprendió en la oscuridad. Se protegió debajo de unos árboles y entonces avistó un coche de punto. El cochero, sentado en el pescante, le indicó con un ademán que estaba libre. Era una buena ocasión para escapar a la lluvia y Brackenbury levantó el bastón para llamarlo y, un momento después, se acomodó en el asiento de un simón londinense.

-¿Adónde desea ir, señor? -preguntó el cochero.

-Adonde usted quiera -respondió Blackenbury.

De inmediato, el coche se introdujo con extraordinaria celeridad por entre la lluvia, y un laberinto de casas, todas prácticamente iguales, adornadas con un jardín delantero; a la luz de los faroles, recorrían innumerables calles y plazas, tan similares que

direction.

He would have been tempted to believe that the cabman was amusing himself by driving him round and round and in and out about a small quarter, but there was something business-like in the speed which convinced him of the contrary. The man had an object in view, he was hastening towards a definite end; and Brackenbury was at once astonished at the fellow's skill in picking a way through such a labyrinth, and a little concerned to imagine what was the occasion of his hurry. He had heard tales of strangers falling ill in London. Did the driver belong to some bloody and treacherous association? and was he himself being whirled to a murderous death?

The thought had scarcely presented itself, when the cab swung sharply round a corner and pulled up before the garden gate of a villa in a long and wide road. The house was brilliantly lighted up. Another hansom had just driven away, and Brackenbury could see a gentleman being admitted at the front door and received by several liveried servants. He was surprised that the cabman should have stopped so immediately in front of a house where a reception was being held; but he did not doubt it was the result of accident, and sat placidly smoking where he was, until he heard the trap thrown open over his head.

"Here we are, sir," said the driver.

"Here!" repeated Brackenbury. "Where?"

"You told me to take you where I pleased, sir," returned the man with a chuckle, "and here we are."

It struck Brackenbury that the voice was wonderfully smooth and courteous for a man in so inferior a position; he remembered the speed at which he had been driven; and now it occurred to him that the hansom was more luxuriously appointed than the common run of public conveyances.

"I must ask you to explain," said he. "Do you mean to turn me out into the rain? My good man, I suspect the choice is mine."

"The choice is certainly yours," replied the driver; "but when I tell you all, I believe I know how a gentleman of your figure will decide. There is a gentlemen's party in this house. I do not know whether the master be a stranger to London and without acquaintances of his own; or whether he is a man of odd notions. But certainly I was hired to kidnap single gentlemen in evening dress, as many as I pleased, but military officers by preference. You have simply to go in and say that Mr. Morris invited you."

"Are you Mr. Morris?" inquired the Lieutenant.

"Oh, no," replied the cabman. "Mr. Morris is the person

Blackenbury se sintió desconcertado y perdió en seguida todo sentido de la orientación. Empezaba a pensar que el cochero le tomaba el pelo dándole vueltas y vueltas alrededor del mismo sitio, pero lo cierto era que avanzaban con velocidad tan delicada que se convenció de que no era así. El cochero seguía una dirección concreta, corriendo hacia un objetivo definido; y al teniendo le maravilló la pericia con que localizaba el camino adecuado en el inmenso laberinto de calles. Paralelamente, sintió cierta preocupación por cuál podría ser la razón de tanta prisa. Había oído historias de extranjeros a quienes asaltaban y atacaban en Londres. ¿Acaso el cochero pertenecía a alguna banda malvada y traidora? Él mismo, ¿estaría volando en ese momento hacia el lugar donde iba a ser asesinado?

No bien había pensado esto cuando el coche dobló una esquina y se paró ante el jardín de una casa situada en una amplia calle. La casa estaba brillantemente iluminada. Otro coche de punto partía en ese momento y Brackenbury observó que un caballero entraba por la puerta principal y le recibían unos criados con librea. Le sorprendió que el cochero se hubiese detenido delante de una casa donde se estaba celebrando una fiesta. Una casualidad, sin duda, pensó, y siguió fumando su cigarrillo sin alterarse hasta que oyó abrirse la portezuela del coche sobre su cabeza.

-Ya hemos llegado, señor -dijo el cochero.

-¿Ya hemos llegado? -repitió Brackenbury-. ¿Dónde?

-Usted me dijo que lo condujese donde yo deseara, señor -respondió el cochero con una risa-, y aquí le he traído.

La voz era muy segura y cortés para un vulgar cochero, o eso, al menos, le pareció a Brackenbury. Le vino a la cabeza la velocidad con que habían venido, y sólo entonces reparó en que el coche era de mucho más lujo de los que se utilizaban para el servicio público.

-Haga el favor de explicarse -dijo el militar-. ¿Es que pretende que salga a mojarme a la lluvia? Me parece, amigo, que soy yo quien decide aquí.

-Por supuesto -contestó el cochero-. Cuando se lo haya contado todo, sé lo que decidirá un caballero como usted. En esta casa se celebra una reunión de señores. No sé si el dueño es un extranjero en Londres o es un hombre de ideas raras. Pero a mí me pagan para que traiga a la casa a caballeros solos, vestidos de etiqueta. Todos los que quiera; si puede ser, mejor oficiales del ejército. Lo único que ha de hacer es presentarse y decir que viene invitado por el señor Morris.

-¿Usted es el señor Morris? -preguntó Brackenbury.

-No, señor -respondió el cochero-. El señor Morris es el dueño de la casa.

-No es una manera muy habitual de reunir invitados -

of the house."

"It is not a common way of collecting guests," said Brackenbury:

"but an eccentric man might very well indulge the whim without any intention to offend. And suppose that I refuse Mr. Morris's invitation," he went on, "what then?" "My orders are to drive you back where I took you from," replied the man, "and set out to look for others up to midnight. Those who have no fancy for such an adventure, Mr. Morris said, were not the guests for him."

These words decided the Lieutenant on the spot.

"After all," he reflected, as he descended from the hansom, "I have not had long to wait for my adventure." He had hardly found footing on the side-walk, and was still feeling in his pocket for the fare, when the cab swung about and drove off by the way it came at the former break-neck velocity. Brackenbury shouted after the man, who paid no heed, and continued to drive away; but the sound of his voice was overheard in the house, the door was again thrown open, emitting a flood of light upon the garden, and a servant ran down to meet him holding an umbrella.

"The cabman has been paid," observed the servant in a very civil tone; and he proceeded to escort Brackenbury along the path and up the steps. In the hall several other attendants relieved him of his hat, cane, and paletot, gave him a ticket with a number in return, and politely hurried him up a stair adorned with tropical flowers, to the door of an apartment on the first storey. Here a grave butler inquired his name, and announcing "Lieutenant Brackenbury Rich," ushered him into the drawing-room of the house.

A young man, slender and singularly handsome, came forward and greeted him with an air at once courtly and affectionate. Hundreds of candles, of the finest wax, lit up a room that was perfumed, like the staircase, with a profusion of rare and beautiful flowering shrubs. A side-table was loaded with tempting viands. Several servants went to and fro with fruits and goblets of champagne. The company was perhaps sixteen in number, all men, few beyond the prime of life, and with hardly an exception, of a dashing and capable exterior. They were divided into two groups, one about a roulette board, and the other surrounding a table at which one of their number held a bank of baccarat.

"I see," thought Brackenbury, "I am in a private gambling saloon, and the cabman was a tout."

His eye had embraced the details, and his mind formed the conclusion, while his host was still holding him by the hand; and to him his looks returned from this rapid survey. At a second view Mr. Morris surprised him still

dijo Brackenbury-, aunque un excéntrico puede permitirse algunos caprichos si no ofende a nadie. Pero imagine que yo no acepto la invitación del señor Morris. ¿Qué ocurre entonces

-Mis instrucciones son llevarlo de vuelta al sitio donde lo recogí -explicó el cochero-, y seguir buscando caballeros hasta la medianoche. A las personas a quienes no interese una aventura, dijo el señor Morris, ya no las quiero como huéspedes.

El teniente se decidió en el acto al escuchar aquellas palabras.

Al fin y al cabo -reflexionó mientras bajaba del coche-, tengo delante la aventura que esperaba. »

En cuanto bajó del coche y se metió la mano en el bolsillo, el coche dio media vuelta y desapareció por donde había venido como alma que lleva el diablo. Brackenbury llamó al cochero, pero éste no le hizo caso y siguió su camino. Alguien debió oírlo en la casa, no obstante, pues la puerta volvió a abrirse, arrojando un haz de luz sobre el jardín, y un sirviente vino corriendo a su encuentro, con un paraguas abierto en la mano.

-El coche está pagado -le dijo con voz muy cortés y subió los escalones hasta la puerta de entrada, acompañando a Brackenbury.

Al entrar, varios sirvientes más se hicieron cargo de su sombrero, su bastón y un abrigo, le dieron a cambio una contraseña con un número y lo invitaron a subir por una escalera, adornada de plantas tropicales, que daba al primer piso. Allí, un grave mayordomo le preguntó su nombre y, anunciando: «El teniente Brackenbury Rich», lo hizo pasar al salón de la casa.

Un hombre joven, esbelto y bien parecido se acercó a saludarlo, con ademán a un tiempo cortés y afectuoso. El salón estaba iluminado por cientos de velas de la más fina cera y perfumado, como la escalera, por muchos arbustos raros y preciosos. A un lado se veía una mesa llena de viandas más tentadoras. Varios sirvientes iban y venían con bandejas de frutas y copas de champán. Había unos quince invitados, todos hombres, casi todos en la flor de la edad y de aspecto noble y desenvuelto. Se habían dividido en dos grupos, uno en torno a una ruleta, otro en una mesa en la que uno de ellos hacía de banca en una partida de bacará.

«Entiendo -pensó Brackenbury-; esto es una casa de juego privada y los clientes vienen traídos por el cochero. »

No le había pasado por alto ningún detalle y se había formado ya una conclusión, mientras el dueño de la casa le estrechaba la mano, y volvió hacia él la vista de nuevo. El señor Morris le sorprendió más que la primera vez que le había visto. Tenía una distinción

more than on the first. The easy elegance of his manners, the distinction, amiability, and courage that appeared upon his features, fitted very ill with the Lieutenant's preconceptions on the subject of the proprietor of a hell; and the tone of his conversation seemed to mark him out for a man of position and merit. Brackenbury found he had an instinctive liking for his entertainer; and though he chid himself for the weakness, he was unable to resist a sort of friendly attraction for Mr. Morris's person and character.

"I have heard of you, Lieutenant Rich," said Mr. Morris, lowering his tone; "and believe me I am gratified to make your acquaintance. Your looks accord with the reputation that has preceded you from India. And if you will forget for a while the irregularity of your presentation in my house, I shall feel it not only an honour, but a genuine pleasure besides. A man who makes a mouthful of barbarian cavaliers," he added with a laugh, "should not be appalled by a breach of etiquette, however serious."

And he led him towards the sideboard and pressed him to partake of some refreshment.

"Upon my word," the Lieutenant reflected, "this is one of the pleasantest fellows and, I do not doubt, one of the most agreeable societies in London."

He partook of some champagne, which he found excellent; and observing that many of the company were already smoking, he lit one of his own Manillas, and strolled up to the roulette board, where he sometimes made a stake and sometimes looked on smilingly on the fortune of others. It was while he was thus idling that he became aware of a sharp scrutiny to which the whole of the guests were subjected. Mr. Morris went here and there, ostensibly busied on hospitable concerns; but he had ever a shrewd glance at disposal; not a man of the party escaped his sudden, searching looks; he took stock of the bearing of heavy losers, he valued the amount of the stakes, he paused behind couples who were deep in conversation; and, in a word, there was hardly a characteristic of any one present but he seemed to catch and make a note of it. Brackenbury began to wonder if this were indeed a gambling hell: it had so much the air of a private inquisition. He followed Mr. Morris in all his movements; and although the man had a ready smile, he seemed to perceive, as it were under a mask, a haggard, careworn, and preoccupied spirit. The fellows around him laughed and made their game; but Brackenbury had lost interest in the guests.

"This Morris," thought he, "is no idler in the room. Some deep purpose inspires him; let it be mine to fathom it."

Now and then Mr. Morris would call one of his visitors

natural en el porte, una corrección, una cortesía y una valentía en sus rasgos que en absoluto eran los de alguien que el teniente imaginaba como el patrón de un garito y, por los matices de su conversación, le pareció un hombre de virtudes y de categoría. Brackenbury sintió por él una simpatía instintiva y, aún pensando que era debilidad, no se resistía a la atracción amistosa de la persona y la calidad del señor Morris.

-Me han llegado muchas de sus hazañas, teniente Rich - afirmó el señor Morris en voz baja-, y la verdad es que estoy contento de conocerle. Su fama, que le precede desde la India, se ve confirmada con su apariencia. Consideraré no un honor, sino un verdadero placer para mí que olvide usted el extraño modo en que ha conocido mi casa. Un hombre que ha vencido en buena lid a tantos enemigos bárbaros -añadió, riéndose-, no se asustará ante una falta de protocolo, aunque sea importante.

Entonces le condujo a una mesa para que se sirviera algo de comer.

«Éste es uno de los hombres más simpáticos que he visto en mi vida -pensaba el teniente-, y esta reunión, sin la menor duda, es una de las más agradables de Londres. »

Probó el champán, que encontró excelente y, viendo que muchos de los presentes fumaban, encendió uno de sus cigarrillos filipinos y se acercó a la ruleta, donde hizo unas cuantas apuestas y, sobre todo, asistió sonriendo a la buena suerte de otros. En éstas estaba cuando cayó en la cuenta de que los huéspedes eran sometidos a un examen detenido. El señor Morris iba de un lado a otro cumpliendo, al parecer, con los deberes de la hospitalidad, pero no había una sola persona en la reunión que escapase a sus miradas penetrantes; observaba el comportamiento de quienes habían perdido mucho dinero, tomaba nota del monto de las apuestas, se detenía junto a las parejas absortas en la conversación: en una palabra, no había detalle en el que no reparase. Todo se parecía tanto a una inquisición privada que Brackenbury empezó a preguntarse si en realidad no se hallaba en un garito. Siguió los movimientos del señor Morris y, aunque el hombre guardaba siempre la sonrisa en los labios, le pareció advertir, como tras de una máscara, un espíritu tenso, ansioso, preocupado. En torno suyo proseguían las risas y el juego, pero Brackenbury perdió interés en los demás invitados. «El señor Morris no está ocioso en la habitación -pensó-. Le anima algún profundo propósito y el mío va a ser averiguarlo. »

De tanto en tanto, el señor Morris llamaba aparte a alguno de los visitantes y, tras un breve intercambio de palabras en la antesala, reaparecía solo y el visitante en

aside; and after a brief colloquy in an ante-room, he would return alone, and the visitors in question reappeared no more. After a certain number of repetitions, this performance excited Brackenbury's curiosity to a high degree. He determined to be at the bottom of this minor mystery at once; and strolling into the ante-room, found a deep window recess concealed by curtains of the fashionable green. Here he hurriedly ensconced himself; nor had he to wait long before the sound of steps and voices drew near him from the principal apartment. Peering through the division, he saw Mr.

Morris escorting a fat and ruddy personage, with somewhat the look of a commercial traveller, whom Brackenbury had already remarked for his coarse laugh and under-bred behaviour at the table. The pair halted immediately before the window, so that Brackenbury lost not a word of the following discourse:-

"I beg you a thousand pardons!" began Mr. Morris, with the most conciliatory manner; "and, if I appear rude, I am sure you will readily forgive me. In a place so great as London accidents must continually happen; and the best that we can hope is to remedy them with as small delay as possible. I will not deny that I fear you have made a mistake and honoured my poor house by inadvertence; for, to speak openly, I cannot at all remember your appearance. Let me put the question without unnecessary circumlocution - between gentlemen of honour a word will suffice - Under whose roof do you suppose yourself to be?"

"That of Mr. Morris," replied the other, with a prodigious display of confusion, which had been visibly growing upon him throughout the last few words.

"Mr. John or Mr. James Morris?" inquired the host.

"I really cannot tell you," returned the unfortunate guest.

"I am not personally acquainted with the gentleman, any more than I am with yourself."

"I see," said Mr. Morris. "There is another person of the same name farther down the street; and I have no doubt the policeman will be able to supply you with his number. Believe me, I felicitate myself on the misunderstanding which has procured me the pleasure of your company for so long; and let me express a hope that we may meet again upon a more regular footing. Meantime, I would not for the world detain you longer from your friends. John," he added, raising his voice, "will you see that this gentleman finds his great-coat?"

And with the most agreeable air Mr. Morris escorted his visitor as far as the ante-room door, where he left him under conduct of the butler. As he passed the window, on his return to the drawing-room, Brackenbury could hear him utter a profound sigh, as though his mind was

cuestión no volvía a aparecer. Cuando el suceso se repitió varias veces, excitó la curiosidad de Brackenbury, quien decidió estar al corriente del más pequeño misterio en seguida. Se deslizó a la antesala, donde encontró un gran ventanal cubierto por unos cortinajes verdes y precipitadamente se ocultó tras ellos. No tuvo que esperar mucho hasta escuchar el sonido de unos pasos y unas voces que se aproximaban a él desde la sala contigua. Escrutando entre las cortinas, vio al señor Morris escoltando a un personaje rudo y rubicundo, con aspecto de agente de viajes, que había llamado la atención ya a Brackenbury por su risa ordinaria y por la vulgaridad de sus modales en la mesa. Los dos hombres se detuvieron delante de la ventana, por lo que Brackenbury no se perdió ni una palabra del siguiente parlamento:

-Le pido mil perdones -empezó el señor Morris, con las maneras más conciliadoras-, si le parezco rudo, pero estoy seguro de que me perdonará. En un lugar tan grande como Londres continuamente suceden accidentes y nuestra esperanza es remediarlos con la menor tardanza posible. Me temo que usted se ha equivocado y ha honrado mi pobre casa inadvertidamente.

Planteemos el caso sin rodeos -entre caballeros honorables una palabra es suficiente-, ¿bajo qué techo cree usted que se encuentra?

-Bajo el del señor Morris -respondió el otro, con muestras de una gran confusión, que había ido en aumento conforme oía las últimas palabras.

-¿El señor John o el señor James Morris? -inquirió el anfitrión.

-En verdad, no puedo decírselo -contestó el infortunado invitado-. No conozco en persona al caballero, como tampoco lo conozco a usted.

-Ya entiendo -dijo el señor Morris-. Un poco más abajo de la calle vive otra persona con el mismo nombre, y no tengo duda de que algún policía podrá indicarle el número. Crea que me felicito del malentendido que me ha procurado el placer de su compañía durante tanto rato, y permítame expresarle la esperanza de que volvamos a encontrarnos otra vez de manera más normal. Entre tanto, por nada del mundo le retendría más tiempo de estar con sus amigos. John -añadió, levantando la voz-, ¿quiere usted ayudar a este caballero a encontrar su abrigo?

Y con el ademán más gentil, el señor Morris escoltó a su visitante hasta la puerta de la antesala, donde le dejó en compañía de un mayordomo. Cuando pasó al lado de la ventana, al volver para el salón, Brackenbury le oyó lanzar un profundo suspiro, como si fuera preso de una gran ansiedad y tuviera los nervios agotados por la

loaded with a great anxiety, and his nerves already fatigued with the task on which he was engaged. For perhaps an hour the hansoms kept arriving with such frequency, that Mr. Morris had to receive a new guest for every old one that he sent away, and the company preserved its number undiminished. But towards the end of that time the arrivals grew few and far between, and at length ceased entirely, while the process of elimination was continued with unimpaired activity. The drawing-room began to look empty: the baccarat was discontinued for lack of a banker; more than one person said good-night of his own accord, and was suffered to depart without expostulation; and in the meanwhile Mr. Morris redoubled in agreeable attentions to those who stayed behind. He went from group to group and from person to person with looks of the readiest sympathy and the most pertinent and pleasing talk; he was not so much like a host as like a hostess, and there was a feminine coquetry and condescension in his manner which charmed the hearts of all. As the guests grew thinner, Lieutenant Rich strolled for a moment out of the drawing-room into the hall in quest of fresher air. But he had no sooner passed the threshold of the ante-chamber than he was brought to a dead halt by a discovery of the most surprising nature. The flowering shrubs had disappeared from the staircase; three large furniture waggons stood before the garden gate; the servants were busy dismantling the house upon all sides; and some of them had already donned their great-coats and were preparing to depart. It was like the end of a country ball, where everything has been supplied by contract. Brackenbury had indeed some matter for reflection. First, the guests, who were no real guests after all, had been dismissed; and now the servants, who could hardly be genuine servants, were actively dispersing. "Was the whole establishment a sham?" he asked himself. "The mushroom of a single night which should disappear before morning?" Watching a favourable opportunity, Brackenbury dashed upstairs to the highest regions of the house. It was as he had expected. He ran from room to room, and saw not a stick of furniture nor so much as a picture on the walls. Although the house had been painted and papered, it was not only uninhabited at present, but plainly had never been inhabited at all. The young officer remembered with astonishment its specious, settled, and hospitable air on his arrival. It was only at a prodigious cost that the imposture could have been carried out upon so great a scale. Who, then, was Mr. Morris? What was his intention in

tarea a la que se dedicaba.

Durante casi una hora, los coches de alquiler continuaron llegando, con tal frecuencia que el señor Morris tenía que recibir a un invitado por cada uno al que despedía, y la reunión mantenía el número de sus asistentes invariable. Pero más entrada la noche las llegadas fueron espaciándose hasta que cesaron por completo, mientras el proceso de eliminación de invitados proseguía con imparable actividad. El salón empezó a parecer vacío; la partida de baccarat se interrumpió por falta de banca y más de una persona se despidió voluntariamente y partió sin protesta alguna por parte del anfitrión. En el ínterin, el señor Morris redoblaba sus atenciones a los que quedaban dentro. Iba de grupo en grupo y de persona en persona repartiendo miradas de la más sincera simpatía y la más adecuada y agradable conversación; parecía más una anfitriona que un anfitrión, y en sus maneras había un punto de coquetería femenina y condescendencia que seducía todos los corazones.

Cuando los huéspedes habían descendido ya bastante, el teniente Rich se deslizó un momento al vestíbulo a tomar un poco de aire fresco. Pero en cuanto atravesó el umbral de la antecámara, se llevó un brusco sobresalto al descubrir algo en verdad sorprendente. Los arbustos de flores habían desaparecido de las escaleras; tres grandes camiones de mudanzas estaban aparcados delante de la entrada del jardín; los sirvientes estaban recogiendo las cosas y desmantelando la casa por todas partes y algunos se habían puesto ya sus abrigos y se preparaban para marchar.

Parecía el final de un baile de pueblo donde todo se había contratado. Brackenbury tenía, en verdad, materia para pensar. En primer lugar, los invitados, que al final no eran verdaderos invitados, habían sido despedidos; y, ahora, los criados, que a lo mejor tampoco eran verdaderos criados, iban marchándose. «¿Era toda la casa una farsa -se preguntó-. ¿Como los hongos de una sola noche, que desaparecen antes de que amanezca?»

Después, aprovechando una oportunidad, Brackenbury subió a los pisos superiores de la casa. Era lo que había supuesto. Recorrió habitación tras habitación y no vio en ninguna un solo mueble ni mucho menos un cuadro en las paredes. Aunque la casa había sido pintada y empapelada, no sólo no la habitaba nadie ahora, sino que estaba claro que nunca había sido habitada. El oficial recordó con asombro el ambiente tan hospitalario, lujoso y acogedor que había visto a su llegada. Sólo con un prodigioso coste se podía montar una impostura a tan gran escala.

¿Quién era, entonces, el señor Morris? ¿Qué intenciones le animaban para representar, por una sola

thus playing the householder for a single night in the remote west of London? And why did he collect his visitors at hazard from the streets?

Brackenbury remembered that he had already delayed too long, and hastened to join the company. Many had left during his absence; and counting the Lieutenant and his host, there were not more than five persons in the drawing-room - recently so thronged. Mr. Morris greeted him, as he re-entered the apartment, with a smile, and immediately rose to his feet.

"It is now time, gentlemen," said he, "to explain my purpose in decoying you from your amusements. I trust you did not find the evening hang very dully on your hands; but my object, I will confess it, was not to entertain your leisure, but to help myself in an unfortunate necessity. You are all gentlemen," he continued, "your appearance does you that much justice, and I ask for no better security. Hence, I speak it without concealment, I ask you to render me a dangerous and delicate service; dangerous because you may run the hazard of your lives, and delicate because I must ask an absolute discretion upon all that you shall see or hear. From an utter stranger the request is almost comically extravagant;

I am well aware of this; and I would add at once, if there be any one present who has heard enough, if there be one among the party who recoils from a dangerous confidence and a piece of Quixotic devotion to he knows not whom - here is my hand ready, and I shall wish him good-night and God-speed with all the sincerity in the world."

A very tall, black man, with a heavy stoop, immediately responded to this appeal.

"I commend your frankness, Sir," said he; "and, for my part, I go. I make no reflections; but I cannot deny that you fill me with suspicious thoughts. I go myself, as I say; and perhaps you will think I have no right to add words to my example."

"On the contrary," replied Mr. Morris, "I am obliged to you for all you say. It would be impossible to exaggerate the gravity of my proposal."

"Well, gentlemen, what do you say?" said the tall man, addressing the others. "We have had our evening's frolic; shall we all go homeward peaceably in a body? You will think well of my suggestion in the morning, when you see the sun again in innocence and safety."

The speaker pronounced the last words with an intonation which added to their force; and his face wore a singular expression, full of gravity and significance. Another of the company rose hastily, and, with some appearance of alarm, prepared to take his leave. There were only two who held their ground, Brackenbury and

noche, el papel de anfitrión en un apartado barrio del oeste de Londres? ¿Y por qué recogía a sus invitados al azar de las calles?

Brackenbury recordó que se estaba demorando y se apresuró a reunirse con el grupo. Algunas personas más se habían ido ya durante su ausencia y, contando al teniente y su anfitrión, no había más de cinco personas en el salón, hasta hacía poco tan concurrido. El señor Morris le saludó sonriendo al verlo regresar al salón y se puso de inmediato en pie.

-Ya es hora, caballeros -dijo a los presentes- de que les explique mis propósitos al privarles de sus distracciones de costumbre. Confío en que no hayan encontrado la velada muy aburrida, pero mi objetivo no era entretener su ocio sino conseguir ayuda en un momento de apuro. Todos ustedes son caballeros -continuó-, su apariencia les hace justicia y no pido más garantía. Por eso, hablando sin rodeos, les pido que me presten un servicio delicado y peligroso; peligroso porque pueden ustedes arriesgar sus vidas y delicado porque debo solicitarles una absoluta discreción sobre todo lo que ustedes vean u oigan. La petición, por parte de un completo desconocido, es casi cómicamente extravagante. Soy perfectamente consciente de ello y por ello añadido en seguida: si alguno de los presentes cree que ya ha escuchado demasiado, si entre los reunidos hay alguien a quien no interesan las confidencias peligrosas ni los actos quijotescos hacia una persona desconocida, aquí está mi mano dispuesta, y le deseo un buen descanso con toda la sinceridad del mundo.

Un hombre alto, moreno, un poco cargado de espaldas, respondió de inmediato a estas palabras:

-Le agradezco su franqueza, señor -dijo- y, por mi parte, me voy. No me hago ninguna pregunta, pero le confieso que me inspira usted sospechas. Como digo, me voy, y tal vez piense usted que no tengo derecho a añadir palabras a mi ejemplo.

-Por el contrario -replicó el señor Morris-. Le agradezco lo que quiera decirnos. Sería imposible exagerar la gravedad de mi propuesta.

-Ustedes, caballeros, ¿qué opinan? -dijo el hombre dirigiéndose a los demás-. Hemos pasado una noche agradable, ¿saldremos juntos para regresar a casa en completa tranquilidad? Mi sugerencia les parecerá acertada mañana por la mañana cuando vean salir el sol con inocencia y seguridad.

El conferenciante pronunció las últimas palabras con una entonación que les daba más fuerza y su rostro mostró una expresión singular, de gravedad y energía. Algunos del grupo se levantaron apresuradamente y, con cierto aire de susto, se prepararon para partir. Sólo dos se quedaron en su sitio, Brackenbury y un viejo mayor

an old red-nosed cavalry Major; but these two preserved a nonchalant demeanour, and, beyond a look of intelligence which they rapidly exchanged, appeared entirely foreign to the discussion that had just been terminated.

Mr. Morris conducted the deserters as far as the door, which he closed upon their heels; then he turned round, disclosing a countenance of mingled relief and animation, and addressed the two officers as follows.

"I have chosen my men like Joshua in the Bible," said Mr. Morris, "and I now believe I have the pick of London. Your appearance pleased my hansom cabmen; then it delighted me; I have watched your behaviour in a strange company, and under the most unusual circumstances: I have studied how you played and how you bore your losses; lastly, I have put you to the test of a staggering announcement, and you received it like an invitation to dinner. It is not for nothing," he cried, "that I have been for years the companion and the pupil of the bravest and wisest potentate in Europe."

"At the affair of Bunderchang," observed the Major, "I asked for twelve volunteers, and every trooper in the ranks replied to my appeal. But a gaming party is not the same thing as a regiment under fire. You may be pleased, I suppose, to have found two, and two who will not fail you at a push. As for the pair who ran away, I count them among the most pitiful hounds I ever met with. Lieutenant Rich," he added, addressing Brackenbury, "I have heard much of you of late; and I cannot doubt but you have also heard of me. I am Major O'Rooke."

And the veteran tendered his hand, which was red and tremulous, to the young Lieutenant.

"Who has not?" answered Brackenbury.

"When this little matter is settled," said Mr. Morris, "you will think I have sufficiently rewarded you; for I could offer neither a more valuable service than to make him acquainted with the other."

"And now," said Major O'Rooke, "is it a duel?"

"A duel after a fashion," replied Mr. Morris, "a duel with unknown and dangerous enemies, and, as I gravely fear, a duel to the death. I must ask you," he continued, "to call me Morris no longer; call me, if you please, Hammersmith; my real name, as well as that of another person to whom I hope to present you before long, you will gratify me by not asking and not seeking to discover for yourselves. Three days ago the person of whom I speak disappeared suddenly from home; and, until this morning, I received no hint of his situation. You will fancy my alarm when I tell you that he is engaged upon a work of private justice. Bound by an unhappy oath,

de caballería, que tenía la nariz muy roja. Los dos mantuvieron una actitud de aparente indiferencia respecto a lo que acababan de escuchar, como si fuera algo ajeno a ellos e intercambiaron una mirada de inteligencia.

El señor Morris acompañó a los desertores hasta la puerta, que cerró detrás de ellos. Después se volvió con un gesto de alivio y resolución, y se dirigió a los dos oficiales.

-He elegido a mis hombres, como Josué en la Biblia -dijo-. Y estoy seguro de que he recogido lo mejor de Londres. Su aspecto agradó a mis cocheros y me encantó a mí. He observado su comportamiento en compañía de extraños y en las circunstancias más inusuales: he estudiado cómo jugaban y cómo soportaban sus pérdidas; finalmente, les he hecho una prueba con un anuncio desconcertante, y ustedes lo han recibido como una invitación para comer. ¡No en vano -exclamó- he sido durante años el pupilo y el compañero del poderoso más valiente y sabio de Europa!

-En la batalla de Bunderchang pedí doce voluntarios -explicó el mayor- y todos los hombres de mis filas respondieron a mi llamada. Pero un salón de juego no es lo mismo que un regimiento en batalla. Creo que puede usted felicitarse de haber encontrado a dos, y a dos que no le dejaran en la estacada. En cuanto a los dos que han salido corriendo, los considero entre los más pobres diablos que me he encontrado nunca. Teniente Rich -añadió, dirigiéndose a Brackenbury-, últimamente he oído hablar mucho de usted y no tengo duda de que usted también habrá oído hablar de mí, soy el mayor O'Rooke.

El veterano militar tendió la mano, roja y temblorosa, al joven teniente.

-¿Quién no, en efecto? -dijo Brackenbury.

-Cuando acabe este asunto que nos ocupa -dijo el señor Morris-, pensarán que no he podido proporcionarles mayor favor que el de haberles facilitado el conocerse.

-Y, ahora -preguntó el mayor O'Rooke-, ¿se trata de un duelo?

-Un duelo en cierta forma -respondió el señor Morris-. Un duelo con enemigos desconocidos y peligrosos y, mucho me temo, que un duelo a muerte. Debo pedirles -continuó- que no me llamen más señor Morris, sino Hammersmith. Debo pedirles, también, que no traten de descubrir por su cuenta mi verdadero nombre ni el de la persona a quien pronto voy a presentarles. Hace tres días, la persona de quien les hablo desapareció repentinamente de su domicilio y, hasta esta mañana, no he tenido conocimiento de su situación. Se imaginarán mi alarma cuando les diga que está envuelta en un

too lightly sworn, he finds it necessary, without the help of law, to rid the earth of an insidious and bloody villain. Already two of our friends, and one of them my own born brother, have perished in the enterprise. He himself, or I am much deceived, is taken in the same fatal toils. But at least he still lives and still hopes, as this billet sufficiently proves."

And the speaker, no other than Colonel Geraldine, proffered a letter, thus conceived:-

"Major Hammersmith, - On Wednesday, at 3 A.M., you will be admitted by the small door to the gardens of Rochester House, Regent's Park, by a man who is entirely in my interest. I must request you not to fail me by a second. Pray bring my case of swords, and, if you can find them, one or two gentlemen of conduct and discretion to whom my person is unknown. My name must not be used in this affair.

T. GODALL."

"From his wisdom alone, if he had no other title," pursued Colonel Geraldine, when the others had each satisfied his curiosity, "my friend is a man whose directions should implicitly be followed. I need not tell you, therefore, that I have not so much as visited the neighbourhood of Rochester House; and that I am still as wholly in the dark as either of yourselves as to the nature of my friend's dilemma. I betook myself, as soon as I had received this order, to a furnishing contractor, and, in a few hours, the house in which we now are had assumed its late air of festival. My scheme was at least original; and I am far from regretting an action which has procured me the services of Major O'Rooke and Lieutenant Brackenbury Rich. But the servants in the street will have a strange awakening. The house which this evening was full of lights and visitors they will find uninhabited and for sale to-morrow morning. Thus even the most serious concerns," added the Colonel, "have a merry side."

"And let us add a merry ending," said Brackenbury. The Colonel consulted his watch.

"It is now hard on two," he said. "We have an hour before us, and a swift cab is at the door. Tell me if I may count upon your help."

"During a long life," replied Major O'Rooke, "I never took back my hand from anything, nor so much as hedged a bet."

Brackenbury signified his readiness in the most becoming terms; and after they had drunk a glass or two of wine, the Colonel gave each of them a loaded revolver, and the three mounted into the cab and drove

asunto de justicia particular. Sujeta a un juramento desafortunado, que aceptó con demasiada ligereza, cree imprescindible librar al mundo de un villano sanguinario e infame, sin la ayuda de la ley. Ya dos amigos nuestros, uno de ellos mi propio hermano, han fallecido en el intento. Mi amigo mismo, si por desgracia no estoy equivocado, ha caído en los mismos lazos fatales. Pero por lo menos está vivo y conserva la esperanza, como parece probar esta nota:

Mayor Hammersmith: El miércoles a las tres de la madrugada un hombre de mi absoluta confianza le hará pasar por los jardines de Rochester House, en Regent's Park. Le pido que no me falle ni en un segundo. Le ruego que traiga mi juego de espadas y, si los encuentra, a dos caballeros prudentes y discretos que no me conozcan. Mi nombre no debe aparecer en este asunto.
T. GODALL

-Sólo por su sabiduría y su buen criterio, si no tuviera otros títulos -dijo el coronel Geraldine, cuando los otros hubieron satisfecho su curiosidad-, habría que cumplir las instrucciones de mi amigo. No preciso decirles, por otra parte, que no he pasado nunca por los alrededores de Rochester House y que, como ustedes, no tengo idea del trance en que se halla mi amigo. Tan pronto recibí sus órdenes, me dirigí personalmente a una casa de alquiler de muebles y, en pocas horas, esta casa donde nos encontramos asumió todo este aire de fiesta. Cuando menos, mi plan era original y no me arrepiento nada pues me ha procurado los servicios del mayor O'Rooke y el teniente Brackenbury Rich. Pero los criados que están en la puerta van a tener un curioso despertar cuando por la mañana encuentren la casa, llena la noche anterior de luces e invitados, deshabitada y en alquiler. Hasta lo más grave tiene su par-te cómica -acabó el coronel.

-Y pensemos que un final feliz -dijo Brackenbury. El coronel consultó su reloj.

-Son ya casi las dos de la madrugada -dijo-. Disponemos de una hora por delante y tenemos un buen coche a la puerta. Díganme, finalmente, si puedo contar con su ayuda.

-En toda mi vida he faltado a mi palabra -replicó el mayor O'Rooke- y ni siquiera he cubierto una puesta con otra.

Brackenbury manifestó su disponibilidad en los términos más adecuados y, tras beber un vaso o dos de vino, el coronel les dio a cada uno un revólver cargado, los tres subieron al coche y se encaminaron a la dirección indicada.

off for the address in question.

Rochester House was a magnificent residence on the banks of the canal. The large extent of the garden isolated it in an unusual degree from the annoyances of neighbourhood. It seemed the PARC AUX CERFS of some great nobleman or millionaire. As far as could be seen from the street, there was not a glimmer of light in any of the numerous windows of the mansion; and the place had a look of neglect, as though the master had been long from home.

The cab was discharged, and the three gentlemen were not long in discovering the small door, which was a sort of postern in a lane between two garden walls. It still wanted ten or fifteen minutes of the appointed time; the rain fell heavily, and the adventurers sheltered themselves below some pendant ivy, and spoke in low tones of the approaching trial.

Suddenly Geraldine raised his finger to command silence, and all three bent their hearing to the utmost. Through the continuous noise of the rain, the steps and voices of two men became audible from the other side of the wall; and, as they drew nearer, Brackenbury, whose sense of hearing was remarkably acute, could even distinguish some fragments of their talk.

"Is the grave dug?" asked one.

"It is," replied the other; "behind the laurel hedge.

When the job is done, we can cover it with a pile of stakes."

The first speaker laughed, and the sound of his merriment was shocking to the listeners on the other side.

"In an hour from now," he said.

And by the sound of the steps it was obvious that the pair had separated, and were proceeding in contrary directions.

Almost immediately after the postern door was cautiously opened, a white face was protruded into the lane, and a hand was seen beckoning to the watchers. In dead silence the three passed the door, which was immediately locked behind them, and followed their guide through several garden alleys to the kitchen entrance of the house. A single candle burned in the great paved kitchen, which was destitute of the customary furniture; and as the party proceeded to ascend from thence by a flight of winding stairs, a prodigious noise of rats testified still more plainly to the dilapidation of the house.

Their conductor preceded them, carrying the candle. He was a lean man, much bent, but still agile; and he turned from time to time and admonished silence and caution by his gestures. Colonel Geraldine followed on his heels, the case of swords under one arm, and a pistol

Rochester House era una magnífica residencia situada al borde del canal. La gran extensión de sus jardines la aislaba de manera inusual de las molestias del vecindario. Semejaba el parc aux cerfs de un gran aristócrata o millonario. Hasta donde era posible ver desde la calle, no había el menor resplandor de luz en ninguna de las numerosas ventanas de la mansión. Y el lugar tenía un aspecto de abandono, como si hiciera tiempo que faltara el dueño de la casa.

Despidieron el coche y los tres hombres no tardaron en descubrir la pequeña puerta de acceso, que estaba en un callejón, entre dos tapias del jardín. Todavía faltaban diez o quince minutos para la hora señalada. Llovía a cántaros y los tres aventureros se refugiaron debajo de una hiedra frondosa, mientras hablaban en voz baja de la aventura que les aguardaba.

De súbito, Geraldine levantó el dedo en ademán de silencio y los tres escucharon con atención. A través del sonido continuado de la lluvia, se oyeron los pasos y voces de dos hombres al otro lado de la tapia. A medida que se aproximaban, Brackenbury, que tenía un oído muy fino, distinguió algunas partes de su conversación.

-¿Está cavada la tumba? -preguntó uno de los dos.

-Sí -contestó el otro-, detrás de los laureles. Al terminar, colocaremos encima un par de estacas.

El primero rió y sus risas sonaron siniestras a los que escuchaban al otro lado.

-Dentro de una hora -dijo.

Por el sonido de los pasos, dedujeron que se habían separado y se encaminaban en direcciones opuestas.

Casi inmediatamente, la puerta se abrió con gran sigilo, un rostro muy blanco se asomó al callejón y una mano indicó a los caballeros que avanzaran. Los tres pasaron la puerta en un silencio mortal, y ésta se cerró inmediatamente detrás de ellos. Siguieron a su guía por unos senderos del jardín hasta la puerta de la cocina de la casa. Una sola vela ardía en una gran cocina enlosada, desprovista de cualquier mueble. Cuando el grupo empezó a subir por una escalera de caracol, el ruido del correr de unas ratas certificó de la manera más clara el estado de abandono de la casa.

Su guía los precedía llevando una vela. Era un viejo delgado y muy encorvado, pero todavía ágil de movimientos. De tanto en tanto se volvía y les indicaba con un gesto que guardaran cautela y silencio. El coronel Geraldine le pisaba los talones, con la caja de espadas bajo el brazo y una pistola en la otra mano. A

ready in the other. Brackenbury's heart beat thickly. He perceived that they were still in time; but he judged from the alacrity of the old man that the hour of action must be near at hand; and the circumstances of this adventure were so obscure and menacing, the place seemed so well chosen for the darkest acts, that an older man than Brackenbury might have been pardoned a measure of emotion as he closed the procession up the winding stair.

At the top the guide threw open a door and ushered the three officers before him into a small apartment, lighted by a smoky lamp and the glow of a modest fire. At the chimney corner sat a man in the early prime of life, and of a stout but courtly and commanding appearance. His attitude and expression were those of the most unmoved composure; he was smoking a cheroot with much enjoyment and deliberation, and on a table by his elbow stood a long glass of some effervescing beverage which diffused an agreeable odour through the room.

"Welcome," said he, extending his hand to Colonel Geraldine. "I knew I might count on your exactitude."

"On my devotion," replied the Colonel, with a bow.

"Present me to your friends," continued the first; and, when that ceremony had been performed, "I wish, gentlemen," he added, with the most exquisite affability, "that I could offer you a more cheerful programme; it is ungracious to inaugurate an acquaintance upon serious affairs; but the compulsion of events is stronger than the obligations of good-fellowship. I hope and believe you will be able to forgive me this unpleasant evening; and for men of your stamp it will be enough to know that you are conferring a considerable favour."

"Your Highness," said the Major, "must pardon my bluntness. I am unable to hide what I know. For some time back I have suspected Major Hammersmith, but Mr. Godall is unmistakable. To seek two men in London unacquainted with Prince Florizel of Bohemia was to ask too much at Fortune's hands."

"Prince Florizel!" cried Brackenbury in amazement.

And he gazed with the deepest interest on the features of the celebrated personage before him.

"I shall not lament the loss of my incognito," remarked the Prince, "for it enables me to thank you with the more authority. You would have done as much for Mr. Godall, I feel sure, as for the Prince of Bohemia; but the latter can perhaps do more for you. The gain is mine," he added, with a courteous gesture.

And the next moment he was conversing with the two officers about the Indian army and the native troops, a subject on which, as on all others, he had a remarkable fund of information and the soundest views.

There was something so striking in this man's attitude at

Brackenbury le latía el corazón con violencia.

Comprendía que no habían llegado tarde y que, por el apresuramiento que demostraba el viejo, se acercaba el momento de la acción. Y las circunstancias de la aventura eran tan oscuras y amenazadoras, el lugar tan bien elegido para aquellos siniestros sucesos, que hasta a un hombre mayor que Brackenbury, que cerraba la marcha en la subida de la escalera de caracol, se le hubiera perdonado la inquietud.

Al final de la escalera, el guía abrió una puerta e hizo pasar a los tres hombres al interior de una pequeña habitación iluminada por una lámpara humeante y por el resplandor de una modesta chimenea. Al lado de la chimenea se sentaba un hombre en los mejores años de la madurez, de físico un poco grueso, pero de apariencia distinguida e imponente. Tenía una expresión de serenidad imperturbable, y fumaba un puro con deleite y placer. Sobre la mesa, junto a su codo, había una copa llena de alguna bebida efervescente, que despedía un agradable olor por toda la habitación.

-Bienvenido -saludó, tendiendo la mano al coronel Geraldine-. Estaba seguro de que podía contar con su puntualidad.

-Con mi fidelidad -repuso el coronel, haciendo una inclinación.

-Presénteme a sus amigos -pidió el hombre y, cuando lo hubieron hecho, añadió con la más exquisita cortesía: - Desearía, caballeros, poder ofrecerles un plan más divertido. No es precisamente cordial iniciar una relación con asuntos tan graves, pero la fuerza de los hechos es más poderosa que las obligaciones de la cortesía. Espero y creo que podrán ustedes perdonarme esta desagradable noche; y para hombres de su talante bastará saber que están realizando un gran favor en una importante empresa.

-Su Alteza -dijo el mayor-, perdone mi brusquedad, pero no puedo ocultar lo que sé. Desde hace bastante rato sospecho del señor Hammersmith, pero con el señor Godall ya no hay ninguna duda. Buscar en Londres a dos hombres que no conocieran al príncipe Florizel de Bohemia era pedir demasiado a la suerte.

-¡El príncipe Florizel! -exclamó Brackenbury, atónito. Y miró con toda atención los rasgos del famoso personaje que tenía ante él.

-No lamentaré perder mi incognito -señaló el príncipe-, porque me permite darles las gracias con más autoridad. Habrían hecho ustedes lo mismo por el señor Godall, estoy seguro de ello, que por el príncipe de Bohemia, pero éste quizá pueda hacer más por ustedes. Quien sale ganando soy yo -acabó con un ademán cortés.

a moment of deadly peril that Brackenbury was overcome with respectful admiration; nor was he less sensible to the charm of his conversation or the surprising amenity of his address. Every gesture, every intonation, was not only noble in itself, but seemed to ennoble the fortunate mortal for whom it was intended; and Brackenbury confessed to himself with enthusiasm that this was a sovereign for whom a brave man might thankfully lay down his life.

Many minutes had thus passed, when the person who had introduced them into the house, and who had sat ever since in a corner, and with his watch in his hand, arose and whispered a word into the Prince's ear.

"It is well, Dr. Noel," replied Florizel, aloud; and then addressing the others, "You will excuse me, gentlemen," he added, "if I have to leave you in the dark. The moment now approaches."

Dr. Noel extinguished the lamp. A faint, grey light, premonitory of the dawn, illuminated the window, but was not sufficient to illuminate the room; and when the Prince rose to his feet, it was impossible to distinguish his features or to make a guess at the nature of the emotion which obviously affected him as he spoke. He moved towards the door, and placed himself at one side of it in an attitude of the wariest attention.

"You will have the kindness," he said, "to maintain the strictest silence, and to conceal yourselves in the densest of the shadow."

The three officers and the physician hastened to obey, and for nearly ten minutes the only sound in Rochester House was occasioned by the excursions of the rats behind the woodwork. At the end of that period, a loud creak of a hinge broke in with surprising distinctness on the silence; and shortly after, the watchers could distinguish a slow and cautious tread approaching up the kitchen stair. At every second step the intruder seemed to pause and lend an ear, and during these intervals, which seemed of an incalculable duration, a profound disquiet possessed the spirit of the listeners. Dr. Noel, accustomed as he was to dangerous emotions, suffered an almost pitiful physical prostration; his breath whistled in his lungs, his teeth grated one upon another, and his joints cracked aloud as he nervously shifted his position.

At last a hand was laid upon the door, and the bolt shot back with a slight report. There followed another pause, during which Brackenbury could see the Prince draw himself together noiselessly as if for some unusual exertion. Then the door opened, letting in a little more of the light of the morning; and the figure of a man appeared upon the threshold and stood motionless. He was tall, and carried a knife in his hand. Even in the

A continuación conversó con los dos oficiales sobre el ejército indio y las tropas del país, tema sobre el cual, como sobre muchos otros, poseía una gran información y una acertada opinión.

Había algo tan llamativo en la actitud de aquel hombre en un momento de tan mortal peligro que Brackenbury sintió la mayor admiración respetuosa. Tampoco dejaba de impresionarle el encanto de su conversación y la sorprendente afabilidad de sus modales. Todos los gestos, las entonaciones de la voz, no sólo eran nobles en sí mismos, sino que parecían ennoblecer al afortunado mortal a quien se dirigían. Y Brackenbury se dijo con entusiasmo que por aquel soberano cualquier hombre valiente daría con gusto la vida.

Habían transcurrido ya algunos minutos cuando el hombre que les había introducido en la casa, que había permanecido sentado hasta entonces en un rincón, se puso en pie y murmuró unas palabras al oído del príncipe.

-De acuerdo, doctor Noel -repuso Florizel en voz baja; después se dirigió a los otros-. Disculpenme, señores, si debo dejarlos a oscuras. Se acerca el momento.

El doctor Noel apagó la lámpara. Una débil luz grisácea, anunciadora del amanecer, llegaba hasta la ventana sin iluminar la habitación. Cuando el príncipe se levantó, no se distinguían sus facciones ni podía advertirse la naturaleza de la emoción que obviamente le afectaba cuando habló. Se acercó a la puerta en una actitud de atención concentrada.

-Tengan la amabilidad -dijo- de mantener el más absoluto silencio y de ocultarse en la parte más oscura. Los tres militares y el médico se apresuraron a obedecer y, durante casi diez minutos, sólo se oyó en Rochester House el ruido de las correrías de las ratas por los techos. Al cabo de ese tiempo, una puerta se abrió con un crujido y el ruido resonó con nitidez sorprendente en el silencio. En seguida oyeron que alguien subía las escaleras de la cocina con pasos lentos y cautelosos. En cada peldaño, el intruso parecía detenerse y escuchar, y en esas pausas, que les resultaban extraordinariamente largas, una profunda inquietud embargó el ánimo de quienes escuchaban. Incluso el doctor Noel quien estaba acostumbrado a las emociones del peligro, sufría un abatimiento físico que casi inspiraba compasión. Jadeaba débilmente, los dientes le rechinaban y las articulaciones de los huesos crujían cada vez que cambiaba, nerviosamente, de postura.

Por último, una mano se posó sobre la puerta y recorrió el cerrojo con débil ruido. Se produjo otra pausa, en la que Brackenbury vio al príncipe encogerse en silencio, como preparándose para un gran esfuerzo

twilight they could see his upper teeth bare and glistening, for his mouth was open like that of a hound about to leap. The man had evidently been over the head in water but a minute or two before; and even while he stood there the drops kept falling from his wet clothes and pattered on the floor.

The next moment he crossed the threshold. There was a leap, a stifled cry, an instantaneous struggle; and before Colonel Geraldine could spring to his aid, the Prince held the man disarmed and helpless, by the shoulders "Dr. Noel," he said, "you will be so good as to re-light the lamp."

And relinquishing the charge of his prisoner to Geraldine and Brackenbury, he crossed the room and set his back against the chimney-piece. As soon as the lamp had kindled, the party beheld an unaccustomed sternness on the Prince's features. It was no longer Florizel, the careless gentleman; it was the Prince of Bohemia, justly incensed and full of deadly purpose, who now raised his head and addressed the captive President of the Suicide Club.

"President," he said, "you have laid your last snare, and your own feet are taken in it. The day is beginning; it is your last morning. You have just swum the Regent's Canal; it is your last bathe in this world. Your old accomplice, Dr. Noel, so far from betraying me, has delivered you into my hands for judgment.

And the grave you had dug for me this afternoon shall serve, in God's almighty providence, to hide your own just doom from the curiosity of mankind. Kneel and pray, sir, if you have a mind that way; for your time is short, and God is weary of your iniquities."

The President made no answer either by word or sign; but continued to hang his head and gaze sullenly on the floor, as though he were conscious of the Prince's prolonged and unsparing regard.

"Gentlemen," continued Florizel, resuming the ordinary tone of his conversation, "this is a fellow who has long eluded me, but whom, thanks to Dr. Noel, I now have tightly by the heels. To tell the story of his misdeeds would occupy more time than we can now afford; but if the canal had contained nothing but the blood of his victims, I believe the wretch would have been no drier than you see him. Even in an affair of this sort I desire to preserve the forms of honour. But I make you the judges, gentlemen - this is more an execution than a duel and to give the rogue his choice of weapons would be to

físico. Entonces la puerta se abrió, dejando entrar un poco más de la luz del amanecer y en el umbral apareció, inmóvil, la figura de un hombre. Era alto y llevaba un cuchillo en la mano. Tenía la boca abierta, como un mastín a punto de atacar, y los dientes le brillaban, incluso en medio de la tiniebla. Era evidente que acababa de salir del agua, apenas dos o tres minutos antes, pues se oía el ruido de las gotas cayendo de sus ropas al suelo.

A continuación, traspasó el umbral. Alguien saltó, se oyó un grito ahogado y el ruido de un forcejeo, y, antes de que el coronel Geraldine pudiera correr en su ayuda, el príncipe sujetaba ya al hombre por los hombros, desarmado e impotente.

-Doctor Noel -dijo el príncipe-, tenga la amabilidad de encender la lámpara.

El príncipe entregó a su prisionero a Geraldine y a Brackenbury, cruzó la habitación y se situó delante de la chimenea. En cuanto la lámpara alumbró, todos vieron una inusitada severidad en las facciones del príncipe. Había dejado de ser Florizel, el despreocupado y gentil caballero, para convertirse en el príncipe de Bohemia, lleno de una justa indignación e impulsado por un propósito mortal. Alzó la cabeza y se dirigió al presidente del Club de los Suicidas.

-Presidente -empezó-, ha tendido usted su última trampa y usted mismo ha sido su presa. Empieza el día y ésta es su última mañana. Ha nadado usted por el Regent's Canal, es su último baño en este mundo. Su antiguo cómplice, el doctor Noel, lejos de traicionarme, le ha puesto en mis manos para que se haga justicia. Y la tumba que cavó usted para mí esta tarde va a servir, con la ayuda de la Divina Providencia, para ocultar su justo destino de la curiosidad de los hombres.

Arrodíllese y rece, señor, si cree usted en algo, pues le queda poco tiempo y Dios está hastiado de sus infamias.

El presidente no hizo el menor ademán ni pronunció palabra. Tenía la cabeza baja y miraba hoscamente el suelo, como recibiendo sobre sí la mirada austera y justiciera del príncipe.

-Caballeros -prosiguió el príncipe, con su tono de voz habitual-, éste es el hombre que durante mucho tiempo se me ha escapado, pero a quien ahora, gracias al doctor Noel, tengo en mi poder. Contar la historia de sus miserias y sus crímenes nos llevaría más tiempo del que tenemos, pero si por el canal corriera sólo la sangre de sus víctimas, este miserable estaría igual de empapado que como le ven. Pero hasta en un asunto de esta índole deseo conservar las formas del honor. Les nombro a ustedes jueces, caballeros, pues esto es más una ejecución que un duelo; y conceder a este canalla el derecho a elegir las armas sería llevar la educación

push too far a point of etiquette. I cannot afford to lose my life in such a business," he continued, unlocking the case of swords; "and as a pistol-bullet travels so often on the wings of chance, and skill and courage may fall by the most trembling marksman, I have decided, and I feel sure you will approve my determination, to put this question to the touch of swords."

When Brackenbury and Major O'Rooke, to whom these remarks were particularly addressed, had each intimated his approval, "Quick, sir," added Prince Florizel to the President, "choose a blade and do not keep me waiting; I have an impatience to be done with you for ever."

For the first time since he was captured and disarmed the President raised his head, and it was plain that he began instantly to pluck up courage.

"Is it to be stand up?" he asked eagerly, "and between you and me?"

"I mean so far to honour you," replied the Prince.

"Oh, come!" cried the President. "With a fair field, who knows how things may happen? I must add that I consider it handsome behaviour on your Highness's part; and if the worst comes to the worst I shall die by one of the most gallant gentlemen in Europe."

And the President, liberated by those who had detained him, stepped up to the table and began, with minute attention, to select a sword. He was highly elated, and seemed to feel no doubt that he should issue victorious from the contest. The spectators grew alarmed in the face of so entire a confidence, and adjured Prince Florizel to reconsider his intention.

"It is but a farce," he answered; "and I think I can promise you, gentlemen, that it will not be long a-playing."

"Your Highness will be careful not to over-reach," said Colonel Geraldine.

"Geraldine," returned the Prince, "did you ever know me fail in a debt of honour? I owe you this man's death, and you shall have it."

The President at last satisfied himself with one of the rapiers, and signified his readiness by a gesture that was not devoid of a rude nobility. The nearness of peril, and the sense of courage, even to this obnoxious villain, lent an air of manhood and a certain grace.

The Prince helped himself at random to a sword.

"Colonel Geraldine and Doctor Noel," he said, "will have the goodness to await me in this room. I wish no personal friend of mine to be involved in this transaction. Major O'Rooke, you are a man of some years and a settled reputation - let me recommend the President to your good graces. Lieutenant Rich will be so good as lend me his attentions: a young man cannot have too much experience in such affairs."

demasiado lejos. No puedo permitirme el lujo de perder mi vida en un asunto así -continuó, abriendo la caja de las espadas-, la bala de una pistola acierta a veces por las alas del azar, y la pericia y el coraje pueden fallar ante el hombre más cobarde. He decidido, y estoy seguro de que aprobaré mi determinación, resolver esta cuestión por la espada.

Cuando Brackenbury y el mayor O'Rooke, a quienes se dirigían estas palabras manifestaron su conformidad, el príncipe volvió a dirigirse al presidente:

-Rápido, señor, elija una hoja y no me haga esperar. Estoy impaciente por acabar con usted para siempre.

Por primera vez desde que había sido capturado y desarmado, el presidente levantó la cabeza y se vio claramente que recobraba el ánimo.

-¿Un duelo? -preguntó-. ¿Entre usted y yo?

-Pienso hacerle ese honor -replicó el príncipe.

-¡Oh, vamos! -dijo el presidente-. En un buen terreno, ¿quién sabe qué puede pasar? Debo decidir que me parece muy generoso por parte de Su Alteza y que, si me ocurre lo peor, habré muerto a manos del mejor caballero de Europa.

Liberado por los que le retenían, el presidente dio unos pasos hacia la mesa y empezó, con atención, a elegir la espada. Estaba muy contento, como si no albergara duda de salir victorioso del combate. Los asistentes se alarmaron ante aquella seguridad tan grande e instaron al príncipe Florizel a reconsiderar su propósito.

-Es sólo comedia -les respondió-, y creo poder prometerles, caballeros, que no será de larga duración.

-Su Alteza haría bien en no confiarse -aconsejó el coronel Geraldine.

-Geraldine -replicó el príncipe-, ¿sabe usted de alguna vez en que haya fallado en cuestiones de honor? Yo le debo a usted la muerte y la tendrá.

El presidente se declaró finalmente satisfecho con una de las espadas y manifestó que estaba dispuesto con un gesto no desprovisto de cierta dignidad. La cercanía del peligro y el sentimiento del valor conferían hombría y hasta algún donaire al criminal.

El príncipe tomó una de las espadas al azar.

-Coronel Geraldine y doctor Noel -dijo-, tengan la bondad de aguardarme en esta habitación. No deseo que ningún amigo mío participe en esta cuestión. Mayor O'Rooke, usted es un hombre de edad y de probada reputación, permítame recomendar al presidente a sus buenos oficios; teniente Rich, sea usted tan amable de encargarse de mí: un joven siempre tiene algo que aprender de estas cosas.

"Your Highness," replied Brackenbury, "it is an honour I shall prize extremely."

"It is well," returned Prince Florizel; "I shall hope to stand your friend in more important circumstances." And so saying he led the way out of the apartment and down the kitchen stairs.

The two men who were thus left alone threw open the window and leaned out, straining every sense to catch an indication of the tragical events that were about to follow. The rain was now over; day had almost come, and the birds were piping in the shrubbery and on the forest trees of the garden. The Prince and his companions were visible for a moment as they followed an alley between two flowering thickets; but at the first corner a clump of foliage intervened, and they were again concealed from view. This was all that the Colonel and the Physician had an opportunity to see, and the garden was so vast, and the place of combat evidently so remote from the house, that not even the noise of sword-play reached their ears.

"He has taken him towards the grave," said Dr. Noel, with a shudder.

"God," cried the Colonel, "God defend the right!"

And they awaited the event in silence, the Doctor shaking with fear, the Colonel in an agony of sweat. Many minutes must have elapsed, the day was sensibly broader, and the birds were singing more heartily in the garden before a sound of returning footsteps recalled their glances towards the door. It was the Prince and the two Indian officers who entered. God had defended the right.

"I am ashamed of my emotion," said Prince Florizel; "I feel it is a weakness unworthy of my station, but the continued existence of that hound of hell had begun to prey upon me like a disease, and his death has more refreshed me than a night of slumber. Look, Geraldine," he continued, throwing his sword upon the floor, "there is the blood of the man who killed your brother. It should be a welcome sight. And yet," he added, "see how strangely we men are made! my revenge is not yet five minutes old, and already I am beginning to ask myself if even revenge be attainable on this precarious stage of life. The ill he did, who can undo it? The career in which he amassed a huge fortune (for the house itself in which we stand belonged to him) - that career is now a part of the destiny of mankind for ever; and I might weary myself making thrusts in carte until the crack of judgment, and Geraldine's brother would be none the less dead, and a thousand other innocent persons would be none the less dishonoured and debauched! The existence of a man is so small a thing to take, so mighty a thing to employ! Alas!" he cried,

-Su Alteza -replicó Brackenbury-, es un honor que le agradeceré siempre.

-Muy bien -dijo el príncipe Florizel-, espero demostrarles mi amistad en circunstancias más importantes.

Y salió el primero de la habitación, seguido de los demás, y bajaron las escaleras.

Los dos hombres que quedaron solos abrieron la ventana e intentaron, con todos sus sentidos, captar algún indicio de los trágicos acontecimientos que iban a producirse fuera. La lluvia había cesado, era casi de día y los pájaros piaban en los arbustos y en los frondosos árboles del jardín. Vieron un momento al príncipe y sus dos acompañantes cuando caminaban por un sendero entre dos macizos de flores, pero en el primer recodo el follaje los ocultó otra vez. Fue todo lo que pudieron ver el coronel Geraldine y el médico, y como el jardín era tan grande y el lugar elegido para el duelo muy alejado de la casa, ni el ruido del entrecuchar de las espadas les llegaba.

-Lo ha llevado a la tumba -dijo el doctor Noel estremeciéndose.

-¡Que Dios proteja al justo! -exclamó el coronel.

Y aguardaron los acontecimientos en silencio, el doctor temblando de miedo y el coronel bañado en sudor. Debía de haber pasado mucho rato, pues el día era más claro y los pájaros cantaban con más fuerza en el jardín, cuando el ruido de unos pasos que volvían les hizo clavar la vista en la puerta. Entró el príncipe seguido de los dos militares. Dios había protegido al justo.

-Me avergüenzo de mi emoción -dijo el príncipe-. Siento que es una debilidad impropia de mi posición, pero la existencia en el mundo de ese perro infernal había empezado a dañarme como una enfermedad y su muerte me ha descansado más que una noche de reposo. Mire, Geraldine -añadió, tirando la espada al suelo-, aquí está la sangre del hombre que mató a su hermano. Es una visión que le agradará. Y, sin embargo -siguió diciendo-, ¡qué extraños somos los hombres! No han pasado cinco minutos de mi venganza y empiezo a preguntarme si la venganza puede alcanzarse en esta vida precaria.

¿Quién podrá remediar el mal que hizo? En su carrera amasó una enorme fortuna, esta misma casa era suya, y ahora esa carrera forma parte del destino de la humanidad. Podría estar repartiendo estocadas hasta el día del Juicio Final y el hermano de Geraldine no dejaría de estar muerto y otros mil inocentes corrompidos y deshonorados. ¡La existencia del hombre es tan poca cosa cuando se le da fin, y una cosa tan grande cuando se usa para algo! ¡Ay! -se lamentó-

¿Hay algo peor en la vida que obtener lo que se quiere? -Se ha cumplido la justicia divina -comentó el coronel-

"is there anything in life so disenchanting as attainment?"

"God's justice has been done," replied the Doctor. "So much I behold. The lesson, your Highness, has been a cruel one for me; and I await my own turn with deadly apprehension."

"What was I saying?" cried the Prince. "I have punished, and here is the man beside us who can help me to undo. Ah, Dr. Noel! you and I have before us many a day of hard and honourable toil; and perhaps, before we have none, you may have more than redeemed your early errors."

"And in the meantime," said the Doctor, "let me go and bury my oldest friend."

(And this, observes the erudite Arabian, is the fortunate conclusion of the tale. The Prince, it is superfluous to mention, forgot none of those who served him in this great exploit; and to this day his authority and influence help them forward in their public career, while his condescending friendship adds a charm to their private life. To collect, continues my author, all the strange events in which this Prince has played the part of Providence were to fill the habitable globe with books.

Eso es lo que veo yo. Para mí, Alteza, la lección ha sido cruel y aguardo mi turno con temor.

-¿Qué estaba diciendo yo? -exclamó el príncipe-. He infligido un castigo y a nuestro lado está el hombre que me ha ayudado a hacerlo. ¡Ah, doctor Noel! Usted y yo tenemos por delante mucho tiempo de trabajo honorable y arduo; y quizá, antes de que hayamos terminado, pueda usted haber pagado sus anteriores errores.

-Entretanto -dijo el doctor-, permítame ir a dar sepultura a mi más viejo amigo.

Y éste (observa el sabio árabe) es el afortunado fin de la historia. El príncipe, huelga mencionarlo, no olvidó a ninguno de los que le habían ayudado en tan gran empresa y hasta el día cuentan con el apoyo y la influencia del príncipe, que les dispensa con la gracia de su amistad en sus vidas privadas. Reunir todos los extraños hechos en que el príncipe desempeñó el papel de la Providencia (sigue diciendo el autor) representaría llenar de libros el mundo entero.